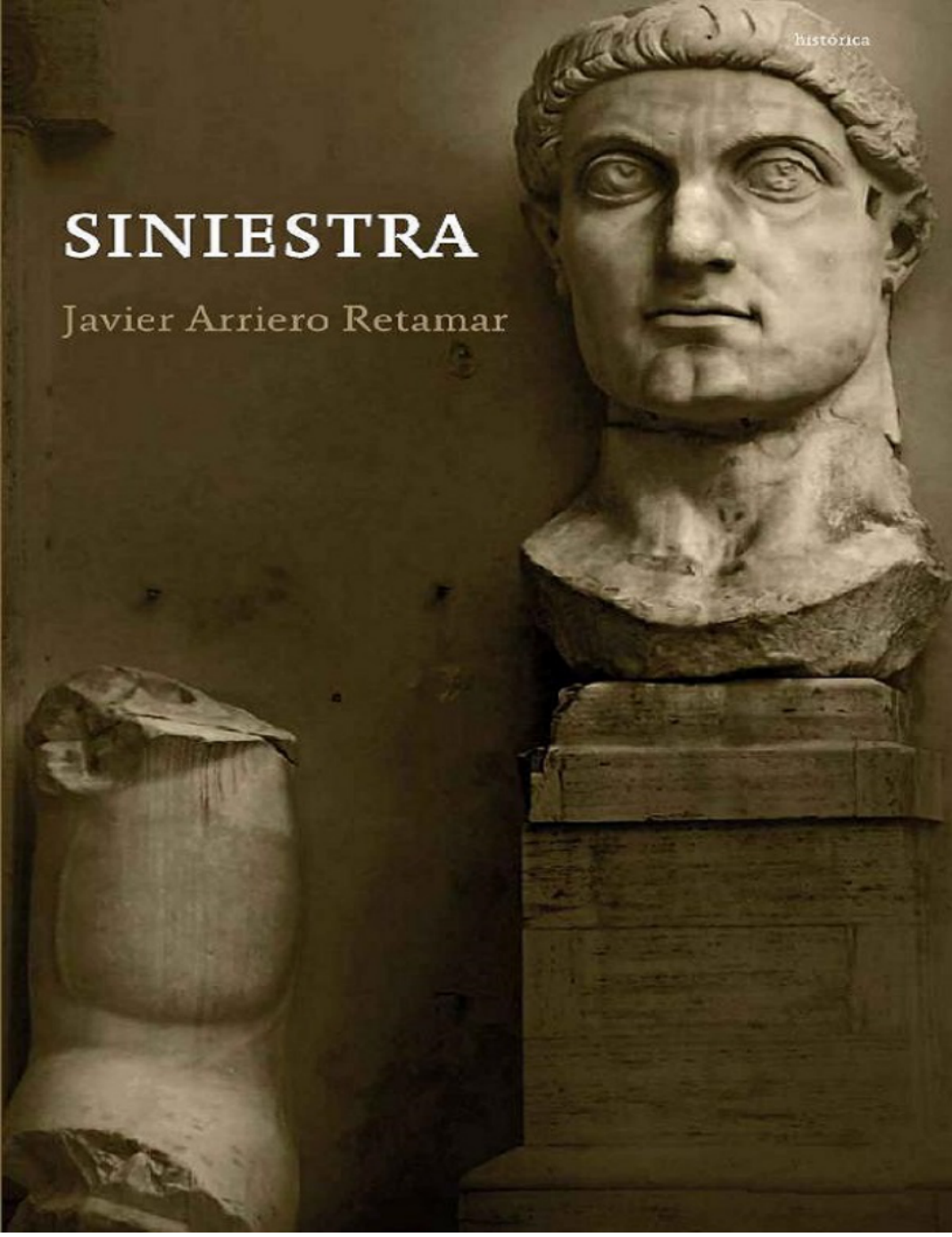
histórica
SINIESTRA
Javier Arriero Retamar

Siniestra

Siniestra
Javier Arriero Retamar

Siniestra
Copyright© 2010 Javier Arriero Retamar
Depósito legal: B. 36.219-2009
Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Para Ana, siempre.

1

La mañana en que Arrio fue asesinado, Grato sintió al despertar un cosquilleo en los dedos de la mano derecha como el roce de un aliento.

Había soñado con Plácida. Plácida corría desnuda por un campo encharcado de flores y Grato iba tras ella y la cogía en brazos, y en ese momento, en el lugar que había ocupado su pie, apareció una boca abierta y rosada y un movimiento de serpiente en los tallos, rozando el vello de sus piernas.

Pero ahora tenía los ojos abiertos y disfrutaba del cosquilleo. Cuando era niño su madre le sacaba a tomar el sol a la puerta de la casa. Le dejaba sobre el lomo de una piedra cubierta de un musgo de olor meloso y veía los rayos en haces amarillos filtrándose entre las ramas de los arbustos, moteados de bayas rojas. Entonces aparecían ellos. Rugosos, acorazados de escamas, desplazándose con una sinuosidad rauda. Un mismo movimiento repetido en muchos cuerpos, un culebreo idéntico. Se detenían de repente, junto a sus dedos, y abrían una gran boca de mandíbulas aserradas. Escondía las manos, cuando todavía tenía dos manos, las dos juntas, entre las piernas, porque en cualquier momento podían cerrar esas mandíbulas en sus dedos, un golpe de cabeza, imprevisible, vertiginoso, y esas mandíbulas apresarían su mano y no la soltarían, había oído a su madre, hay que cortarles la cabeza porque jamás sueltan su presa. Se la tragarían.

Así, quieto, con las dos manos juntas sobre el vientre esperaba el regreso de su madre, aunque nunca le dijo «tengo miedo». No recordaba habérselo dicho, y si lo hizo ella rio, con esa risa, desvaneciendo el temor como para siempre, aunque para siempre solo fuera hasta la siguiente mañana.

«¿Y por qué te asustaban los lagartos?»

La voz es tan cercana como el cosquilleo, veraz aunque ni la voz ni el cosquilleo estén sostenidos por una carne. Una voz que no recordaba haber olvidado como la espuma en la resaca de una ola, rozando el borde de la conciencia antes de desvanecerse. De qué

tienes miedo.

Tras la ventana amanecía. Una opacidad grisácea con la tirantez de un velo a punto de rasgarse. Estrías de claridad, como si la luz arañara el vientre del cielo para derramarse por ese borde con una consistencia líquida.

Animado por esa voz todavía próxima alargó la mano izquierda hacia el punto donde persistía el fantasma del cosquilleo. En ese momento estallaron los gritos. Voces roncas que ascendían desde la calle, un crujido de maderos rotos como un cloqueo de huesos. Recogió la mano izquierda de un modo casi instintivo, dejando que el hormigueo fuera disipándose; escuchando con la misma atención que dirigía hacia esas mandíbulas, aunque únicamente pudo entender la repetición de un nombre: Arrio, Arrio, Arrio.

Estaba vistiéndose cuando llamaron a la puerta. Era un hombre alto y moreno, casi negro. Desde el primer momento supo que se trataba de un soldado, aunque no iba armado ni llevaba uniforme. Calzaba sandalias de legionario, claveteadas de tachuelas. Un hombre guiado por una orden. Miró el muñón de Grato durante un instante, allí donde no estaba su mano derecha, y dijo: «El Augusto Cayo Flavio Valerio Constantino quiere verte ahora en palacio». Grato corrió a calzarse. Llevaba mucho tiempo esperando ese momento. Le temblaba la mano y eso complicaba el proceso de atar las correas de las sandalias con una sola mano. Falló una y otra vez la lazada, y cuanto más se enredaban las correas más temblaban sus dedos. El soldado examinaba la operación, quieto bajo el umbral. Fue a su lado y se inclinó para anudarle las cintas de cuero alrededor de los tobillos. Por un momento dejó de ser un hombre con una orden. Cuando levantó la cabeza hacia Grato sonreía. Era algo que afectaba a toda su cara, a todo su cuerpo. «Todo en este mundo parece hecho a la medida de hombres perfectos —dijo— y yo no he conocido a ninguno que lo fuera».

Grato bebió un sorbo de agua para aclarar la garganta y le ofreció la jarra, pero el hombre rehusó. Ya era otra vez un soldado.

—¿Eres cristiano? —le dijo Grato.

—No soy nada.

—Lástima. Podrías serlo. Y por fin conocerías a un hombre perfecto.

—Prefiero servir a un hombre a servir a un Dios. Es más fácil.

La calle estaba vacía. Había un carro volcado y la acera estaba llena de melones reventados. El soldado recogió uno del suelo. Qué desperdicio, dijo. Hundió los dedos en la grieta causada por el golpe y lo abrió. Dio un par de dentelladas, llenándose los carrillos. Grato

vio una larga cicatriz, honda y blanquecina, en la zona trasera de su muslo. La herida que recibe un legionario que da la espalda al enemigo. Chupaba la pulpa. «Mi padre sembraba melones más dulces que estos. Es una cuestión de agua. Ni poca ni mucha. Hay que recolectarlos en el momento justo. Muchos cuidados. Hay algo bueno en eso.»

Un soldado contemplativo. Le impacientaba. Constantino estaba esperándolo. Plácida estaba esperándolo. Había llegado hacía dos meses a la Nueva Roma, la ciudad de Constantino, con la coartada de asistir al sínodo convocado por los arrianistas. El sínodo le importaba un bledo. Su intención era otra. El mismo día de su llegada dejó a los funcionarios de palacio una petición a su nombre. Rogaba al emperador una exención de impuestos para Trajanópolis. Trajanópolis, fundada por veteranos de la guerra de Dacia en un remoto valle fronterizo, era una aldea dotada de teatro. El propio Trajano había ordenado su edificación con cargo al erario. Grato suponía que eso era lo que los veteranos pretendían del emperador cuando acordaron bautizarla con su nombre: un teatro. Ese teatro era el orgullo de Trajanópolis, aunque apenas merecía tal nombre. Lo constituían unas cuantas gradas cavadas en la piedra viva, invadidas de maleza y cubiertas de gallinazos. Dos veces al año un grupo de cómicos itinerantes comidos de pulgas representaba burdas versiones de Plauto que concluían siempre con alguno de los actores mostrando los genitales al público, culminación muy jaleada entre los borrachos. En ese momento la muchedumbre se dispersaba en busca de las putas ambulantes que acompañaban a la caravana de cómicos.

Una aldea orgullosa cuya cosecha había quedado destruida por un invierno especialmente frío y un granizo tardío. El hambre había empujado a los lobos a descender de las montañas. Merodeaban a la caída de la noche, husmeando en la basura y escarbando la nieve bajo los umbrales de las casas. El mismo instinto animal había arrastrado a los sármatas hacia la frontera. Se infiltraban en pequeñas bandas de jinetes que dejaban un rastro de cenizas calientes y cráneos hincados en estacas.

En opinión de Grato, Trajanópolis contaba con veinte, treinta almas buenas. De algún modo todas lo eran, pero puede que, estrictamente buenas, hubiera veinte. Cuando decidió aprovechar que el imperio ponía el servicio de postas a disposición de cuantos acudieran al sínodo para presentar su petición, lo hizo por esas veinte personas. Y por Plácida. Aunque la mayoría formara parte de su rebaño, aunque le costara admitirlo, sobre todo por Plácida.

Porque quería a Plácida por encima de esos veinte. Y cuanto más amaba a Plácida, más temía al resto.

En ese momento, mientras recorría las avenidas de la Nueva Roma en compañía del soldado, una colosal arquitectura levantada en pocos años junto a la antigua Bizancio, tan reciente que todavía parecía conservar una pátina de polvo de piedra, creía sinceramente que el mismísimo Constantino estaba dispuesto a concederle, por el solo influjo de su nombre, esa exención, y eso le llenaba de un orgullo semejante al que el teatro insuflaba a Trajanópolis. Pero cuando empezaron a cruzar una tras otra las inmensas salas y puertas de palacio, custodiadas con el celo que se emplearía en preservar el recinto sagrado del gran templo judío, el orgullo se desvaneció. Le pareció incluso que había arrastrado desde la aldea un hedor a cebolla y cabra. Había visto una sola vez a Constantino, presidiendo el sínodo desde un asiento de oro macizo situado en el mismo centro, una presencia magnífica, envuelta en púrpura, que escuchaba con una atención sin desfallecimiento, impasible como una estatua, hasta que un leve movimiento de su mano abría un silencio tirante como la piel de un tambor. A ese poder algo más y algo menos que humano esperaba enfrentarse, buscando en el orgullo de su nombre el sostén para una mínima firmeza. «Dame fuerzas.»

Dejaron atrás las salas más grandes y concurridas. A medida que se internaban más profundamente en el laberinto de pasillos, las estancias eran cada vez más reducidas y las puertas más pequeñas. En aquella última zona no había soldados ni dignatarios, solo se cruzaron con algún esclavo que iba o venía con paso firme, ocupando el estrecho espacio de los pasillos como si reclamara una porción de su reino.

El soldado se detuvo ante una puerta de madera lisa, igual a las demás. Aquí es, dijo. Tras aquella puerta estaba el mismísimo emperador, y volvió a Grato el momento en suspenso en que alargaba la mano izquierda hacia el hormigueo. ¿Tengo que arrodillarme?, le dijo al soldado, pero el soldado no contestó. Abrió aquella última puerta para que entrara Grato.

Lo primero que vio fue a un anciano de nariz un poco ganchuda y huesos anchos sentado en un retrete de mármol. Estaba descalzo y solo apoyaba en el suelo la punta de los dedos. Sus pantorrillas eran morenas pero los pies eran muy blancos, casi delicados, una blancura dividida por una línea perfecta justo por encima del tobillo. Alguien que usa zapatos cerrados. El viejo se levantó del retrete de un salto y fue hacia él a zancadas, con los brazos

extendidos. El primer instinto de Grato fue retroceder, y algo de ese movimiento debió captar cuando lo agarró con fuerza por los hombros, clavándole los dedos. Eran ásperos, con callosidades como las que formaría la empuñadura de una espada, y sus brazos eran fuertes, aunque la piel tenía la flacidez de la edad. Dijo: «Grato». Solo eso. En cierto modo como él había esperado. Pero su tono monocorde simplemente constataba un hecho. Constantino palpó el muñón con delectación, con los labios apretados, unos labios finos. Grato, el mártir que prefirió cortarse la mano a renegar de Dios. Luego, tras un momento de duda, preguntó: «¿Has desayunado?».

Le llevó de la mano, como a un niño, hasta una mesa donde había vino, agua, leche, queso, un cuenco de aceitunas negras, un trozo de pan. «¡La petición!», dijo.

El papel apareció en su mano y pasó su mirada por él, rápidamente, como si ya conociera su contenido.

—Impuestos —dijo— siempre lo mismo. —Firmó al pie del documento y lo dejó allí, sobre la mesa. Se llevó una aceituna a la boca, observando a Grato—. A veces creo que no soy más que eso. Un impuesto. —Escupió el hueso—. ¿No comes, Grato? —Cogió una aceituna.

—Arrio ha muerto —dijo, antes de que pudiera llevársela a la boca— esta misma mañana. Reventado. Algo horrible. Lo suficientemente trágico como para despertar la suspicacia del populacho. Y su furia. Dan gritos, levantan los puños, en fin, todo eso. Como el berrinche de un niño. Unos dicen que lo han envenenado. Otros dicen que ha sido un castigo divino. ¿Tú qué dices?

—No lo sé.

Constantino frunció el ceño, con una especie de severidad impostada.

—¿No lo sabes? Hasta los esclavos tienen opinión.

Grato sintió que se ruborizaba. Bajó un poco la cabeza tratando de ocultar el rubor, y vio los pies del emperador, tan extrañamente delicados bajo las pantorrillas musculosas.

—Todavía no he pensado lo suficiente sobre ello como para tener una opinión.

—La opinión no sale de la cabeza, Grato, sale del hígado. Eso es lo que guía al populacho. El hígado.

—Todo lo que sale de las entrañas huele mal. Prefiero usar la cabeza.

El emperador rio, y era una risa tan repentina que parecía desencajada. Constantino miraba al soldado con una especie de

sorpresa. No sé cómo se castiga una afrenta contra las sagradas tripas del emperador, dijo, y se dio unos golpecitos en la barriga. Sonrió a Grato con complacencia, parecía extrañamente feliz. Tanto, que Grato pensó que ese hombre que ahora no parecía el emperador podría pasarle un brazo por los hombros y hablarle de mujeres o vino o de golpes de espada. Luego su rostro cambió. Como si su energía se hubiera disipado. Endeble. Respiró hondo. Parecía cansado. Demasiado viejo para las mujeres y el vino y los golpes de espada. Pero no era eso. Un viejo triste, pero no era nostalgia. Era dureza. Era algo frío y sombrío.

—Esa es la postura que necesito. Esta tragedia requiere una investigación y quiero que formes parte de la comisión que va a investigar la muerte de Arrio. Ve con este hombre.

Grato se quedó mirando el documento que había sobre la mesa. Constantino sonrió; una sonrisa que movió toda su cara, tranquilizadora, pero también gastada, como un cuero muy usado, plegando el entramado de arrugas.

—Te enviaré ese papel. Ve.

—Pero ¿por qué yo? Soy un hombre sencillo.

—Lo sé.

2

Entendía a Arrio porque entendía los jardines. «Sí, por los jardines.» Eso era lo que Grato había contestado, cuando, en un momento del sínodo, el gran Eusebio, obispo de Nicomedia, se levantó de su asiento preguntando: «¿Quién, quién de vosotros comprende realmente la tesis arriana? ¿Tú? ¿Tú? ¿Tú?». Eusebio se detuvo a su lado, sacándolo de su sopor, y le señaló con un dedo. «¿Y tú, la comprendes?» Grato abrió la boca un poco sobresaltado, tratando de contestar, pero Eusebio le dio la espalda antes de que pudiera hacerlo. Alzó ligeramente un brazo, dispuesto a proseguir su discurso.

—Sí, por los jardines.

Hubo un momento de estupor en que las miradas abandonaron a Eusebio para dirigirse hacia él. El propio Eusebio se giró, examinándole como si le viera por primera vez. Pero Grato no sintió la necesidad de proseguir. De hecho, se arrepentía de haber hablado. No estaba allí para teologar ni para enfrentarse a un obispo tan influyente como Eusebio. Le resultaba incomprensible la mayor parte de lo que se debatía, pero había constatado desde el primer día la existencia de dos partidos, el arrianista, encabezado por Eusebio de Nicomedia, y el católico, encabezado por Atanasio, aunque Atanasio estaba desterrado y un tal Marcelo era quien defendía la causa católica. Él no pertenecía a ninguno de los dos bandos, así que había permanecido callado. Hasta ese momento. Podía oír el roce de la ropa contra la madera de los asientos. El murmullo de la ciudad llegaba amortiguado a través de los muros como un oleaje distante.

«¡Pero qué jardines!», gritó Eusebio, abriendo los brazos, lanzando miradas de incomprensión, un aspecto tan desamparado que brotaron algunas risas, y las risas fueron convirtiéndose en carcajadas, y las carcajadas se contagiaron, incluso Constantino sonreía.

Quizá fue ese el momento que Constantino había recordado cuando decidió llamarlo a su presencia. El soldado, que dijo llamarse Balbino, lo escoltó hasta la salida de palacio.

—Mañana a primera hora volveré a buscarte, dijo.

Grato le retuvo por la punta de la túnica.

—¿Crees que de verdad me dará ese documento?

—Últimamente el emperador no le niega nada a nadie.

—Entonces, ¿por qué no me lo ha dado ya?

—Es el emperador, te lo dará o no. ¿Habría diferencia?

No. Desde esa altura probablemente no la había; podía rogar, pero desde esa altura los ruegos probablemente ya estaban allanados por la repetición, formaban parte de la negación. Impuestos. Siempre lo mismo.

Grato recorrió la ciudad nueva hasta llegar a los jardines, tratando de recordar las palabras de Constantino y la exacta expresión que adquiría su rostro en cada una de ellas, y no solo para repetirlas ante un corro de campesinos que le escucharían con una extraña mezcla de ingenuidad y malicia, arracimados en la desconfianza a cuanto llegara de fuera.

En verano, cuando se acercaba la noche, Grato sacaba un taburete a la puerta de la casa. Plácida corría alrededor, jugando con los perros, tirándoles de las orejas, persiguiéndolos y dejándose perseguir por el camino que llevaba al río, gritando ¡abuelo, abuelo, has visto, abuelo! como si realmente hubiera algo por ver. Como si fuera la mirada de Grato la que pudiera convertir la maravilla en algo real o importante. Las montañas. Más allá del tajo del río, cuyo fluir había ido abriendo un fondo de piedra pulida cubierta por una baba de algas, en medio de una llanura boscosa que iba plegándose a su alrededor, se levantaban las montañas, elevando el horizonte del cielo. En la cima había una mancha de vegetación áspera y ocre, ligeramente rojiza. Decían que sus raíces se hundían en la sangre que había bebido la tierra cuando los bárbaros ocupaban aquel lugar y alimentaban a la bestia. Miles de años de sacrificios habían ido empapando hasta el más profundo sedimento cuando la bestia todavía recorría la inminencia de la noche y el miedo era un dios. Una piedra vale tanto como otra piedra, un árbol tanto como otro árbol, un hombre tanto como otro hombre, un hombre tanto como una piedra. Era la sangre brotando de un cuello cortado lo que unía un hombre a otro y los elevaba por encima de su víctima. Era el valor de esa sangre derramada lo que confería valor a un hombre, a un árbol, al lugar tocado por un rayo, a la cima de una montaña. Un hombre sagrado era un hombre con un cuchillo. La bestia estaba formada por aquellos que permanecían al otro lado de la luz de las antorchas, un círculo de gritos rodeando a una víctima. Eso era lo que los hombres compartían, lo que les hacía iguales entre sí y

superiores a los demás, una comunidad. Y el lugar tocado por esa sangre derramada por todos se convertía en un símbolo de su unidad, en un altar, en su miedo y su dios, y también en el medio de aplacarlo.

Ahora la sangre se había transmutado en vino. Las chozas bárbaras eran túmulos de rocas desmenuzadas, apenas distinguibles de los amontonamientos de cantos que se forman al borde de los cultivos, cuando una mano echa a un lado el guijarro que acaba de levantar la punta del arado, ese pequeño esfuerzo, una espalda doblada, repetido una y otra vez, día tras día, generación tras generación; la mano del padre, del hijo, del hijo del hijo hasta formar un barbecho blando y poroso como una cama oreada, protegida por el muro rectangular formado por cada una de esas piedras. Algo así era Trajanópolis, y el imperio y la Palabra, sangre convertida en vino, y ahora la bestia se había replegado, convertida en aquello que acechaba al otro lado de ese muro. Cuando Grato recordaba a su padre, y todavía le recordaba aunque quisiera evitarlo, creía haber puesto una piedra de distancia entre ellos. Aunque eso no le aliviaba del peso. Una piedra es una piedra día tras día y hasta el último de los días, y solo cuando llegara el último de los días podría decir, la he puesto, la he lanzado lejos, al borde de la siembra, y ganar ese alivio y ese orgullo que le pertenecía y que nadie más, ni siquiera Dios, podía darle.

Así que al atardecer salía a la puerta de la casa y se sentaba en un taburete con la sombra de su padre, escuchando el aullido lejano de los lobos. Poco a poco el vientre de las montañas exhalaba una neblina que iba empañando la copa de los árboles. El vellón rojizo coronaba la montaña, flotando sobre la niebla mientras la noche se iba extendiendo, cerrándose alrededor, aproximando los aullidos, convirtiendo en extraño cuanto había sido familiar y nítido. Cuando el camino del río apenas era visible todavía quedaba una punta de luz en la piel roja de la cima. Con la carne de una cereza deshaciéndose en la boca, Grato recordaba esas tardes sin la punzada de temor que le habría hecho gritar: «Plácida, vuelve, es tarde», abriendo ese instante de silencio en que solo oía el ladrido de los perros hasta que llegaba su voz, todavía no, un poco más; ahora parecía un temor absurdo. Bastaba alargar la mano para coger una cereza del árbol, sumergir los dedos en la fuente antes de llevarla a la boca, lavada y fresca; estar allí, oyendo el fluir del agua, rodeado de fruta y árboles que crecían en línea, y de romero y menta, jugueteando con el huesillo de la cereza en la boca, llevándolo de un lado a otro con la punta de la lengua. Eso era lo

que vendría cuando Él viniera, tan inminente como la luz del día en el borde del amanecer. Lo que deseaba para Plácida.

Eso eran las dos naturalezas. Esa montaña y ese jardín. El temor y la tranquilidad. El dios y el hombre. La cima y la cereza. Ambas emanaban del mismo misterio, pero se manifestaban de diferente forma.

Arrio había sido un gran orador, un hombre de Alejandría, alguien que se movía entre abstracciones y para quien aquella cereza apenas era real, o no merecía serlo. Alguien demasiado griego que se alimentaba de ideas. Necesitaba redescubrir lo conocido, mirarlo con otros ojos, experimentar la maravilla, mira, abuelo. Pasmarse ante la altura de lo inalcanzable, aunque conllevara la renuncia de lo conocido o lo posible, puesto que cuanto se toca es falible y pasado. Porque ninguna cereza sabe igual a otra, y pese a eso, o quizá por eso, ninguna es perfecta. De algún modo, los hombres como Arrio no podían soportar esa cereza. Necesitaban que una cereza fuera todas las cerezas, la idea de una cereza, una magnífica esfera roja colgando de una rama inalcanzable. Esa cima.

Hasta donde Grato podía entender, Arrio no aceptaba que Dios y Cristo fueran lo mismo. Ni siquiera semejantes. Arrio necesitaba que Dios siguiera siendo una promesa. La cima superior a todas las cimas. Renunciaba a los jardines. Por lo que Grato podía entender, decía: si Dios es eterno y único, Cristo no puede ser Dios, pues habría dos dioses. Y Cristo habría debido de estar con él desde el principio de la eternidad. Y entonces no habría sido único. Por lo tanto, las naturalezas de Cristo y de Dios son distintas.

Para Grato esas elucubraciones estaban huecas. Panes y peces, la vista a los ciegos, piel a los leprosos. Eso importaba. Ni siquiera alcanzaba a concebir la eternidad. Podía aceptarla, pero no entenderla. Y si lo que no puede entenderse es aquello que causa mayor desasosiego, Grato no perdía el tiempo en ello. Para él se reducía a una cuestión de tiempo. Aquello era quizá lo único que llegaría a conocer con seguridad, cuando llegara el día. Y el día llega. Ese tiempo estaba allí para otra cosa.

Para Arrio, Cristo solo fue un ser humano. No podía soportar a un Dios que descendiera hasta el tacto. Y esa idea, que había surgido como una insinuación en un juego de oratoria entre el obispo Alejandro y Arrio, su presbítero, en Alejandría, el único lugar donde una discusión de ese tipo podía tener importancia, se había expandido por Oriente, dividiendo a los cristianos. A la muerte de Alejandro, el obispado de Alejandría lo ocupó Atanasio,

un firme opositor de Arrio. Y la controversia siguió creciendo, hasta que el propio Constantino intervino. Convocó a ambas partes al concilio de Nicea y trató de hacerles llegar a un acuerdo. No lo logró. Así que Constantino decretó que Cristo y Dios eran de naturaleza semejante, dando por zanjada la disputa y desterrando a cuantos se opusieron a firmar el decreto.

Por lo que sabía, Arrio estuvo entre los desterrados, acusado de herejía. Pero su tesis siguió en auge, hasta el extremo que Constantino cedió finalmente a la presión de los arrianistas y había convocado ese último sínodo con el único objetivo de readmitirle en la Iglesia. Se decía que Marcelo había defendido con eficacia la causa católica, pero el resultado estaba decidido de antemano. Arrio volvió del destierro. Constantino lo alojó en palacio y puso ante él un documento por el que aceptaba que Dios y Cristo eran consustanciales. Arrio, estuviera de acuerdo o no, lo firmó, y Constantino dio orden de que fuera readmitido en la Iglesia. El sábado, a primera hora, Arrio se dirigió a la iglesia, dispuesto a comulgar. Se trataba de hacer pública su aceptación.

Y ahora Arrio estaba muerto. «Reventado», según parecía. Algo horrible en cualquier caso. En opinión de Grato, ningún cristiano podía haberlo asesinado, porque al hacerlo se habría condenado, sin posibilidad de perdón. Ningún cristiano habría sacrificado la inmortalidad. Y sin embargo, nadie que no fuera cristiano habría tenido motivos para asesinarlo. Era algo oscuro, una corriente turbia en la que Grato no tenía intención de sumergirse, por lo menos mientras hubiera jardines. Qué portento, los jardines, pensaba, allí, sentado junto a la fuente.

3

Sucedió así: el sábado, Arrio firmó ante Constantino la declaración de fe por la cual se sometía al concilio de Nicea. Arrio se alojaba en el palacio imperial. Salió de él el domingo por la mañana, en dirección a la iglesia donde debía recibir públicamente la comunión. Los pocos obispos católicos que no habían sido desterrados o depuestos se habían recluido en la sacristía, rezando para que un milagro lo impidiera.

A la salida del palacio le aguardaba una muchedumbre de partidarios enviados por Eusebio de Nicomedia, dispuestos a escoltarle hasta la iglesia. Arrio desfiló por la ciudad en su compañía. Era un anciano encorvado que conservaba algunas guedejas todavía rubias en el cráneo pelado, y, aunque tenía ya más de setenta años, su aspecto era tan saludable como podía esperarse de un hombre de su edad. Al pasar junto a la estatua de Constantino, situada en el centro del foro, sintió un retortijón tan imperioso que preguntó dónde había unas letrinas. Le dijeron que en la parte trasera del foro, y corrió hacia allí. Algunos fueron tras él. Cuando llegaron, Arrio gritaba en un charco de sangre y sus intestinos estaban esparcidos en un reguero desde el agujero de la letrina hasta el lugar donde yacía. Murió casi inmediatamente.

Esa era, en resumen, la narración de la muerte que habían hecho los sucesivos testigos. Adelantaban un paso y se quedaban allí, de pie, aislados, al principio un poco amedrentados. Solo la insistencia del interrogador lograba sacarles alguna palabra. Pero, poco a poco, iban cobrando confianza, acostumbrándose al sonido de su voz, insertando opiniones, detalles inútiles que nada tenían que ver con la muerte de Arrio. Sus narraciones iban enmarañándose hasta convertirse en una absurda sucesión de minucias, desde la admirable fidelidad de su perro hasta la increíble malignidad de un primo lejano. El día que salí al camino a despedir a mi hermana, el olor como a miel que desprende la nuca de mi bebé. Y, tal como lo contaban, parecía que eso era lo realmente importante. La muerte de Arrio fue algo que sucedió, sencillamente, pero esto es lo que tengo que decir, lo que merece ser escuchado; y

ahora, quizá por primera vez, disponían de oídos. Grato disfrutaba oyendo aquellos relatos; el placer de una griega gorda que todas las tardes acariciaba el brazo roto de un Hércules que cayó al suelo y ella lo recogió cuando lo sacaron del templo y lo pasearon depuesto y atado, la humillación pública del paganismo ordenada por Constantino. A media tarde, cuando desde la ventana caía un haz de luz sobre los músculos de piedra, ponía su palma sobre ese brazo y casi esperaba sentir el latido de la sangre. O el galo que apenas sabía leer pero al final del día abría el evangelio de Juan y pronunciaba dos, tres frases costosamente tartamudeadas, palabra a palabra, deleitándose en el sonido de esa voz que era y no era suya. «Mujer, ¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?» «Porque sé de dónde vine y adónde voy». Fuera aguardaba una muchedumbre. Cada una de las voces que la componían confluían en un único rugido y cada uno de los testigos formaba parte de ese rugido hasta que avanzaban un paso y comenzaban a hablar, «Mujer, ¿por qué lloras?».

Balbino le había informado de quiénes eran las otras dos personas que integraban, junto con él, el tribunal designado por Constantino. Honorio, pariente lejano de Ablabio, el prefecto del pretorio; parecía portar el peso de una solemnidad antigua, él hacía las preguntas a los testigos, frases cortas, pacientes o aburridas, con un punto de nerviosismo, como buscando un resquicio donde su autoridad pudiera golpear. Y Pánfilo Eusebio, obispo de Cesárea; casi un anciano, macilento, con una barba entrecana y enmarañada, envuelto en un leve olor a polvo de casa abandonada capaz de adormecer. Pánfilo le había cedido el paso y su silla, y solo cuando Grato se hubo sentado lo hizo él, un respeto cercano a la devoción. Ningún católico: estaban desterrados o en silencio.

El ruido de multitud persistía fuera del palacio incluso a mediodía, cuando se retiraron para comer antes de proseguir con las declaraciones. Grato se alegró de no tener que salir fuera todavía, de que el muro continuara separándole del rugido. Un círculo de gritos pidiendo una víctima. Solo Pánfilo parecía más atento al estruendo que el propio Grato.

Les habían servido un vino de color ámbar refrescado con nieve. Es su vino, le dijo Pánfilo con orgullo, el emperador ha dado orden de que nos sirvan su propio vino. Por primera vez sonreía, radiante, removiendo la copa y examinando el líquido. Es un gran honor, Grato.

Pero los gritos de la muchedumbre persistían y la alegría de Pánfilo se disipó pronto. Masticaba en silencio, con una lentitud de

rumiante. Lento, pero en tensión. Como un caballo sudoroso. De repente tiró el pedazo de cordero que tenía entre las manos contra la bandeja de pescado que traía un esclavo. ¡Que se callen!, gritó, ¿No puedes hacer que se callen? La bandeja cayó al suelo. Honorio mordisqueaba una manzana, parecía divertido.

—Son cristianos —dijo— ya sabes que no hay forma de hacer callar a un cristiano.

—El aburrimiento podrá con ellos —dijo Pánfilo— interrogaremos uno por uno a cuantos acompañaron a Arrio esa mañana, aunque nos lleve semanas.

—No parece que tengan nada nuevo que decir, dijo Grato.

—Precisamente por eso, dijo Pánfilo.

Varios esclavos recogían el pescado del suelo, limpiando la salsa derramada. Honorio se levantó sobre los codos, observándolos con atención. Uno de los esclavos resbaló en la salsa y derribó a otro en su caída. En la otra mesa, la más pequeña, hubo risas mientras los esclavos se esforzaban por ponerse en pie. Pánfilo tenía dos secretarios, los dos muy jóvenes, uno de ellos todavía conservaba el bozo. Comían aparte, junto al oficial de la guardia y los escribas. Pánfilo sonrió por primera vez hacia ellos, con camaradería, también con esfuerzo. Honorio dejó la manzana y cogió una rodaja de melón. Al verlo con la rodaja entre las manos, Grato se dio cuenta de que únicamente comía fruta.

—¿No pruebas el cordero?

—¿Cordero? Ni hablar. Si Arrio no salió de palacio, fue envenenado aquí.

4

Hacía poco que se había metido en la cama, pero no pudo definir si había llegado a dormirse cuando apareció la llama tras la cortina de lino.

Grato se alojaba en el cuarto piso de un edificio destinado a los grados menores de la clerecía que habían acudido al sínodo. Presbíteros de aldea, como él, los obispos y sus secretarios ocupaban un ala del palacio imperial. El gran número de asistentes había obligado a dividir en dos los dormitorios por medio de una cortina pero, una vez concluido el sínodo, la mayoría de las habitaciones habían quedado desocupadas.

Al otro lado de esa cortina vio aparecer la llama; un halo amarillento que ascendió lentamente hacia el techo. Luego bajó con idéntica lentitud, casi hasta el suelo. Osciló levemente, de izquierda a derecha. Algo apartó la cortina. El faldón, barriendo las tablas del suelo, produjo un sonido semejante a un suspiro. La llama apareció desnuda, con un corazón azulado y tembloroso. Grato aguardó su siguiente movimiento con la respiración contenida, pero no era exactamente temor, o no solo temor.

Una lengua de fuego santo. Atravesándolo con el conocimiento, no sabía de qué clase o profundidad ni por qué a él, quizá para desvelarle, en un instante de alucinación, qué o quién había matado a Arrio, era la única razón posible. Pero el Espíritu Santo no podía llegar a él porque él no lo merecía, porque esa mano que no estaba y su martirio eran en cierto modo una falsedad que él había permitido que persistiera, y él y Dios lo sabían. Fue entonces, desde esa duda, cuando se esforzó en ver más allá del deslumbre. La llama avanzaba hasta los pies de la cama, y solo en ese momento distinguió una forma humana en el fulgor. Un rostro barbado, de cejas espesas, se inclinó hacia la llama. La luz resaltaba el pesado armazón óseo de su cara de un modo fantasmagórico.

—¿Grato?

Grato saltó de la cama, y mientras retrocedía en busca de la puerta logró identificar el rostro de grandes cejas enarcadas y barba revuelta que iba tras él con una mansedumbre un poco asustada.

Tras esa llama que no era el Espíritu Santo estaba Eusebio de Nicomedia.

—Soy yo —dijo, moviendo la luz delante de su cara.

Grato cogió el orinal de debajo de la cama y le golpeó en la sien, sin demasiada fuerza, aflojando el brazo en el último momento; parte del contenido se derramó sobre su barba y su túnica, y retrocedió, tambaleándose con la luz en alto, escupiendo, y en ese momento sintió temor por lo que acababa de hacer.

—Eusebio —dijo, fingiendo sorpresa—, creí que, entrando así, a estas horas, podría ser un ladrón.

Eusebio lo apartó.

—Suelta ese orinal, idiota.

Solo cuando Grato lo hubo soltado se atrevió a aproximarse. Dejó la lucerna al pie del jergón, sacudiéndose la ropa.

—Ayer vi la lista expuesta en el foro, y vi tu nombre en ella, Grato. El emperador en persona os ha escogido a los tres. Un magistrado, Honorio, algunos dicen que pagano. Pánfilo Eusebio, obispo de Cesárea. Le conozco bien, si alguien debe preocuparte es Pánfilo, es un arrianista convencido.

—¿Y por qué debería preocuparme? También tú eres arrianista.

—Hay muchos gorriones, pero no hay dos gorriones iguales.

—Los gorriones no entran por la noche en las casas.

—Pero los gatos sí, Grato, y se comen a los gorriones.

—¿Y qué eres tú, Eusebio, un gato o un gorrión?

—Escucha: un pagano, un arrianista y tú, Grato. ¿Qué eres tú? Alguien de quien se dice que es honesto, un mártir. Los demás quieren algo. Pero, ¿qué quieres tú?

—Volver a casa.

—Exactamente. Tú eres una oveja atrapada en un zarzal.

—¿Y qué quieres tú, Eusebio?

—La verdad. Quiero saber quién mató a Arrio. He defendido a Arrio desde el principio. Sí, firmé el acuerdo de Nicea, pero me arrepentí, retiré mi firma, y fui desterrado. Y entonces buscaba lo mismo que ahora. La verdad. Si Dios ha querido la muerte de Arrio necesito saberlo. No quiero ir contra la voluntad de Dios, y si ya lo he hecho, si he hecho este largo camino contra él, necesito desandarlo.

—La verdad puede prescindir de mi ayuda.

—¿Ves como eres tonto? —su tono era casi cariñoso, una severidad vagamente paternal—. Y eso te hace peligroso. El simple hecho de poder llegar a la verdad ya te pone en peligro. Y cuanto más te remuevas en la zarza, más te enredarás. Y aquí nuestros

deseos confluyen. Yo conseguiré que vuelvas a casa. Voy a cuidar de ti. Te conseguiré un alojamiento en palacio, estarás más seguro que aquí. Hasta entonces encargaré a dos hombres que cuiden de la puerta. Si he podido entrar yo, puede hacerlo cualquiera.

—Tú eres obispo.

—Más fácil será entonces para un asesino.

—Entonces serás tú quien me tenga vigilado. Si ven a tus partidarios rondándome dirán que también yo soy arrianista.

—Sí, lo dirán. Pero también pensarán que estás amenazado. Los católicos no atentarán contra ti sabiendo que serán los primeros acusados.

—Ningún cristiano atenta contra otro cristiano.

—Ya no hay cristianos, oveja, hay arrianistas y católicos y nadie sabe de qué lado estás tú. Así que, cuídate. Y trata de no sacudirte mucho en tu zarza, porque solo puedo protegerte de la mayoría.

Eusebio se puso en pie, cogió la lucerna.

—¿La mayoría?

—Hay alguien del que nadie puede ponerte a salvo —dijo, cruzando la cortina de lino.

—No quiero ir a palacio. Si Arrio no salió de palacio fue envenenado allí.

Eusebio se detuvo al otro lado de la cortina. Fue en ese momento cuando Grato comprendió que se había entregado, que antes de la llegada de Eusebio no había temor y que ahora sí lo había, y que además le estaba pidiendo que lo calmara, a él, al causante. Y cuando lo hubiera calmado sería suyo.

—Muy bien —dijo— te buscaré otro alojamiento.

Salió, cerró la puerta y la luz desapareció. En la oscuridad se descubrió prestando una atención involuntaria a los sonidos que se producían al otro lado de la pared: los quejidos de la madera bajo el peso de Eusebio hasta que descendió la escalera; una palabra de saludo al presbítero que custodiaba la entrada y que le habría franqueado el paso; el chirrido de la última puerta al abrirse y luego, cuando también esa última puerta se cerró, un extraño desamparo. Entonces recordó sus palabras: hay alguien del que nadie puede ponerte a salvo.

«Ayúdame, señor».

5

Cuando Grato cogió la cuchara por primera vez con la mano izquierda, los dedos parecían los mismos y también la cuchara; pero no lo eran. Habían adquirido una repentina torpeza de la que el dolor del muñón todavía sangrante le recordó que no podría zafarse. La mano izquierda se había convertido de repente en algo que no parecía del todo suyo, algo a lo que debía obligar a comportarse como una mano derecha, aunque nunca llegara a serlo. Lo único que podía hacer era reunir voluntad y llevar la cuchara a la boca a través de ese temblor, una y otra y otra y otra vez. Esa sensación de extrañeza y esfuerzo regresó cuando se sentó en la silla que le ofrecieron entre Pánfilo y Honorio. El mismo lugar que el día anterior, pero al mismo tiempo todo parecía distinto. ¿Por qué vienes a buscarme cada mañana? le había preguntado a Balbino. Orden del emperador. ¿Te dijo el emperador que me protegieras? Sí. ¿De quién? De cualquiera, dijo, con una naturalidad que remarcaba la obviedad de la respuesta.

Para llegar al interior de palacio había tenido que atravesar la multitud congregada en las puertas. Solo con oír el griterío, antes de doblar la calle que desembocaba en la entrada, su mano sudaba. El gentío iba abriéndose a su paso como se elevaría una ola. Los rostros cercanos, aquella primera línea de rasgos definidos en los que su mirada podía detenerse uno a uno y que le devolvían la mirada con una mezcla de curiosidad y deferencia, iban desdibujándose poco a poco hacia una turbamulta de cabezas que parecían mecerse como un oleaje al que no podía dejar de atender porque en cualquier momento se cerraría para engullirlo; hay que cortarles la cabeza porque jamás sueltan su presa, un temor absurdo y paralizante. Ya había atravesado un pasillo idéntico, cuando todavía tenía dos manos, con la misma muchedumbre retenida por dos hileras de soldados en los que también había curiosidad, incluso admiración, justo antes de que todas las líneas cedieran. No eran distintos, ni siquiera ellos, aunque se tratara de cristianos, porque esa masa no admitía distinciones. Los mismos que se habían lanzado a las calles para ver el desfile de cristianos encadenados

marchando de la mano hacia las minas, todos cegados del ojo izquierdo por una punta de hierro; los mismos que les lanzaban piedras y puñados de basura, capaces de hundir sus propias manos en el estiércol para poder arrojárselo a otro; los mismos que aclamaban a Diocleciano, impasible sobre un carro dorado tirado por caballos blancos. Y junto a él Constantino, cuando Constantino era un muchacho, el hijo bastardo de Constancio Cloro, César de la Galia y Britania, poco más que un rehén que aseguraba la fidelidad de su padre. El propio Diocleciano había escogido a Cloro para ese cargo en un tiempo en que la única fidelidad estaba en esos tuertos encadenados de dos en dos, cada uno supliendo el ojo que faltaba al otro hasta que descendieran a la oscuridad definitiva de las minas y caminaban hacia ellas de la mano. Así se lo contaron a Grato poco antes de que él, en un pequeño lugar del mundo, perdiera la fidelidad y la candidez y la mano, y no hubiera otra mano junto a su mano tuerta.

Habían aclamado a Diocleciano por perseguir a los cristianos, habían aclamado a Constantino por protegerlos, y aclamarían a quien le sucediera y a quien sucediera a ese sucesor porque ese grito no era suyo. La sola presencia de una figura, elevada en lo alto de ese grito, era lo único que podía darles consistencia. Una vaga sensación de existencia y quizá de importancia cuando mucho más tarde, aplastados por la conciencia de su nulidad, pudieran decir: yo estuve allí y lo vi. Y esa visión constituiría su único hálito de vida.

La calma un poco rígida de Honorio, incluso el respeto que le mostraba Pánfilo, idéntico al del día anterior, le resultaban sospechosos. Sabía o creía saber qué pretendía cada uno de ellos. Y aunque ese conocimiento partiera de Eusebio de Nicomedia, había decidido agarrarse a él porque no tenía otro. Honorio y Pánfilo tenían un móvil, un punto al que llegar, y por muy sinuoso que fuera el camino, el camino existía y él podía apartarse. Honorio, un pagano, pretendería alejar cualquier sombra de intervención divina: quería un miserable encadenado al que entregar a la muchedumbre, y a ser posible, cristiano. Lo que en Honorio era un deseo, en Pánfilo era, probablemente, una necesidad. Dios no podía haber aniquilado a Arrio, porque eso significaría que Arrio estaba equivocado. Si no aparecía un culpable, la duda se extendería entre los arrianistas. Cuando la única razón es la fe, una duda tan pequeña como un grano de mostaza basta para socavarla. Los católicos recobrarían lentamente sus posiciones, sus obispados, el oído de Constantino. Aunque probablemente prefería que ese culpable fuera un católico, Pánfilo se conformaría con cualquiera.

Pero el más ambicioso era él mismo, porque él quería aún más: nada. O lo que era lo mismo: todo. Él no tenía camino. Ojos y oídos hacia un misterio que los demás convertían en importante. Perseguido en la oscuridad por alguien del que nadie podía protegerle.

Pánfilo debió notar su alteración y cuando tomó asiento puso una mano sobre la rodilla de Grato. Era una mano con manchas de vejez y restos de tinta en los dedos un poco torcidos, uñas limpias y largas. Grato no podía apartar la vista, como si esas motas oscuras contuvieran algún significado oculto que la mera observación pudiera desvelarle, también como si fuera esa mano de algún modo tuerta la que no tuvo a su lado. ¿Y si realmente está Dios en la muerte Arrio?, le dijo. Pánfilo pareció leer en su rostro como él intentaba leer en su mano. Luego sonrió, una sonrisa condescendiente, como la que él mismo había mostrado muchas veces antes de responder a las preguntas de los campesinos.

—¿Necesitaba, Dios, una diarrea para matarle?

—No lo sé. No puedo saber lo que necesita Dios.

—Detrás de cada uno de sus actos hay una lógica, aunque nos cueste comprenderla.

—¿Cómo puedes saber que hay una lógica si no puedes comprenderla?

—Porque, si no hubiera una lógica, tampoco habría sentido. Dios es eso. Sentido.

—Así que hay un plan, entonces —dijo Honorio— vaya, es un alivio.

Justo cuando el último de los secretarios hubo tomado asiento, irrumpió en la sala una larga fila de esclavos. Marchaban rodeados por la Guardia Imperial. También Pánfilo parecía sorprendido. Se inclinó un poco hacia Honorio.

—¿Qué es esto? Acordamos que interrogaríamos a todos los que estuvieron esa mañana con Arrio.

—El aburrimiento no es una solución. Yo no hago acuerdos, Pánfilo. Investigo un asesinato.

Uno por uno, desde el más joven hasta el más anciano, camareros, cocineros, ayudantes de cocineros, aquellos que habían barrido el suelo de la cocina y los que aquella noche apagaron las velas del último salón habitado, fueron contestando a las preguntas tajantes de Honorio. Amenazante, bajaba en ocasiones hasta la altura del interrogado y le chillaba a la cara antes de volver a subir, resoplando, para adoptar otra vez esa inexpresión inquietante, esa altura un poco impostada que recordaba los pliegues de la toga de

una estatua gastada. Su padre era un simple alfarero de Creta, le había dicho Balbino. Él mismo era un simple alfarero antes de que ascendiera Ablabio. Gente que escupe en el barro para amasarlo. Y Grato comprendió que eso era exactamente lo que hacía; escupir antes de amasar.

Esto es lo que hizo Arrio la noche previa a su muerte: se retiró a su dormitorio más temprano que de costumbre; atardecía. Antes cenó un plato de acelgas rehogadas con ajo, un pedazo de conejo en salsa y un vaso de vino blanco. Esa misma comida, extraída de la misma marmita, fue servida a los soldados de la primera guardia y los esclavos acabaron los restos. El vino salió de una enorme tinaja del tamaño de un elefante que estaba junto a muchas otras tinajas, alineadas en una sala de los sótanos de palacio. Arrio se levantó un poco más tarde de lo habitual, por lo que la primera guardia y los esclavos ya habían pasado por la cocina para desayunar. Su desayuno consistió en un pedazo de queso de cabra y un sorbo de agua. De hecho, desayunó menos que de costumbre. Tenía poco apetito.

La historia de cada uno de los ingredientes que componían su cena y su desayuno podía remontarse hasta el lejano campo del que partían, daba igual, porque en cualquier momento, desde la entrada en los almacenes de palacio hasta el instante de servirlo, podía haber sido envenenado. O no. Honorio se mostraba cada vez más impaciente, moviéndose a grandes zancadas ante los esclavos alineados. Subió al podio y los contempló desde allí con las manos en la espalda, meciéndose sobre los talones. ¡Al sótano! gritó.

Grato no sabía a qué se refería con eso, pero Pánfilo saltó de su asiento con una energía repentina de la que no le habría creído capaz. Acudió al lado de Honorio, conteniendo la virulencia del primer impulso, inclinándose un poco hacia su oído.

—No puedes hacerlo, susurró.

—Claro que puedo, son esclavos.

—No es necesario, Honorio.

—Es la única forma.

—Hay cristianos entre esta gente, hay niños.

—Confesarán pronto, no voy a matarlos.

—Hablaré con el emperador, dijo Pánfilo, alzando la voz.

—Si se ha producido un envenenamiento en palacio la vida del propio emperador peligra. También el tono de Honorio era demasiado alto. Palabras para los demás, para los guardias y secretarios.

—No bajaré contigo —dijo Pánfilo— tendrás que bajar solo.

—Bien. Se anotarán las confesiones.

Honorio descendió del atril y los guardias pusieron en marcha a los esclavos, seguidos por la turbamulta de secretarios. Los chicos de Pánfilo aguardaban. Tras un momento de duda también Pánfilo les siguió, y corrieron a reunirse con él. Grato permaneció sentado. El roce sedoso de los ropajes y el tintineo de las armaduras se alejaban por los corredores de palacio. En la sala quedaban un par de guardias, firmes junto a la puerta por la que acababan de salir. Y Balbino, apoyado contra una pared, cruzado de brazos. Ascendió las escaleras hasta situarse a su lado, las tachuelas de sus sandalias producían un sonido metálico al chocar con el revestimiento de mármol. Podría haber resbalado, pensó Grato. Eran sandalias diseñadas para afirmarse en el barro, no para recorrer los salones de palacio. Pero por alguna razón había escogido el sonido de las tachuelas. «¿Qué hay en el sótano?», preguntó Grato, aunque ya lo sospechaba. Balbino le tomó por el brazo, ayudándole a levantarse. «Vamos abajo. No puedes quedarte aquí.»

Su padre debía haber escuchado muchas veces ese berrido increíblemente largo, arrancado por la boca abierta hasta más allá de la última gota de aire, y luego entrecortado, desgarrado, de alguna forma más intenso, justo antes de que las cuerdas se tensaran un poco más y la boca volviera a abrirse. Una vez era igual que muchas, y quizá ese era el sonido que su padre oía tras él al contemplar la llanura ciega de bruma, barrida por un viento sin olor ni cuerpo que encrespaba las crines del caballo y la copa de los últimos árboles. Quizá ese sonido le empujara a clavar los talones en los flancos y galopar hacia el vientre de la bruma. «Y no volver, Grato. Y no volver.»

Pero para Grato era la primera vez. Solo tuvo valor para ver una vez los cuerpos alargados sobre los potros, mucho más de lo que pensó que pudiera alargarse un cuerpo. También el chico de Pánfilo, el más joven, desvió la mirada y su mirada se cruzó con la de Grato, sin contactar, porque ese berrido anulaba cualquier posible contacto, de las miradas, de los cuerpos, un poco distanciados unos de otros, ocupando un espacio tan vital como una bocanada de aire porque el menor roce, un codo, la ropa, el vello de otra pierna, provocaba una rehuida casi imperceptible, cautelosa, el cambio de peso de un pie a otro bajo la tremulidad de las antorchas. Balbino todavía lo retenía y lo sostenía por el brazo y su expresión parecía menos indiferente o tensa que la de los demás. Los niños no, oyó decir a Pánfilo. Algunos chiquillos trataron de escabullirse, pero los guardias les devolvieron a la fila a latigazos.

«Aquí», dijo un soldado. Honorio y Pánfilo corrieron hacia esa voz seguidos por un revuelo de secretarios. Balbino condujo a Grato hacia aquel lugar, con suavidad.

—Si les digo que aprieten un poco más las rodillas y los codos se descoyuntarán y quedarás paralítico —Honorio se había inclinado sobre la cara del esclavo, un anciano con dos únicos dientes en las encías desnudas y una gruesa nariz amoratada—. Dime qué sabes. Di. Qué puede ser peor que esto. No deberías estar aquí, abuelo. Deja que te saque. Dime algo.

Honorio parecía extrañamente afectado. Pasó una mano por la cara del anciano, húmeda de sudor. Las pupilas del anciano giraban, enloquecidas, yendo de uno a otro de esos rostros que se agolpaban a su alrededor sin detenerse en ninguno.

—Venga, viejo, no quieres que de esa última vuelta —había en su tono una especie de camaradería que parecía sincera. Pánfilo también se aproximó, agachándose hacia su oído.

—Te encargaron que vertieras veneno —le susurró—, una pizca, en la comida, tú ni siquiera sabías lo que era. Un hombre poderoso, te amenazó, lo comprendemos. Una pizca en la comida. —Una pizca —repitió el anciano—, sí, una pizca, en la comida.

—Un hombre poderoso —dijo Pánfilo—, un obispo.

—Sí, un obispo —repitió.

Honorio empujó a Pánfilo con el codo, apartándolo del anciano.

—Así que un obispo en persona —dijo— haciendo tratos con un esclavo, una pizca. ¿Eh? de veneno. ¿Por qué no ese tal Marcelo, o incluso el propio Atanasio en persona?

El viejo abrió la boca, parecía a punto de decir algo pero solo gritó, no por el dolor o solo por el dolor, un chillido corto y agudo, de rabia y miedo.

—Esto no nos lleva a ningún sitio —dijo Honorio—. ¡Aflojad!

El viejo emitió un sollozo que no era de alivio, sin dejar de mirarle a los ojos, sin un parpadeo. Honorio pareció repentinamente desorientado, observando los cuerpos todavía atados sobre la madera. Movió una mano en el aire, un gesto vago.

—Soltadles.

En ese momento uno de los secretarios se aproximó a su lado, taimado.

—Falta un esclavo de la lista —dijo—. Ha desaparecido.

6

El esclavo desaparecido se encargaba de la nieve, y eso no parecía guardar relación alguna con ningún hecho. Era un dato tan cierto y tan carente de significado como su desaparición. Su principal tarea consistía en recoger y administrar la nieve que llegaba a diario desde la montaña envuelta en helechos, chorreando sobre el lomo de mulos que debían ser reemplazados a menudo porque se infectaba su piel largamente reblandecida por esa humedad constante. El pelo se desprendía a manojos y aparecía un cuero brillante y enrojecido que el menor roce, una rama, un dedo, una brizna de paja, abría en dos lenguas sangrantes. Diez o doce reatas con sus muleros recorrían constantemente ese largo trayecto cuyo principio era el fin y cuya única variación era la tonalidad de las hojas, muriendo o renovándose. Ese hielo enfriaba el vino del emperador, una parte de vino puro, tres de agua, mezclado por su propia mano.

Por la noche, el esclavo se había acostado en su jergón, junto a la puerta del almacén, donde se conservaba la nieve entre colchones de helecho. Por la mañana el esclavo no estaba allí. Ni un rastro. Los soldados habían registrado una y otra vez hasta el último rincón de palacio. Todavía seguían registrándolo, sótanos, hornos, graneros, esas largas bodegas con gigantescas ánforas alineadas, los mejores vinos de veinte provincias. Y cuanto más tardaban en encontrar al esclavo, más culpable parecía.

Honorio se mostraba satisfecho, como si hubiera sido su propio dedo quien le hubiera señalado. También Pánfilo había acogido con agrado esa desaparición. Grato sabía que probablemente los intereses de ambos confluían en ese punto; un culpable. Comían relajadamente, recostados. Ahora solo quedaba esperar. Ese mismo día, o al otro, o al siguiente, o una semana después un soldado llegaría con el esclavo o su cadáver. El radio de acción se ampliaría, la búsqueda sería más y más exhaustiva, «y aunque lo haya devorado un león en los confines del desierto egipcio —anunció Honorio— abrirán sus tripas y traerán lo que no haya podido digerir».

«Es un advenedizo, un plebeyo con aspiraciones —le había dicho Balbino—. Honorio quiere imitar la vieja dignidad romana, esa historia de hombres insobornables y duros que comen acelgas y duermen en el suelo. Pero está hueco. Es como un espantapájaros relleno con toda esa mierda. El hombre más honrado de todo el imperio. Denunciaría a su propia madre si infringiera la ley. Un auténtico peligro para la tranquilidad de cualquier ciudadano».

Sin embargo, él mismo se mostraba de lo más tranquilo. Realmente, un hombre hueco. Así que comían, aunque Grato pensaba si, en caso de necesidad, no abriría también su tripa. Les habían servido teta de cerda tibia, un manjar, y Honorio y Pánfilo llenaban los carrillos. Pánfilo engullía con ansiedad. Alguien tan delgado. No era hambre. De algún modo, siempre parecía sudoroso. Los gritos del sótano. También Pánfilo, desquiciado por esos gritos.

—Deja ya la fruta —le dijo Honorio—. Ahora podemos estar tranquilos.

—¿Tranquilos? —dijo Grato—. Después de lo que acabamos de hacer con los esclavos nunca volveremos a estar tranquilos.

Honorio no pareció entenderlo.

* * *

Para Grato, la desaparición del esclavo era un misterio demasiado pálido. Después de oír los gritos del sótano, cuanto le rodeaba le parecía tan incierto y lejano como un paisaje neblinoso, con esa extraña deformación en la que no puede averiguarse la distancia de un sonido o qué lo produce, aunque sea el de los propios pasos asentándose en ese barro que la vista no llega a penetrar completamente. El hecho de que fueran esclavos debería haberle calmado, pero no lo hacía.

Y casi agradecía la presencia a su espalda de los dos custodios prometidos por Eusebio de Nicomedia. Grato no podía evitar mirar hacia atrás para asegurarse de que no lo perdían. Dos hermanas gemelas ya maduras, con túnicas rojas. Tenían gruesas cejas pelirrojas y largos cabellos entre rojizos y blanquecinos. Virgilia y Virgilina. Tan inofensivas que resultaban ridículas, tan exactamente iguales que resultaban turbadoras. Tras la primera impresión fue lo primero que buscó, las sutiles diferencias que pudieran diferenciarlas; no las encontró. A su espalda, sentadas en la arena, comían nueces. Una las iba sacando del saquito de cuero que

colgaba de su cinturón y se las pasaba a la otra, que las abría insertando la punta de un cuchillito en la unión de la cáscara. Se quedaba una mitad y entregaba la otra a su hermana. Ese era el sistema. Una connivencia que no necesitaba palabras. Tan simétricas que parecían dotadas de alguna intención. No exactamente un enigma, más bien parte de una adivinanza que podía llegar a resolverse de una forma tan sencilla como absurda. Comían mirando hacia el mar.

Cuando Grato llegó a Constantinopla ya pensaba en el mar. Cuando llegó, el mar era una palabra. Había pensado en enfrentarse a él del mismo modo en que se había enfrentado a Constantinopla. Pero Constantinopla era algo que podía verse. Grandiosa, resplandeciente, extraña en su enormidad, sí, pero formada por líneas rectas, hecha por manos. Solo era la enormidad de lo concebible.

La primera vez que Grato llegó junto al mar no pudo verlo. No estaba seguro de qué tenía delante, algo demasiado inmenso como para ser observado de la misma manera en que había observado hasta entonces. Lo único que conseguía distinguir era una especie de mancha irreal y difusa sin relación alguna con su sonido o con cualquier descripción que hubiera oído. Algo que estaba más allá de las palabras, en el borde mismo de lo que podían captar sus sentidos. Luego resultó demasiado grande como para que pudiera dejar de verlo. Con el tiempo había descubierto que podía mirarlo de otra manera. De hecho, había descubierto que no podría volver a verlo como aquella primera vez, porque su propia mirada ya lo había dotado de forma. Ahora ya sabía lo que era el mar, y aunque cada día y a cada instante el mar era sutilmente diferente, también permanecía igual a sí mismo. De hecho, podía llevar el mar consigo. Podía cerrar los ojos en cualquier momento y verlo o imaginarlo. Un solo mar, no todos, no esa masa informe que se transformaba constantemente ante sus ojos, sino un resumen, una definición, cada ola una réplica de la anterior. Pero conservaba la sensación de que estaba ahí para algo. No era solo una utilidad, o no era el mismo tipo de utilidad conocida, del mismo modo que no era el mismo modo de observar. Un horizonte. El único horizonte, y aún así no era absoluto, porque solo era el lugar donde su vista podía llegar, allí donde su mirada se diluía en una masa blanquecina; su mirada, pero no el mar. Ahora esa primera sensación era un recuerdo. No podía ser revivida. Pero esa sensación volvía a arrastrarlo a la orilla.

Plácida tenía que ver el mar. Vivir esa primera vez. Puede que no de la misma manera, pero vivirla, porque si algo había vivo

dentro o fuera de él era ella y deseaba preservarla, y probablemente el mejor modo de preservarla era ese, exponerla a esa visión, a todas las visiones.

En eso pensaba cuando llegó Eusebio de Nicomedia, avanzando pesadamente sobre la arena, cerca de la línea del agua, con las sandalias de piel de cabritilla en la mano. Saludó a las gemelas y se dejó caer al lado de Grato, resoplando.

—Un lugar incluso demasiado discreto para reunirnos —dijo— o por lo menos demasiado alejado.

—Virgilia y Virgilina. Una pareja curiosa. Será un chiste.

—Fue idea de Pánfilo. Y fue una buena idea. ¿Esperabas dos gladiadores? A Arrio no lo salvó una multitud. Son buenas cristianas.

—Tengo que esperar que me salven sus rezos, entonces.

—Míralas. Podrías poner al mismísimo emperador a su lado y aún así te fijarías en ellas. Dirías, mira ese par que está junto a Constantino. Vayas donde vayas jamás pasarás desapercibido. Son la mejor defensa. La mejor que se me ha ocurrido, por lo menos.

—Hay un esclavo desaparecido.

—Lo sé.

—Voy a pedir al emperador que me releve.

—¿Por qué? Dije que te protegería. ¿De qué tienes miedo?

—No tengo miedo. Tengo fe.

—Es la fe lo que tratamos de salvar. Es eso, no la vida de un esclavo. No soy yo, ni la muerte de Arrio, ni siquiera esa petición lo que te ha traído hasta aquí. Lo he oído. Impuestos. Unas cuantas monedas. No. Es Dios quien te ha traído. Porque tienes fe sabes que es él.

—Todo el mundo parece saber lo que Dios quiere. Yo sé lo que no quiere. No quiere oír los gritos que he oído yo.

—¿Los esclavos? Ya me lo han comentado. Y qué. Un poco de dolor. Tú mismo has pasado por algo peor que eso.

—Sí. Sé lo que es. Sé que no es solo dolor, sé que destruye.

—Dijo el apóstol Pablo a los romanos, someteos a las autoridades porque si existen es porque Dios lo quiere.

—Cuando Jesús era un niño, jugando en la orilla del río, hizo doce pájaros con barro. Era sábado, el día sagrado de los judíos. Cuando le dijeron, estás trabajando en sábado, es un sacrilegio, cuando iban a aplastar a sus pájaros, Jesús dio una palmada y les dijo a los pájaros, escapad, volad por todo el mundo y vivid. Solo eran pájaros de barro, Eusebio. De barro. Podía hacer cientos de ellos. Pero les dio vida para que escaparan. Quién es Pablo para

decir que es legítimo que se destruya a personas, que es eso lo que Jesús quiere.

—Ese episodio ni siquiera está en los evangelios de los apóstoles, Grato, y Pablo era un apóstol. Es la autoridad.

—En el momento en que el propio Jesús hubiera torturado al último de los esclavos, a partir de ese mismo instante no sería Cristo, no merecería serlo.

—Veo que en tu aldea rozáis la herejía.

—Pero estamos lejos de la maldad.

—Y cerca del pecado.

—Creí que ambas cosas eran lo mismo.

—No siempre. No puedes dejarlo, Grato. No está en tu mano.

—Supongo que el emperador es la autoridad y que pecaré rebelándome contra la autoridad.

—No llegarás tan lejos. Constantino ni siquiera te dejará pecar. Nadie lleva la contraria a Constantino. Pero no haces esto por él. ¿Te he dicho que conozco a Arrio desde que éramos unos muchachos? Era un chico de bucles rubios, una hermosura, enloquecía a las mujeres y a los hombres de toda Alejandría con esos espesos tirabuzones rubios y esa piel dorada. La primera vez que vio a un pelirrojo, me lo contó él mismo, la primera vez que vio a un chico pelirrojo, en el mercado, como una llama entre egipcios y nubios, quedó traspasado. No podía apartar la vista de la melena naranja. De una belleza tan intensa, le pareció, que sintió el deseo de aniquilarla. Tirarlo al suelo y arrancársela a puñetazos. Un odio instantáneo. Yo nunca he sentido algo así, pero supongo que eso abrasa. Porque comprendí que nunca podría ser tan hermoso como él, me dijo. No tocó a aquel chico. Escapó corriendo a casa. Pero no pude escapar, me dijo, lo llevo dentro y creo que lo llevaré siempre. Arrio veía esa belleza en Dios, para él Dios era esa belleza. Olvídate de Constantino, incluso olvídate de Arrio, si puedes. Tú y yo no estamos aquí por ellos. Estamos aquí por esa belleza. He encontrado un buen lugar para ti. El más seguro de Constantinopla.

—En Constantinopla no hay lugares seguros. Ni al lado del mismo emperador se está a salvo. —Casi lo has adivinado.

7

«Cuando el emperador Diocleciano ya se había retirado del gobierno y le pidieron que volviera, ¿sabes qué contestó?»

Grato no podía verlo. La voz procedía de algún punto situado tras una espesa plantación de apio, las hojas se removían. Los esclavos le habían franqueado el paso y le habían dejado allí, de pie en el jardín, con su hatillo. El hatillo contenía dos túnicas, un par de sandalias viejas y una copia del Apocalipsis, el único libro que había llevado con él.

Era un jardín inusual para un hombre rico, parecía una huerta. Ha llegado Grato, el hombre de Eusebio, anunció el esclavo, aunque él no vio a nadie. Le molestó llegar acompañado del nombre de Eusebio. Vio una azada, subiendo y bajando tras los arbustos.

«¿Sabes lo que contestó Diocleciano? Pues contestó ¿volver? ni pensarlo, tú no has visto cómo crecen las coles en mi huerto.»

El dueño de la voz se irguió, alzando una cebolla cubierta de barro como si se tratara de un trofeo. Llevaba un sombrero de paja y tenía la piel enrojecida por el sol y al sonreír se formaban dos hoyuelos en sus mofletes. Julio era hermano de Constantino por parte de padre. Ambos eran hijos del César Constancio Cloro, y en cierto modo Julio se parecía a Constantino, aunque era más joven. Comparándolo con Constantino, Julio le pareció de algún modo sonrosado, blando, extrañamente infantil. Grato pensó que Julio debía de ser el más parecido a su padre, un hombre albino y bondadoso. Cloro fue el único gobernante que respetó a los cristianos cuando comenzó la persecución, aunque él mismo no era cristiano. Se negó a aplicar las leyes promulgadas por Diocleciano en las provincias que gobernaba.

Contaban que cuando Constancio Cloro agonizaba en Britania, rodeado por sus tropas tras una última victoria sobre los pictos y escotos, Constantino escapó de la corte imperial, donde había permanecido como rehén. Recorrió provincias enteras galopando día y noche, reventando un caballo tras otro. Inutilizaba a su paso cuantas monturas encontraba en las postas, rompiéndoles las patas para evitar ser perseguido. Cruzó el mar disfrazado de comerciante

y se presentó ante los soldados de su padre cuando acababa de morir, empuñando la antorcha que prendería su pira funeraria. De inmediato los veteranos de su padre le alzaron sobre sus hombros y le aclamaron como nuevo César contra su voluntad, amenazando con matarlo si rechazaba el cargo.

Eso formaba parte de la leyenda. Corría otra versión, menos heroica, según la cual fue el propio Cloro quien insistió en que permitieran a Constantino unirse a él en Britania, donde colaboró en la campaña contra los pictos y escotos. Grato suponía que ambas narraciones contenían la misma verdad: Constantino sudó cada recodo del camino, temiendo que en cualquier momento alguien le diera alcance o le aguardara emboscado y remitieran a su padre una carta comunicándole el desgraciado accidente que había sufrido. Probablemente así había discurrido toda la vida de Constantino mientras iba liquidando uno por uno a sus oponentes. Temiendo cada recodo del camino y cada esquina de palacio, hasta que la leyenda que quizá él mismo ayudó a construir fue envolviendo al hombre como una coraza y quizá solo ahora, ya anciano, podía sentirse a salvo. La leyenda había ido ocupando el lugar del hombre y al hombre podían matarle, pero la carne era ya el lastre, esa zona oscura que cargaba con los crímenes que no debían manchar a la gloriosa estatua cuyo esplendor mantenía la integridad del imperio. Quien fuera a alzar la espada contra él sabía que vaciaría una enorme coraza que nadie más podía ocupar.

Constantino era un bastardo, hijo de una tabernera, Elena. Cloro dejaba varios hijos legítimos, de los cuales Julio era el mayor. Pero incluso Julio era un niño cuando murió su padre. También se decía que la aclamación de los soldados no fue tan espontánea como la leyenda pretendía. Se decía que Constantino ofreció un generoso donativo a los soldados para ayudarlos a olvidar su bastardía y empujó a los soldados a hacer lo que en la corte habían temido: proclamarlo César.

En cualquier caso, Constantino envió una misiva a la corte pidiendo que refrendaran la voluntad de los soldados, pero solo en la forma era una petición. Y el Augusto Galerio, que ocupaba el puesto abandonado por Diocleciano, se vio en la disyuntiva de refrendarla o afrontar una guerra civil. Y la refrendó.

En ese momento, Constantino pudo haber asesinado a sus hermanos, a ese hombre que ahora, exultante, sacudía la cebolla, limpiando las raíces de tierra. Ni siquiera firmar una orden, bastaban un par de mercenarios borrachos a los que luego ejecutaría jurando ante treinta dioses que él jamás les había

ordenado que asesinaran a sus hermanos. No lo hizo. Aunque suponían un peligro para su propia vida, permitió que vivieran.

—La verás en la cena —dijo Julio, mostrándole la cebolla—. A eso se refería Diocleciano. Comer lo que cultivas con tus propias manos, esa es la base de la virtud. ¿Sabes qué se siente cuando la ves en tu plato?

—No lo sé. Para mí siempre es así. Nunca me he parado a pensarlo.

Volvió a mirar la cebolla, la pasó de una mano a otra, de repente parecía haber dejado de representar la virtud.

—¿Se puede manejar la azada con una sola mano?

—Si no queda otra opción, se puede.

—Bien, está decidido. Aquí no tendrás que cavar, Grato. Comerás lo que yo cultive. Será un cambio agradable para los dos.

La mansión de Julio era típicamente romana, con una piscina que recogía el agua de lluvia en el patio central. Alrededor del patio se abrían las distintas estancias, cocinas, cuartos de esclavos, despensas. No pudo ver el menor rastro de paganismo, ni siquiera en los mosaicos del suelo, formados por dibujos geométricos. La única representación figurativa era un cesto con panes y peces en la entrada, una obra esmerada y cara compuesta de minúsculas esquirlas. Panes y peces, un símbolo claramente cristiano, pero había algo en la delicadeza del trabajo y en el hecho de que estuviera en la misma entrada que lo hacía de algún modo falso. Grato había aprendido a cortar los grandes rollos de papiro en que se publicaban los evangelios y a coser las páginas resultantes, formando pequeños volúmenes que podían ocultarse con facilidad. Había rehuido durante tanto tiempo cualquier símbolo cristiano que incluso ahora guardaba una vasija decorada con un Jesús Pastor, cargando una oveja sobre sus hombros, debajo de la cama. Un gran busto de Constancio Cloro presidía el patio. Había retratos repartidos por toda la mansión, algún filósofo, algún orador, pero la mayoría eran antepasados de Julio. En el piso superior ocupaban todo un pasillo. Los primeros, situados junto a las escaleras, eran los más antiguos. Hombres que conocieron al gran Marco Aurelio, le dijo Julio. Les seguían muchas generaciones de patricios ilustres, tantos que no quedaba en ellos rasgos de aquellos primeros ancestros. El último, junto al dormitorio de Julio, era Constancio Cloro. Los bustos de las dos esposas de Julio, las dos fallecidas, lo flanqueaban. Eran las únicas mujeres de esa galería. Gala, la primera, una adusta matrona, le había dado dos hijos. Basilina, la segunda esposa, solo uno, Juliano. Creyó entender que Basilina, casi

una niña a juzgar por el retrato, era pariente de Eusebio de Nicomedia. A Grato le hubiera gustado saber quién impuso esa boda a quién; si fue Eusebio quien le propuso el matrimonio o fue Julio quien lo solicitó, aunque ambos debían de buscar lo mismo: una mayor influencia ante Constantino. Julio no se extendió en detalles sobre ese particular.

Grato ocupó un dormitorio en la segunda planta, junto al del propio Julio. Los esclavos hacen un ruido insoportable por las mañanas, comentó, esta es la parte más alejada del bullicio. Cuando Grato deshizo el hatillo guardó su ejemplar del Apocalipsis bajo la almohada.

Por la noche cenaron la cebolla. Laminada y frita servía de lecho a un cochinillo relleno de ciruelas y cubierto por una capa de miel de romero tostada. Cenaron solos. Los niños desfilaron ante Julio acompañados de la nodriza antes de irse a dormir, y Julio pasó la mano por sus tres cabezas y les sonrió a los tres. Sé bueno, Galo.

—Lo notan —dijo cuando se hubieron marchado— , los niños pueden notar la más pequeña diferencia. Cómo los tocas. Yo lo notaba. Mi padre también ponía la mano sobre nuestras cabezas antes de que fuéramos a dormir. Era su preferido. Lo sé. ¿Tienes hijos, Grato? No puedes engañarlos, saben lo que sientes dentro de ti. Y no se puede evitar quererlos de distinta forma. Galo es un mal bicho, se parece a Gala. Juliano es más dulce, se parece a Basilina. Los dos son como yo, pero no quise a las dos por igual. No de la misma manera.

—A Juliano le diste tu nombre. Galo solo lleva el de tu esposa. Quizá por eso Galo no es bueno. —Galo se parece demasiado a su madre.

—Cuando tengas nietos verás que eso no importa.

—¿Tienes nietos?

—Una nieta.

—Pareces joven para tener nietos.

—Vengo de una aldea de la frontera. Los perros follan en la calle y los sármatas clavan las cabezas en lanzas. En las aldeas de la frontera la vida tiene que ir más deprisa.

—¿De verdad crees que es peor que esto? Esta casa está llena de cabezas clavadas en pedestales.

—En la frontera ni siquiera hay pedestales. Solo hay carne viva y carne muerta.

—¿A eso queda reducido todo? ¿Carne?

—Hasta que Cristo vuelva.

—¿Y el alma?

Dio una palmada. Apareció un anciano con una larga barba blanca, flaco y andrajoso. Parecía otro esclavo, aunque debía de tratarse de un filósofo a sueldo. Lee, dijo. El orador comenzó a recitar un texto de Platón sobre la muerte y el alma y un carro tirado por dos caballos. Juliano pareció durante mucho tiempo absorto en sus propios pensamientos. Luego, poco a poco, fue relajándose y volvieron a aparecer los hoyuelos. Comenzó a hablarle a Grato sobre ese carro tirado por dos caballos muy distintos, uno dócil y otro salvaje, uno que reunía todos los vicios y otro que reunía todas las virtudes, uno blanco y el otro negro, y el hombre era un auriga que trataba de hacerlos correr en la misma dirección. Su padre también le había hablado de Platón y de ese carro tirado por dos caballos. «Y los caballos son los únicos que saben hacia dónde correr —le dijo—; lo único que pueden hacer es lamentar el chascar del látigo y esperar a ver por dónde les despeña el auriga».

Ni entonces ni ahora entendía Grato qué relación podía tener el alma con los caballos.

8

Arrio solo podía haber muerto envenado si había algún veneno capaz de provocar ese tipo de muerte. Grato se descubrió dándole vueltas a esa idea. Era una idea sencilla y compacta. No tenía intención de adentrarse en la investigación, pero le complacía pensar sobre ello. Buscar un veneno. Le hacía sentirse bien. Importante. Por un momento dejaba de ser un aldeano atolondrado y estúpido empeñado en rogar una limosna. Era un hombre con una misión. Un servicio al emperador. Un favor, incluso. Y quizá Eusebio tuviera razón. Quizá se tratara de un designio mucho más alto. Un sentido.

Grato sabía poco de venenos. Sabía que los había de muchas clases y que ninguno actuaba del mismo modo. Para provocar un resultado tan fulminante se necesitaba una gran dosis o una sustancia muy potente. Si Arrio realmente había muerto envenado había sido víctima de una sustancia rápida y atroz. El asesino pretendía impedir desesperadamente que llegara a la iglesia. Y los únicos que querían impedir su readmisión en la Iglesia eran los católicos. Atanasio era el enemigo más firme de las doctrinas de Arrio, de modo que Grato pensó que podía apuntar en esa dirección. Pero antes había que encontrar el veneno que mató a Arrio.

Por la mañana pensó en enviar a uno de los esclavos de Julio en busca de Virgilia y Virgilina y recorrer con ellas la calle de los barberos, donde cada mañana acudían los hombres que no eran lo suficientemente ricos como para que el barbero acudiera a su casa. Era un lugar de reunión donde enterarse de los últimos rumores y hacer negocios, un buen punto de partida para encontrar a ese tipo de charlatanes que vendían pociones y ungüentos. Adivinos, curanderos, magos, gentuza. Pensaba en eso tras el desayuno, con el estómago lleno, recostado contra un árbol del jardín, todavía adormecido mientras Julio, protegido del sol por su gorro de paja, causaba estragos entre las hortalizas. Manejaba la azada con más entusiasmo que pericia y a menudo cortaba las raíces al remover la tierra, pero Grato no se lo dijo. Respetaba cualquier tipo de

felicidad, por absurda que pareciera. Dejó pasar el tiempo adormecido bajo la tibieza de los primeros rayos de la mañana. No hay prisa, pensó. Constantino había perseguido a los brujos, a los adivinadores y a los curanderos, así que no sería fácil encontrar uno.

—Si lo que quieres es averiguar algo sobre venenos deberías buscar un médico —le dijo Julio—; la misma sustancia puede devolverte la salud o matarte. El poder de ambas cosas está en su interior. Es una cuestión de dosis.

—Un veneno siempre es un veneno.

—Vosotros los cristianos creéis que adoramos estatuas. Que adoramos a un río, o a un griego con un rayo en la mano. Eso es para el populacho. Eso es solo una representación del poder, de la fuerza que anima todo lo que nos rodea.

—Por supuesto que hay una fuerza. Dios.

—No vuestro Dios, Grato. Vuestro Dios dice qué está bien y qué está mal, qué debe hacerse y qué no.

—Pero cada cual es libre de hacerlo.

—Y pagar después por ello. El poder no es ni bueno ni malo. Existe, y depende de cada cuál qué parte de él pone en movimiento.

—El poder no tiene dosis, Julio. El poder es un veneno, y el único sentido del veneno es matar.

—El sol da la vida a estas cebollas, las cebollas crecen, nos comeremos unas cuantas y luego moriremos, los dos, aunque tú seas bueno y yo malo, aunque tú seas cristiano y yo pagano, y las cebollas seguirán creciendo.

—¿Y el alma? ¿Y el carro y los caballos?

—Esa es la última esperanza, pero una esperanza no es un hecho.

—Así que debemos adorar a una bola amarilla suspendida en el cielo para que las cebollas sigan creciendo. Entonces, qué diferencia hay entre comer unas cuantas o ninguna, entre que crezcan las cebollas o que no crezcan.

—Bueno, mientras estés aquí puedes comerlas.

—No valen el sacrificio, Julio.

—Puede que las cebollas no, pero está el vino, las mujeres, la poesía.

—No conozco ninguna poesía tan buena.

—Tendrías que leer a Homero.

—Lo he leído. Héctor mata a Patroclo, Aquiles mata a Héctor, y las flores crecen sobre las tumbas de los tres.

—Una vida honorable, una muerte honorable y ser recordado

por los siglos de los siglos, es lo máximo a lo que se puede aspirar.

—Aquiles solo es honorable porque devolvió el cadáver de Héctor a su padre. Es su compasión lo que le hace grande. Quién sabe, puede que Dios tenga en cuenta esa compasión y decida perdonarlo.

—Puede que sí y puede que no. Promesas, es lo único que ofrecéis los cristianos, pero las promesas no alimentan y la gente quiere tener el estómago lleno y vivir en paz. Cuando la gente se harte de promesas os volverá la espalda, y cuando os vuelva la espalda, también Constantino os la volverá.

—Tú quieres que muramos, Julio, pero yo no quiero que tú mueras. Por eso venceremos, porque queremos lo mismo. Tampoco tú quieres morir. De todas formas creo que buscaré un médico, dijo Grato, levantándose.

—En realidad no hará falta. La coloquíntida. El fruto es parecido a una naranja. Una cucharada de su pulpa puede matar a un hombre como mató a Arrio. Crece en el norte de África. He leído todo lo que se ha escrito sobre plantas. He pasado la mayor parte de mi vida encerrado en villas como esta, así que he tenido tiempo de sobra.

—Creí que valía más la poesía.

—No solo me ha sobrado el tiempo, también he temido comer algo que no debía. La madre de Constantino era una madre muy celosa. Aunque vosotros la tengáis por una santa.

—¿Podría encontrar coloquíntida en el mercado de Alejandría?

—En el mercado de Alejandría podrías comprar cualquier cosa.

Y eso nos lleva hasta Atanasio, pensó Grato. Pensó también que quizá no era tan estúpido como él mismo creía. Aparentemente, Atanasio continuaba siendo el punto de referencia del catolicismo, incluso desde su destierro en la lejana Galia. El esclavo desaparecido podía ser la mano que había administrado el veneno, pero necesariamente había una voluntad detrás. La lógica le señalaba: un obispo africano, un veneno africano, el más influyente de los católicos, el mayor enemigo de Arrio. Quizá resultaba demasiado evidente, pero el hecho de que fuera evidente no significaba que no pudiera ser cierto. No había otro punto del que partir, así que Grato decidió empezar por ahí.

Y en ese momento se dio cuenta de que sabía muy poco sobre Atanasio.

9

Suponía que Pánfilo era un hombre sabio. Alguien que podía desenvolverse a la perfección en el laberinto de los matices teológicos y emplear todos los recursos de la oratoria para seducir a un auditorio indeciso. No tiene el menor talento literario, le había dicho Julio, se limita a acumular libros y a copiarlos, pero Grato no pudo creerlo cuando el chico del bozo, ese tan joven que tenía por secretario, le condujo hasta una pequeña estancia del palacio donde se guardaban cientos de volúmenes. En realidad, más volúmenes de los que había visto Grato en su vida. Cubrían una pared entera, del suelo al techo, y había decenas de rollos más, desplegados sobre una gran mesa de madera vieja. Los volúmenes de la pared estaban preservados en tubos de piel de los que colgaba una etiqueta con su correspondiente título. La mayoría eran escritos teológicos. En la aldea de Grato había un único tipo de cristianos: auténticos. Había hijos de Dios que creían en los evangelios y había hijos de Dios que todavía no creían en los evangelios, y cada cual era libre de actuar como creyera. Solo a lo largo del concilio, escuchando a Marcelo, que se decía que actuaba bajo las órdenes de Atanasio, y escuchando las réplicas de Pánfilo, que se decía que odiaba a Atanasio, descubrió hasta qué punto habían dejado fuera de su aldea de ser cristianos. Y ni siquiera era capaz de entender por qué.

Así que Pánfilo era, pues, la persona indicada para guiarle en aquel laberinto de conceptos. Y alguien muy cercano a Atanasio, además, aunque fuera desde el odio.

Entre los volúmenes encontró una copia del Apocalipsis en griego y lo abrió para comprobar hasta qué punto coincidía con su propio ejemplar. Gran parte de las copias que recorrían el imperio se habían realizado apresuradamente y en secreto durante la persecución de Diocleciano, y el error de un copista podía repetirse como un eco de volumen a volumen sin posibilidad de corrección.

Estaba leyéndolo cuando entro Pánfilo.

—¿Qué tienes ahí? ¿El Apocalipsis? No es el mejor de los libros. Está en griego ¿No sabes leer griego?

—Estaba leyendo.

—No he oído que leyeras.

—Aprendí a leer sin pronunciar las palabras durante la persecución. Puedes repetir las palabras dentro de tu cabeza sin mover los labios.

—¿Eso es posible? ¿Meter las palabras dentro de la cabeza? Las palabras están hechas para que salgan por los labios.

—Lleva tiempo, pero de esta forma puedes leer en silencio, sin que nadie sepa qué lees. Me resultó muy útil.

—¿Útil? La palabra de Dios debe salir fuera, debe vibrar en el aire y llegar a todos los oídos. Esa es una forma endemoniada de leer. Es pernicioso.

—Leer la palabra de Dios no puede ser pernicioso.

—El Apocalipsis no es la palabra de Dios.

—Son las palabras del apóstol Juan.

—¡Quién sabe de quién son esas palabras! Mira esos estantes. Están repletos de falsos evangelios, llenos de escritos absurdos que usan a Dios, evangelios de Pedro, de Tomás, de Santiago.

—¿Hay un evangelio de Pedro?

—¡Nunca lo ha habido! He reunido cientos de estos textos sucios, falsificaciones que dan una idea de Dios corrupta y circulan entre los incautos, pasando de mano en mano y corrompiendo a cuantos los tocan. Solo hay una palabra de Dios, y debe vibrar en el aire y ser escuchada por las multitudes.

—¿Cómo distingues las falsificaciones?

—Porque conozco a Dios, como lo conoce cualquier verdadero cristiano. Todo esto debe arder o pudrirse entre estas paredes. Y el Apocalipsis también.

—¿Es también una falsificación, el Apocalipsis de Juan?

—Es peor que eso.

—¿Peor?

—Si guardas alguna copia, destrúyela. Solo puede hacerte mal.

Fue a sentarse en una de las sillas situadas junto a la mesa, y al hacerlo sus rodillas crujieron. Estoy agotado, dijo, soy un viejo y eso no tiene cura, solo puede ir a peor. Se quedó mirando el muñón.

—¿Duele?

—A veces. Cuando va a cambiar el tiempo.

—Debe ser un dolor agradable.

—Ningún dolor es agradable.

—Daría cualquier cosa por ese dolor. A mi edad tengo muchos otros dolores, pero ninguno tan honorable. Ojalá aparezca de una vez ese esclavo. No tengo tiempo para esto. Quiero volver a Cesárea. Tengo una auténtica biblioteca en Cesárea y mucho que

recolectar antes de que se haga tarde. Quiero reunir la verdadera palabra de Dios en un gran y único libro para todos los cristianos.

—Que solo podrá ser leído en voz alta.

—En la voz más alta posible y para toda la humanidad. Católicos y arrianistas se apalean por las calles mientras los paganos se mofan de todos nosotros. Eso tiene que acabar.

—Precisamente de eso quería hablar, de los católicos. De Atanasio.

—Atanasio es el mayor enemigo de la cristiandad, Grato. El obispo Alejandro, aquel con quien Arrio mantuvo los primeros enfrentamientos, resultó ser también uno de sus más firmes opositores. Ya anciano, nombró sucesor a alguien lo suficientemente enérgico como para enfrentarse a la tesis en ascenso de Arrio desde el obispado de Alejandría, el más influyente junto al de Roma y Constantinopla. El hombre elegido, un joven pelirrojo llamado Atanasio, resultó ser más terco y más capaz que el propio Alejandro. Tan capaz que tras la muerte de Alejandro mantuvo vivo el catolicismo frente a la facción mucho más numerosa de los arrianistas, y lo hizo con tal decisión que acabó por ser depuesto y desterrado a Tréveris, en la Galia. Constantino había accedido a levantar el destierro de Arrio, pero no el de Atanasio.

Arrio había demostrado ser lo suficientemente flexible como para ceder en lo formal y vencer en lo sustancial. Finalmente, había aceptado el dictamen impuesto por Constantino, que intentaba ser equidistante con ambas posturas. Eran los partidarios de Arrio quienes ocupaban los obispados más importantes y su visión de Dios la que ocupaba las principales iglesias. Atanasio había perdido porque Atanasio no negociaba. Ambos tenían el absoluto convencimiento de encarnar la verdad, pero Arrio estaba más cerca de la razón y Atanasio, probablemente, más cerca de la locura. Y Constantino solo podía imponerse a la razón.

—Arrio vio una luz y la siguió. Y aunque habitaba en la luz cedió tanto como le fue posible para evitar la división de los cristianos. Acató la voluntad del emperador. Es Atanasio quien se empeñó en permanecer en la oscuridad. Es Atanasio quien ha roto nuestra Iglesia. Dios y hombre al mismo tiempo, cuántos pueden aceptar eso, es irracional, es absurdo, es complejo, un dios escupido y crucificado y humillado, solo algunos podemos llegar a entenderlo. Pero Dios debe ser para todos. Sin excepción. Un Dios todopoderoso y único, Grato. Eso es algo que los paganos podrían hacer suyo.

—No sería muy distinto de Júpiter, entonces. Y nuestro Dios no

es así. Nuestro Dios es Jesús. Dios se hizo hombre para convertirse en nuestro Salvador.

—Hay una guerra, Grato, y esa guerra es la más terrible que jamás haya existido, porque no mueren cuerpos, mueren almas. Tenemos magníficos atletas, pero también hay magníficos atletas entre nuestros enemigos. Los paganos también tienen sus eruditos, y los filósofos se mofan de nosotros. Un Dios único e inaccesible es un concepto que confluye con el platonismo. Hagamos que nuestro Dios sea el suyo. Lo viejo y lo nuevo en una sola doctrina. Un Dios único es una idea hermosa y redonda que puede llenar también el corazón de los más simples, y un Dios único era lo que proponía Arrio. Los cristianos habrían permanecido unidos bajo esa idea. ¿Cuántos pueden entender que un Dios todopoderoso sufra una muerte vergonzosa, en una cruz, como un esclavo? ¿Cuántos son capaces de entregarse a un Dios todopoderoso que renuncia precisamente a aquello que le define, el poder? Solo llegará la paz cuando haya sobre nuestras cabezas un único Dios para todos.

—Esta misma mañana ya he oído hablar de poder. Y el poder no me gusta. A nosotros debería importarnos la compasión.

—Entonces compadécete de ti mismo, Grato. Tenemos una oportunidad y solo una de atraer a la mayoría, también a los paganos. Vivimos un momento decisivo. El cristianismo permanece en paz gracias a Constantino, pero un día no muy lejano Constantino no estará para defenderlo, y volverá la persecución. Volverán a cortarnos las manos, Grato, nos mutilarán y nos asesinarán. Y esta vez lograrán exterminarnos, porque estamos divididos y porque todavía somos pocos. No se trata de en qué grado Jesús era más Dios que hombre o más hombre que Dios. Nos exterminarán, y la luz se extinguirá con nosotros. Se trata de la salvación definitiva de toda la humanidad.

Toda la humanidad, dijo, cabeceando lentamente, como si aquellas palabras siguieran repitiéndose una y otra vez en su interior, puedo llegar a imaginar todo ese peso sobre Él. Sobre el salvador. Parecía tan, tan viejo.

—Atanasio y Arrio y también Eusebio creen que se trata de defender la verdad, Grato, pero en realidad se trata de mucho más. Se trata de defender la vida. Y Atanasio nos llevará a la destrucción. A todos. Atanasio es el demonio. ¿Quieres saber si Atanasio es responsable de la muerte de Arrio? Por supuesto. Cada uno de nosotros somos un hilo en una trama, y solo Dios puede ver el dibujo que forma el tejido. Pero cada uno de los hilos tiene un principio y un fin, y a veces, cuando tiras del hilo adecuado,

descubres que al otro extremo de tu propio hilo hay otro hombre, y estás tan unido a él como a un cordón umbilical. El hombre que estaba al otro extremo de Arrio era Atanasio. Puede que nunca tramara su envenenamiento, puede que jamás pudiéramos tirar del hilo que lleva hasta él, pero está al otro extremo.

—Si es así ¿Por qué no encaminamos la investigación hacia Atanasio?

—Porque Constantino no quiere.

10

«Supongamos que encontramos al esclavo —le había dicho Pánfilo— y que admite que Atanasio le entregó el veneno para que se lo administrara a Arrio en el momento adecuado. Aunque contáramos con la confesión del esclavo, los católicos seguirían defendiendo la inocencia de Atanasio. Aducirían que hemos amañado las pruebas o que el esclavo confesó bajo tortura. Y de todos modos, pese a sus protestas, Constantino se vería obligado a ajusticiar a Atanasio por asesinato. Y el asesinato se condena con la muerte. Los católicos tendrían un mártir. Y Constantino no quiere más mártires ni más persecuciones. Quiere la paz».

Pánfilo parecía saberlo todo. Qué quería Dios, qué quería Constantino. Grato no podía dormir, así que había bajado al jardín y estaba sentado en la hierba, envuelto en una manta para protegerse de la brisa nocturna. La oscuridad del jardín era ligera y olía a mar y hierbabuena. Muy diferente a cuando, entrada la noche, se sentaba a la puerta de su casa, en la aldea. En esa otra oscuridad, enorme y abierta, cada crujido llegaba cargado con la posibilidad de una amenaza y cada ladrido podía constituir el comienzo de una alerta. Puede que Julio y Pánfilo y Eusebio, puede que ni siquiera Constantino llegara a imaginar el peso y la profundidad de la oscuridad que se extiende más allá de los jardines. Era posible que ninguno de ellos hubiera visto cómo queda un cuerpo apaleado por una muchedumbre o el modo en que podían llegar a sobresalir las vértebras en la espalda doblada de un esclavo.

El grande, el pacificador, el defensor, el Augusto Cayo Flavio Valerio Constantino. Puede que Constantino hubiera salido de su tienda en las noches previas a cada batalla, cuando el miedo le impidiera dormir porque sabía que su vida dependía del empuje de una cohorte, del coraje de cada uno de los hombres; de uno solo de los hombres. Sin armadura ni insignias, envuelto en un manto para ocultar su identidad. Caminaría entre esas hogueras a cuyo calor se apiñaban los soldados. Aguzaría el oído para captar sus conversaciones. Puede que incluso tomara asiento junto a ellos,

adelantando las manos hacia el fuego, como uno más. Se contaban muchas historias de ese tipo sobre los grandes generales. Y cuanto más burdo era el manto y más profundo el anonimato, más intenso resultaba el halo de heroísmo que parecía irradiar en la imaginación del oyente. En esas anécdotas siempre había algún legionario que anunciaba con orgullo que moriría alegremente por su general, ignorando que estaba presente. Grato no había oído algo tan estúpido en su vida. Quizá los propios oficiales le acompañaran hasta el lugar adecuado para que pudiera oír lo que deseaba escuchar, o quizá era fácilmente reconocido. Basta con ver una vez a quien puede llevarte a la muerte para recordarlo siempre.

Una hoguera no es tibieza. Sentado frente a una hoguera la cara se abrasa y la espalda se congela. Es a la vez demasiado calor y demasiado frío. Para algunos generales todos los soldados son un uniforme. Para otros, unas criaturas sin más atributos que el valor o la cobardía, mentes simples por las que tienen el deber de velar. En la cabeza de la mayoría conviven de algún modo ambos rasgos. Pero para un soldado lo único que realmente existe es la carne y la sangre. La vida de un soldado depende del hombre que duerme a su lado, del escudo que hay junto a su escudo. Un soldado muere por su compañero, no por su comandante, y alguien que sale de la oscuridad y se sienta en ese círculo es algo peor que un extraño; es un intruso.

Constantino nunca era otro hombre, porque en cualquier momento podía levantarse y retirar el manto. Cómo comprender, entonces, a aquellos que jamás podrían retirarlo. Constantino nunca podría ser otro hombre, y de ahí provenía ese halo de heroísmo. Desde ese anonimato, hasta el último de los soldados podía huir y salvar la vida, porque su vida era útil para el vencedor. Pero para Constantino no había más esperanza que la victoria. Ningún escudo estaba junto a su escudo. El general es el único que duerme solo en su tienda. La derrota es su derrota y su cabeza pasaría de mano en mano antes de rodar a los pies de su enemigo.

Puede que en una de esas noches, cuando su fortuna dependiera del último sirviente del regimiento, llegara a comprender el peso de ese manto. Fue en esa enorme oscuridad previa a la batalla contra Majencio cuando apareció la cruz en llamas.

«Sucumbirá aquel que intente entrar en Roma.» Ese era el dictamen de los libros sibilinos, oportunamente difundido por los agentes de Majencio. Y Constantino pretendía entrar en Roma.

El imperio se había roto. Diocleciano, incapaz de gobernar en solitario un estado acosado en todas sus fronteras, había establecido

un nuevo sistema de gobierno, la tetrarquía: dos Augustos se repartían la carga del imperio. Uno gobernaba la zona occidental y otro en la oriental. Cada uno de ellos contaba con la ayuda de un César, que actuaba como su colaborador. Diocleciano se había quedado Oriente, con Galerio como César. Para Occidente escogió a Maximiano, un oficial valeroso, pero tuvo buen cuidado de que fuera mucho menos sagaz que él mismo. Constancio Cloro era el César de Maximiano.

Tras la abdicación de Diocleciano, cada Augusto y cada César trató de ocupar el poder absoluto. Galerio todavía gobernaba Oriente, pero del mismo modo que Constantino se había proclamado César en Britania contra su voluntad, Majencio, hijo de Maximiano, había comprado el apoyo de los pretorianos para coronarse César en Roma. Galerio envió un ejército a Italia a las órdenes de un oficial competente, Severo. Pero Majencio logró que la mayoría de sus efectivos cambiara de bando mediante el soborno y Severo tuvo que refugiarse en Rávena, una ciudad inexpugnable y bien abastecida donde podría haber resistido durante años. Majencio no disponía de tanto tiempo. Trató de llegar a algún tipo de acuerdo, y para ello solicitó la ayuda de su padre, Maximiano, que vivía retirado en Campania. Maximiano persuadió a Severo de que abandonara Rávena y se dirigiera a Roma, donde podrían entablarse negociaciones, asegurando su integridad con los más sagrados juramentos. Cuando Severo estaba de camino, en una estación de postas situada al borde de la vía Flaminia, una compañía allí emboscada por Majencio cayó sobre él. Lo ahorcaron.

Durante algún tiempo, Constantino buscó el apoyo de Majencio contra Galerio, y selló la alianza casándose con una hija de Maximiano. Impotente, Galerio solicitó la intercesión de Diocleciano. Por un breve tiempo, Diocleciano abandonó su retiro. Confirmó a Constantino en su cargo, destituyó a Maximiano y concedió el cargo de Augusto de Occidente a otro brillante oficial, Licinio. Cuando Constantino tuvo el respaldo de Diocleciano, hizo ejecutar a su suegro, Maximiano. Durante algunos meses hubo paz. Pero tras la muerte de Galerio, su sucesor, Daia, trató de consolidar su posición mediante una alianza con Majencio. Eso obligó a Licinio y a Constantino a unir sus fuerzas contra esta nueva amenaza.

Ahora era Constantino quien marchaba contra Majencio. Aquella noche previa a la batalla del puente Milvio, cuando Constantino aguardaba la llegada del alba para lanzar a sus veteranos contra las tropas mucho más numerosas de Majencio, Constantino debió de recordar a Severo. Traicionado por aquellos

que le habían jurado lealtad, meciéndose al final de una cuerda, al borde del camino.

«Sucumbirá aquel que intente entrar en Roma.»

Los juramentos son respetados únicamente por quienes temen el castigo que supone romperlos. Los legionarios de Constantino le temían y le respetaban, pero quizá temían más aún la desesperación de los pretorianos y su número, o el dictamen de los libros sibilinos. Constantino podría haber recurrido a sus propios arúspices para obtener un augurio favorable con que apuntalar el valor de sus soldados, pero los libros sibilinos eran más sagrados que el más sagrado de los augures. Y aunque nadie creía ya en la vieja religión oficial, cuando la muerte está tan próxima cualquier temor es válido, incluso aquel en el que no se creía. Los viejos dioses de Roma estaban a favor de Majencio.

Grato no podía adivinar hasta qué punto conocía Constantino la esencia del cristianismo en ese momento, ni cuántos cristianos había en sus filas. Pero había presenciado cómo cientos de cristianos prefirieron ser cegados y arrojados a las minas antes que romper su juramento.

La mañana de la batalla, Constantino salió de su tienda asegurando que se le había aparecido una cruz ardiendo, y oyó una voz que le decía: «Con este signo vencerás». Ordenó inmediatamente la construcción del Lábaro, clavando sobre el asta de su estandarte, en el que se exhibía un retrato de su padre y de él mismo, un largo brazo transversal para formar una gran cruz que fue exhibida ante las legiones, y ordenó que todos trazaran el símbolo de Cristo sobre sus escudos.

«He visto el Lábaro con mis propios ojos» —le había dicho Pánfilo— «es de oro macizo cubierto de piedras preciosas, el propio Constantino me lo ha enseñado, puedo hablar con él si quieres verlo».

Pero el recubrimiento de oro había llegado después. Todo poder sobre el cielo y la Tierra. Bastaba con que hubiera descendido con su omnipotencia, como había prometido. Para Grato, no había Jesucristo más allá de los Evangelios, más allá de los testimonios que recogían sus actos y las exactas palabras que habían salido de sus labios. Para qué prender una cruz ante un pagano, para qué buscar un protector de los cristianos, cuando Él era su máximo protector y podía con solo desearlo borrar la distinción entre Tierra y cielo. Dios lo ocupa todo, pero cuando un hombre mata a otro no puede habitar en la espada. Entonces, ¿quién era Constantino?

Pensaba en todo esto cuando oyó en el piso superior un

repiqueteo como de piedrecillas chocando contra el pavimento. Luego, pasos amortiguados, de pies descalzos. Fue hasta el pie de la escalera. De nuevo se repitió ese sonido de piedrecillas. Subió los peldaños sigilosamente, pegado a la pared, y al alcanzar la esquina se asomó al pasillo. Era Julio. Estaba descalzo, vestido solo con la túnica. Avanzaba paso a paso, muy próximo a la hilera de bustos, hacia el retrato de Constancio Cloro. A su espalda había un reguero de habas. Cuando oyó llegar a Grato pareció estremecerse y se detuvo. Luego siguió andando junto a la hilera de bustos, muy despacio, arrojando por encima del hombro un haba en cada paso. Grato vio que había al menos un haba junto a cada uno de los retratos. Había oído hablar de ese rito antiguo. Los Lemures, una celebración pagana en la que se rendía culto a los antepasados. Julio se detuvo junto al último pedestal, el de Constancio Cloro. Se sacó de la boca un puñado de habas y las dejó caer por encima del hombro.

—Está detrás, dijo Julio.

—¿Quién?

—Mi padre.

—Aquí no hay nadie. Estamos solos.

—No. Mi padre está detrás de mí.

—Si estuviera detrás de ti podría verle. No hay nadie detrás de ti, Julio.

—No está detrás de ti, Grato, está detrás de mí. Es mi padre, no el tuyo. Él siempre estará detrás de mí.

—¿Las habas son para él?

—Para él y para cada uno de los que están tras él. Es lo único que puedo ofrecerles para consolarlos.

—¿Por qué crees que necesitan consuelo?

—Porque yo debería ser la culminación de todos ellos. Yo debería ser Constantino.

11

El padre de Grato fue un joven instruido. Era el tercer hijo de un terrateniente cuyos antepasados habían hecho una fortuna lenta. Generación tras generación estrujaron a sus esclavos y arrendatarios hasta el último aliento, escogiendo como heredero único a aquel descendiente capaz de aumentar el poder y el nombre de la familia. El padre de Grato pasaba el tiempo en las termas, en los prostíbulos, perdiendo dinero a los dados, y podía mantener con la misma soltura una conversación sobre carreras de caballos y sobre la esencia del alma. Pero, por alguna razón, el abuelo de Grato consideraba que había en ese joven una veta de debilidad. Siguiendo la tradición de la familia, dictó testamento a favor de aquel de sus hijos que le pareció más carente de escrúpulos y consiguió para el padre de Grato un puesto de oficial de caballería en la frontera de Mesia.

Puede que esa veta de debilidad realmente existiera o puede que se abriera a partir de ese momento. La frontera es un lugar donde no se puede avanzar ni retroceder, le había dicho su padre. La frontera es un lugar sin límites.

Recordaba la mano de su padre endurecida por el mango de la espada. Nunca erraba un lanzazo o el blanco de una flecha y pegaba puñetazos en la boca de los reclutas hasta que temblaban al sonido de su voz. Era un hombre feroz, pero no malvado. Grato le había visto quitarse su propia capa de los hombros para dársela a un mendigo o vaciar el contenido de su bolsa entre las manos de una viuda llorosa. Y todo por una sola palabra: bondad. Ese era el pago que su padre reclamaba de los desconocidos. En cierto modo, dependía de ellos. Eran su espejo. Eres bueno. Pero no lo era. Grato sabía que tras esa generosidad desmedida y un poco ingenua habitaba un despego irracional. Habría entregado su caballo y su espada y también a su mujer y a su hijo con la misma facilidad con que entregaba un manto o un puñado de monedas. Era un hombre destruido, aferrado a una imagen de sí mismo. Un buen hombre. Una explicación demasiado simple como para ser cierta. Infantil. Ningún hombre puede sostenerse sobre eso, a no ser que lo que

haya debajo sea insoportable. Lo que separaba a aquel joven aristócrata que fue del viejo soldado absurdo en que se convirtió no era el conocimiento, sino algo más brutal y más inútil que ni siquiera Grato podía definir claramente: una especie de estupor definitivo.

La frontera era una ancha franja permeable donde confluían los desheredados de ambos mundos. Hordas de bárbaros hambrientos se infiltraban para saquear las aldeas próximas a su territorio, a los que se unían bandas de prófugos romanos que huían allí donde no alcanzaba el poder del imperio. Esclavos fugitivos, ladrones, asesinos, desertores, incluso, cada vez más, granjeros arruinados que, perseguidos por sus acreedores, preferían aventurarse en el otro lado antes que sufrir la esclavitud en este. En aquella tierra sin leyes los perros de ambas orillas vivían como lobos.

El padre de Grato combatió durante tanto tiempo a los sármatas que se convirtió en uno de ellos. Probablemente vio tantas veces la muerte que llegó al único conocimiento posible; sármata o romana, todas las muertes son la misma. O quizá el único modo de mantener referencias en ese espacio sin límites fuera seguir fingiendo, aunque supiera ya que no había distinción. Puede que optara por asentar sus pies a un lado o a otro, ya que no podía avanzar o retroceder. Algunos oficiales de frontera franqueaban el paso a los sármatas a cambio de una porción del botín obtenido en sus incursiones. Otros optaban por un exterminio inacabable, aniquilando a cuantos encontraban a su paso, viejos, mujeres y niños. Tal vez se dejó sobornar, o tal vez fuera insobornable. Grato no lo sabía. Lo cierto es que por alguna razón su padre fue degradado. Recibió un nuevo destino en una mediana ciudad de provincias, donde lo único que vigilaba eran las fieras que de cuando en cuando llegaban al circo y la entrada de los edificios públicos.

Grato no lograba adivinar qué vio su madre en él. Era hija única de un modesto viticultor, y cristiana, como su padre. Cuando le conoció todavía podía mantener una conversación sobre Platón. Era un hombretón ancho, juerguista y bravucón, y un excelente jinete. Puede que confundiera esos actos de generosidad desmedida con la simple bondad. Puede que creyera que tras su rudeza de veterano latía una inocencia infantil que el cariño haría emerger. Quizá, la mayor insensatez, creyó que podría cambiarle, era una mujer con fe. Cuando Grato pudo preguntarle qué le había atraído de él, su madre contestó: ya ni siquiera me acuerdo. En ese momento su padre era ya un viejo gordo, brutal y borracho. Pero ella nunca renunció a quererlo. Desperdiciaba en ese esfuerzo toda su

voluntad, y Grato era incapaz de entender por qué.

Cuando se hizo público el edicto condenatorio de Diocleciano, el gobernador de la ciudad, un joven aristócrata como debió de ser el padre de Grato, ordenó conducir a todos los cristianos conocidos al foro. Ya por entonces se habían hecho correr calumnias sobre los cristianos. Se decía incluso que devoraban niños. Se decía que envolvían a un bebé en una masa de harina y lo ponían ante aquel que deseaba iniciarse; el iniciado tenía que golpear la masa con una vara, ignorando que bajo la harina había un niño. Cuando quedaba reducido a un amasijo de carne, los allí reunidos bebían la sangre que chorreaba y se peleaban por arrancar sus miembros y comerlos. Con ese crimen, se decía, convertían a los iniciados en cómplices de sus delitos. Confundían el sentido del auténtico sacrificio, el pan como símbolo de la carne y el vino como símbolo de la sangre que compartían los cristianos cada mañana.

Aunque los cristianos eran minoría, había un número suficiente como para derribar esas mentiras. Grato siempre pensó que ese rechazo, avivado por los gobernantes, se componía de una mezcla de ignorancia y de temor. La ignorancia podía ser disipada fácilmente, pero el temor tenía raíces profundas. Para los cristianos, las mujeres y los débiles y los cobardes, y también los idiotas y los deformes y los criminales y hasta los esclavos eran seres humanos dotados de alma, y todas las almas valían lo mismo ante Dios. Para un auténtico cristiano, el emperador valía tanto como el último de sus súbditos, y la vida del último de los súbditos era tan sagrada como la de un emperador. Todos hijos de Dios, iguales y hermanos. Aunque un cristiano nunca empuñaría un arma, la sola idea era un arma en sí misma, y los poderosos la temían.

La orden de reunir a los cristianos en el foro no llegó a ser ejecutada por los soldados porque una muchedumbre invadió las calles. De algún modo aquella corriente que había comenzado con tres o cuatro puños alzados y algunos gritos fue aumentando, y cada uno de los que se sumaban a ella dejaban de ser lo que habían sido hasta ese momento. Amigos, vecinos, niños, matronas, esclavos armados, enviados por los terratenientes que esperaban caer sobre las propiedades de los cristianos pudientes, ladrones, rufianes y también ciudadanos honestos entraban en las casas de los cristianos y las saqueaban, arrastrando a los ocupantes hasta la calle y apaleándolos, a veces hasta la muerte. Los soldados se limitaban a arrancar de la muchedumbre a los supervivientes para conducirlos hacia el foro a punta de lanza.

La casa de los padres de Grato estaba en las afueras, junto al

lagar donde su abuelo había exprimido cada uva. Nadie tocó al padre de Grato en su camino desde el palacio del magistrado hasta la casa. Entró y dijo, vienen hacia aquí. Se despojó del uniforme, abrió el arcón donde todavía guardaba, untada de aceite, la armadura de oficial, y la ajustó sobre su corpachón. Ayúdame con las correas, le dijo a Grato, y aunque esta vez no usó aquel tono imperioso que asustaba a los reclutas, corrió a abrocharlas. Aun así, Grato no pudo desprenderse del miedo ni de la repulsión que le provocaba ese viejo olor a vino y almizcle que exudaba su cuerpo. Pasó una mano por la cabeza de Grato del mismo modo distraído con que hubiera palmeado el lomo de una montura y luego fue hasta la chimenea y descolgó la vieja espada de caballería. Fue en ese momento cuando aún pudo decir algo, dejar algo a su mujer y a su hijo por lo que quizá, en el último instante, pudieran llegar a perdonarle. No por él, que nunca necesitó su perdón, sino por ellos. Pero lo único que vio Grato en su expresión fue la repentina intensidad de ese viejo estupor. No salgáis, dijo. Si salís nunca podréis volver, insistió, y Grato comprendió que con aquellas palabras intentaba entregarles algo, pero no pudo entenderlo. Luego, desde la puerta, les miró por última vez, con una extraña fijeza. A Grato le pareció incomprensiblemente desamparado. Y fue esa incomprensión lo que le llevó a buscar la mano de su madre.

El lagar había sido próspero y llegaron a tener tres caballos, pero su padre había malvendido dos de ellos y el tercero lo perdió a los dados, afición que nunca abandonó. Solo quedaba la mula vieja de la que se servían para llevar el vino hasta el mercado. Ya se oían los gritos de la muchedumbre, aproximándose por el sendero. Su padre trepó costosamente hasta los lomos de la mula. Avanzó por el sendero, bamboleándose ridículamente, con la coraza demasiado pequeña apretando su corpachón y empuñando la espada oxidada de caballería. La muchedumbre se detuvo. Alguien rio, y la risa se extendió. Una piedra golpeó el pecho de la mula, pero se mantuvo quieta. Otra piedra golpeó en la frente de su padre, abriéndole una brecha de la que empezó a manar sangre, y rieron con más fuerza. En ese momento su padre hincó los talones en los flancos de la mula y la mula, aplastada por su peso, avanzó al trote hacia la muchedumbre.

* * *

Cuando se lo dijo estaban en el jardín. Sentados en la hierba, a la sombra de un árbol. Julio había dejado la azada, sudaba, el sol ya estaba alto. Había estado pensando sobre ello. Realmente le compadecía. Una esclava muy joven, casi una niña, le trajo una copa de vino fresco y aguado a cada uno. La niña llevaba una túnica corta y Julio se quedó mirándola mientras se alejaba. Sube a mi habitación después de comer, le dijo.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—Ya sé, los cristianos estáis en contra del placer. O lo invertís, más bien. Renunciáis ahora para que luego os den el doble. Pero quizá nunca os devuelvan el préstamo.

—No es placentero para ella.

—Yo decido lo que es placentero para ella.

Grato comprendió que la noche anterior había visto más de lo que Julio hubiera deseado que nadie viera, y que le había hecho una confesión de la que ahora probablemente se arrepentía.

—He estado pensando sobre lo que pasó ayer, Julio. Lo de las habas. Te diré algo. Puedes elegir quién está detrás de ti.

—¿A qué te refieres?

—Mi padre hubiera podido ser un buen hombre. Pero no lo fue. Puede que esté detrás de mí y eso no puedo cambiarlo. Pero yo he elegido a quién quiero tener delante.

—Tu padre no era César.

—No. Mi padre es Dios.

12

Grato flotaba panza arriba en la piscina de agua caliente. Hacía tanto tiempo que no visitaba una terma que había llegado a olvidar esa maravillosa sensación de ingravidez. Qué portento, las termas.

Julio se lo había propuesto después de comer. Tras la comida había recuperado el buen humor y volvieron a aparecer los hoyuelos mientras le hablaba de Aristóteles y de su defensa de la esclavitud. Tenía un filósofo para todo. Normalmente se habrían retirado a las habitaciones para dormir una siesta, pero Julio le propuso pasar la tarde en las termas y Grato aceptó. Pues vayamos ahora mismo, dijo. Quizá quería demostrarle que la niña no subiría a su habitación.

Julio estaba sentado en el borde de la piscina, con las piernas cruzadas. Había en su cuerpo desnudo, blanco y redondeado, una particularidad extraña que Grato no acertaba a definir. Estuvo observándolo, dejándose mecer por el agua. Qué era.

A Grato había dejado de extrañarle la camaradería con que le trataba Julio porque comprendía la causa: no había nadie más para escucharle. Apenas salía de la mansión y en el tiempo que llevaba hospedado no había recibido visitas. Aparte de los esclavos, Julio estaba solo. Probablemente siempre lo había estado. Relacionarse con un hermano del emperador podía resultar útil, pero conllevaba un riesgo. En el caso de Julio, que no ocupaba cargos públicos ni parecía tener la menor influencia sobre Constantino, su amistad únicamente entrañaba peligro. Los familiares de los emperadores solían desaparecer con rapidez, y con ellos sus amigos más influyentes. Constantino se sentía lo suficientemente seguro como para permitir que tanto Julio como su hermano Flavio hubieran sido nombrados cónsules en distintos años. El puesto de cónsul no reportaba ningún poder, pero estaba cargado del viejo prestigio romano. Una pequeña concesión con la que saciar el orgullo de sus hermanastros. Pero una declaración como la que le había hecho la noche anterior, en un momento de relajación, hubiera podido costarle la cabeza, en el caso de que Grato hubiera sido un delator. En el imperio solo cabía un Constantino.

No tenía ni una sola cicatriz. Esa era la extraña particularidad de su cuerpo. Ni una marca, ni el más pequeño arañazo. Su piel blanca parecía un manto recién tejido.

—Por qué no nos saltamos el agua fría —dijo Julio— que nos den un buen masaje.

Julio no había llevado esclavos, así que contrató masajistas en las termas; dos nubias gordas que refregaron sus cuerpos con aceite, doblando sus articulaciones y ablandando cada músculo. Grato le preguntó qué opinaba de Pánfilo.

—¿Pánfilo, el de Cesárea? Ni siquiera se llama Pánfilo. Carga con el nombre de un muerto. Su verdadero nombre es Eusebio. Alguien con dos nombres es alguien partido. No puedes fiarte de un hombre partido, porque nunca sabes a cuál de las dos partes te enfrentas.

»Eusebio era un muchacho cuando el verdadero Pánfilo, un presbítero de Cesárea, lo acogió como pupilo. Aquel Pánfilo, del que había tomado su nombre, dedicó su vida a recopilar textos cristianos y judíos con la intención de reunirlos en un único volumen para los cristianos. Había con él otros dos pupilos, Antonio y Porfirio, que colaboraban en la tarea. Pánfilo era un hombre de ideas abiertas que no despreciaba la filosofía griega, y los cuatro parece ser que formaban un grupo de alegres camaradas, por lo que me ha contado Eusebio, el de Nicomedia. Pero cuando llegó la persecución, Pánfilo fue detenido. Eusebio, el de Cesárea, siguió visitándole en la cárcel, trabajando con él en los textos. Hasta que Pánfilo fue decapitado. También fueron condenados Antonio y Porfirio. Todos cayeron. Todos, menos Eusebio. Eusebio cargó con el nombre de Pánfilo, y creo que también con su tarea de recopilación, pero nadie le puso las manos encima. Los demás cristianos fueron mutilados y ejecutados, pero Eusebio continuó en libertad, recorriendo Fenicia y Egipto en busca de escritos cristianos.

—¿Qué quiere decir eso?

—Puede que traicionara a Pánfilo a cambio de inmunidad. Puede que renegara del cristianismo, muchos lo hicieron. O puede que vuestro Dios lo volviera invisible. Tendrás que preguntárselo a él.

—Pánfilo es un hombre de fe, sé distinguirlo.

—Puede ser, pero te aseguro que tu buen Eusebio Pánfilo de Cesárea es capaz de acabar con quien se le oponga, pagano o cristiano. Haría cualquier cosa por defender el arrianismo. En cierta ocasión acusó a Atanasio, cuando todavía era obispo de Alejandría,

de asesinar a Arsenio, otro obispo egipcio contrario a las ideas de Atanasio. Incluso presentó un brazo de Arsenio como prueba, asegurando que Atanasio lo había conservado con fines de hechicería. Constantino ordenó abrir una investigación, hasta se convocó un sínodo, presidido por Eusebio Pánfilo; también estaba Eusebio el de Nicomedia y un buen número de obispos, todos arrianistas. Se ordenó comparecer a Atanasio, y Atanasio no compareció. En lugar de eso, localizó a Arsenio, que permanecía oculto en el interior de Egipto, y una vez localizado, escribió una carta a Constantino informándole del complot que se había urdido en su contra. Me pregunto a quién le quitarían el brazo, entonces.

—¿Qué hizo Constantino cuando recibió la carta?

—Disolver el sínodo y mantener a Atanasio en el obispado de Alejandría. Pánfilo ha acusado a Atanasio de romper cálices sagrados y hasta de retener el trigo egipcio en Alejandría, con el fin de provocar una revuelta en Constantinopla, pero jamás ha logrado probar ninguna de las acusaciones. Y pese a todas esas acusaciones en falso, Constantino nunca ha dañado a Pánfilo, ni condenado ni desterrado, nunca.

—¿Por qué?

—Quién sabe, Constantino es un hombre complejo. Es difícil penetrar en la causa de sus decisiones. Puede que Eusebio el de Nicomedia haya intercedido por él. Constantino aprecia al de Nicomedia, y yo también, es un hombre honesto.

—¿Crees que hubiera podido envenenar a Arrio?

—¿Pánfilo? No. ¿Por qué iba a hacerlo? Es más arrianista que el propio Arrio. Y aunque no lo fuera, Pánfilo es ante todo un cobarde. Podría rumiar durante meses el plan más complejo, pero a la hora de ponerlo en práctica se desmoronaría ante el menor imprevisto. Por eso Atanasio ha podido desbaratar una trampa tras otra.

La nubia que atendía a Grato le giró, y una vez boca arriba comenzó a masajear la parte trasera de su cuello. Sus grandes pechos negros se mecían suavemente, chispeantes de sudor. En cualquier otra circunstancia probablemente no le hubiera resultado atractiva, pero en ese momento comenzó a notar cómo iba hinchándose su pene sin que pudiera evitarlo.

—Creí que había ciertas cosas que no debían hacerse con una esclava —le dijo Julio. También estaba boca arriba y sonreía con malicia—. Si quieres puedo hablar con su dueño, con unas monedas puede arreglarse.

—Efectivamente, hay ciertas cosas que no deben hacerse.

Grato la apartó y se puso en pie lentamente. Su cuerpo parecía

muy pesado.

—Así que los cristianos tenéis las mismas necesidades que los paganos.

—Por supuesto. El problema no es desear lo que no debes, sino dejarse vencer por el deseo.

Sonrió a la nubia, pero ella no le devolvió la sonrisa, tampoco la otra esclava. Apartaos, dijo. Fue hasta Julio, le obligó a tumbarse de nuevo y comenzó a masajearle las cervicales con su única mano. Qué haces, dijo, trataba de ponerse en pie, pero le retuvo agarrando con fuerza su cuello, movía los brazos como si se estuviera ahogando. Ahora las nubias sí reían, a carcajadas. —¿De qué tienes miedo, Julio?

—¿Te has vuelto loco?

—Imagina ahora que tuvieras que follar conmigo.

Grato le soltó y le dijo a su nubia, túmbate ahí. La nubia pareció confusa, miró a su compañera. Por favor, dijo Grato. Se tumbó bocabajo y Grato comenzó a masajearle la espalda con su única mano. Sus músculos estaban muy rígidos bajo la piel.

—Son esclavas, hemos pagado para que nos masajeen a nosotros.

—Eso es lo que no entiendes. No es una cuestión de dinero.

* * *

Cuando la nubia se marchó siguió allí tumbado. No sabía si se había tratado de compasión, pero no importaba porque la compasión era benigna, algo que únicamente podía dañar al orgullo, y a su edad ya sabía que el orgullo no da placer, solo duele. Cuando Julio se hubo marchado, Grato siguió masajeando la espalda de la nubia, porque no era algo que solamente hubiera hecho por Julio, no hubiera sido un acto sincero. Nunca había dado un masaje, pero trató de hacerlo lo mejor que pudo. Cuando hundía demasiado los dedos ella emitía un quejido tan suave que resultaba chocante que saliera de un cuerpo tan grande, pero en general parecía disfrutar. Ambas estuvieron un rato riéndose de él, y después la otra nubia los dejó a solas. Fue entonces cuando ella se dio la vuelta, sujetó su única mano por la muñeca y la puso sobre uno de sus grandes pechos.

Y luego se quedó allí, relajado, sintiéndose viejo, con la nostalgia de una fuerza perdida; pero incluso esa sensación también

resultaba bondadosa, como el atleta que se rinde al cansancio tras rebasar la meta. Y sin embargo la meta parecía estar de repente un poco más allá, justo a aquella distancia en la que el cansancio se convertiría en desfallecimiento. Después de toda aquella enorme cantidad de tiempo todavía le dolía la falta de su otra mano, y Pánfilo y Atanasio y Eusebio de Nicomedia y Julio y el esclavo desaparecido daban vueltas en su cabeza como un puñado de dados de muchas caras y por muchos giros que diera a aquellos dados sus números no parecían tener el menor sentido. Y hasta que el sentido apareciera tendría que permanecer allí, entre aquella gente que cortaba brazos que a saber de dónde habían salido y que estiraba a ancianos en el potro y que abusaba de niñas. Así era el mundo en el que Plácida estaba creciendo y quizá no podía protegerla, pero intentaría ser para ella esa mano que él no tenía.

Probablemente Pánfilo tenía razón y el futuro de la cristiandad, de la humanidad, dependía de lo que marcaran aquellos dados. Pero se conocía lo suficiente como para reconocer que no era sagaz ni lo había sido nunca, que cualquier otro que hubiera ocupado su lugar se habría sentido menos desamparado. Si todo aquello tenía un sentido, y si había Dios había sentido, él no sería capaz de desvelarlo sin una revelación de la que no era digno. Y no lo era porque su martirio no era completamente cierto.

Los soldados condujeron a su madre y a él hasta el foro, y una vez allí les empujaron junto a un grupo de cristianos. Los soldados los rodeaban y la muchedumbre gritaba y escupía y alargaba los brazos intentando agarrarles. Conocía a muchos de aquellos soldados porque eran compañeros de borrachera de su padre. A veces les llevaba a casa, entraban como una carga de caballería y devoraban cuanta comida encontraban y vomitaban en las esquinas y acababan durmiendo en el suelo. Un anciano desdentado llamado Rufino, aquel con quien su padre perdió a los dados el último caballo, había acudido a la carrera al frente de algunos compañeros de juerga para salvarles de la muchedumbre. Cuando llegaron, el padre de Grato colgaba de un árbol y a ellos les arrastraban por el suelo con una soga atada al cuello y les daban patadas y puñetazos.

Conocía a muchos de aquellos soldados, conocía a muchos de los que les abucheaban más allá del círculo de soldados, también a los que habían derribado la puerta de su casa, y de algún modo era como si no los hubiera conocido nunca. Únicamente los que componían ese grupo de cristianos aterrados le parecieron reconocibles, aunque estaban sucios y sangraban. También sangraba su madre, tenía las rodillas despellejadas y la nariz rota y un

reguero de sangre resbalaba por sus labios, y cuando le decía Jesús vela por nosotros, agarraba su mano con fuerza y le decía una y otra vez Jesús vela por nosotros, y cuando lo decía algunas motas de sangre saltaban calientes desde los labios de ella hacia su cara.

Uno a uno los cristianos eran empujados fuera del grupo y avanzaban por un pasillo flanqueado de guardias hacia la estatua de Diocleciano que presidía el foro. Entre los pies de la estatua había un pebetero y junto al pebetero un recipiente con incienso. El gobernador les daba la oportunidad de verter un puñado de incienso en el pebetero, una ofrenda al divino emperador. En ese momento los cristianos que aguardaban gritaban no abjures, mantente firme, Dios te espera, y sus voces se oían por encima de la voz monstruosa de la muchedumbre. Quien vertía incienso era situado a la izquierda y quien no lo vertía a la derecha. Los situados a la derecha abrazaban a los recién llegados y lloraban y cantaban porque se había salvado. Aquel que era conducido a la izquierda permanecía allí, de pie, en silencio, porque se había condenado.

Primero condujeron a su madre y la obligaron a soltar su mano y su madre llegó hasta la base de la estatua cantando y cogió un puñado de incienso y lo tiró al suelo y se unió cantando al grupo de la derecha. Grato fue conducido por ese pasillo. Los soldados trataban de mantenerse hombro con hombro para contener a la muchedumbre y entre los resquicios de las armaduras aparecían brazos que tiraban de él y uno de ellos le arrancó un mechón de pelo y no pudo evitar que le saltaran las lágrimas. Había pena y también admiración en la expresión de algunos soldados. Vio que el gobernador era muy joven y estaba pálido y tenía un aspecto extrañamente endeble. Cuando Grato llegó al pie de la estatua le susurró vamos, solo es un pellizco de incienso, y Grato comprendió que también al gobernador le hubiera gustado estar muy lejos de allí. Así que Grato cogió un puñado de incienso y miró a su madre, y su madre negó lentamente con la cabeza. Tenía el puño cerrado sobre las llamas y sentía su calor. Venga, susurró el gobernador, no eres más que un niño, abre la mano o te comerán las fieras. Te devorarán vivo. Pese a la ferocidad de sus palabras realmente había compasión en su cara. Grato volvió a mirar hacia su madre y su madre movió los labios lentamente repitiendo Jesús vela por nosotros y comenzó a retirar el puño, cuando Rufino, aquel anciano desdentado amigo de su padre, surgió tras los soldados con la espada desenvainada y le cortó la mano. Grato vio su mano cortada todavía cerrada sobre las llamas chamuscándose, ese olor a carne quemada, y el anciano gritaba, ¡ha abjurado! ¡ha abjurado! Le

agarró por los hombros y le arrastró fuera del círculo. Un centurión retuvo al viejo pero el gobernador dijo dejadlo ir, y Grato vio un chorro de sangre manando de su muñeca antes de desmayarse.

13

Grato y Julio estaban en el jardín, como siempre, cuando llegó Balbino.

—Grato, tienes que acompañarme —dijo—. Constantino quiere verte.

—¿A estas horas? —dijo Julio, soltando la azada.

—Está invitado a la cena.

—¿A la cena? ¿Qué quiere de él, no puede esperar a mañana?

—Está invitado a la cena.

—Eso ya lo he oído. ¿Quién más estará en esa cena?

—No lo sé.

—Balbino ¿A quién más ha invitado mi hermano?

—A Honorio y a Pánfilo.

—Muy bien, ve, Grato. Pero que te acompañen un par de esclavos.

—No necesita escolta, yo lo acompañaré.

—Pero tendrá que volver solo. De noche las calles son peligrosas y él no es más que un pobre manco.

—Puede dormir en palacio, si quiere.

—No quiere dormir en palacio. Es mi huésped y dormirá en mi casa.

Julio escogió un par de esclavos fornidos. Portaban dos gruesas antorchas apagadas que en caso de necesidad podrían partir cualquier cráneo. No comprendía la desconfianza de Julio, pero se había contagiado de ella. Ni siquiera la presencia de los esclavos le tranquilizaba ahora, aunque hasta ese momento había confiado en Balbino. Debió notar su inquietud. «Constantino suele cenar a solas —dijo— pero realmente es allí adónde vamos.»

La mansión de Julio estaba muy cerca de palacio, y cuando llegaron todavía no había anochecido. Balbino encomendó los esclavos de Julio a un sirviente, que les den de cenar y ya se les llamará. Luego recorrieron salas y pasillos hasta llegar a una estancia abierta a un pequeño patio interior en el que había una fuente. Honorio ya estaba allí, recostado en un triclinium, con una copa en la mano. El rumor del agua inundaba la habitación y la

refrescaba y las antorchas recién prendidas emanaban un leve aroma a resina. Grato se tendió en uno de los triclinum vacantes.

—¿Sabes para qué nos ha convocado? —le dijo a Honorio—. ¿Ha aparecido ya el esclavo?

—No, todavía no lo han encontrado. He estado hablando con él. Con Constantino. Una especie de reunión informal, podría decirse. Creo que va a dar por concluido todo este asunto.

—¡Pero el esclavo no ha aparecido!

Honorio le observaba con fijeza. Una fijeza tan excesiva que le pareció ridícula.

—Fuiste a ver a Pánfilo —dijo—, te reuniste a solas con él. Sí, lo sé. Estas paredes tienen ojos, Grato. Pero no lo ven todo. A veces saben y a veces creen saber. Conozco bien a Pánfilo. Pero sé muy poco sobre ti.

—No estás investigándome a mí.

—Un hombre ha sido asesinado y me han encargado que haga justicia. Me da igual que fuera cristiano o pagano, estúpido o sabio, rico o pobre. He contraído una deuda con él. Ese hombre y yo estamos dentro de un círculo, y fuera de ese círculo todos son sospechosos. Ese hombre y yo estamos solos. Una soledad terrible, puedo asegurártelo. Lo que me gustaría averiguar es en qué lado del círculo quieres estar tú.

—Lo único que puedo decirte es que no me gusta estar encerrado.

En ese momento llegó Pánfilo. Sonreía.

—¿A qué vienen esas caras? ¡Vamos a compartir mesa con el mismísimo emperador!

—Sí señor, el mismísimo emperador —dijo Honorio—. Y bien, Pánfilo ¿Qué vamos a decirle cuando nos pregunte dónde está el asesino de Arrio?

—Tenemos algo que decirle, Honorio. Podemos decirle que tras la muerte de Arrio están los hombres, no Dios.

—¿Y crees que él lo dudaba? No se abre una investigación para culpar a un dios.

—No comprendes, Honorio. Nuestra tarea era precisamente exculpar a Dios, y lo hemos hecho.

—Creí que se trataba de encontrar la verdad —dijo Grato.

—Y de eso se trata —contestó Pánfilo— pero la verdad tiene muchas caras.

—Y no todas resultan convenientes —dijo Honorio.

—Y hemos encontrado una de ellas —dijo Pánfilo.

Los esclavos comenzaron a servir la cena. Contra lo que había

supuesto resultó frugal; verduras asadas con carne de pichón desmenuzada, un pequeño cuenco de plata para cada uno. ¿No esperamos al emperador?, preguntó Pánfilo. El emperador ha ordenado que os sirvan ya, contestó el camarero mayor.

Entre los esclavos que les servían estaba aquel anciano que Honorio había estirado en el potro. Arrastraba una pierna. Fue él quien llevó su cuenco a Honorio. Honorio apoyó una mano en su hombro mientras dejaba el cuenco sobre la mesa.

—¿Cómo estás, abuelo? —dijo, y puso en su palma un par de monedas—. Camarero, haz que le vea un médico.

—Ya le ha visto un médico, señor.

—Pues ocúpate de que le den un trabajo descansado.

—Este un trabajo descansado, señor. Antes trabajaba en las cuadras.

—Quizá tenga que comprarlo.

—¿Le darás la libertad? —preguntó Grato.

—¿Y qué haría con ella? Acabaría mendigando o robando.

—Es un pago justo a cambio de la pierna.

—Lo justo es que sea el asesino de Arrio quien pague por ella.

—Tú le pusiste en el potro.

—Se supone que el arrepentimiento es una virtud cristiana, y yo no soy cristiano.

—Dejémoslo —dijo Pánfilo—; me ocuparé de que sea tratado como merece.

Les sirvieron el mismo vino ambarino refrescado con virutas de hielo de la última vez, el vino de Constantino, o por su aspecto lo parecía. Pero cuando Grato lo probó descubrió que su sabor era más fuerte y más áspero. Había tomado mucho más cuerpo. Grato le mostró la copa a Pánfilo. —¿Es este el vino de la última vez?

—Eso parece. ¿Es este el vino blanco que suele beber el emperador? —preguntó al camarero mayor.

—Lo es, señor.

La puerta se abrió y apareció uno de aquellos chambelanes de la corte que vestían trajes de seda.

—Su majestad el Augusto Cayo Flavio Valerio Constantino no puede atenderles hoy —anunció.

En ese momento Constantino asomó la cabeza por encima del hombro del chambelán, el rostro de un hombre viejo y extenuado. Iba descalzo, vestido solo con una túnica muy ancha. La diadema que solía usar a modo de corona estaba ladeada sobre la frente. Les contempló con una expresión de agotamiento, como quien a última hora de la noche descubre algún pesado trabajo que ha pasado por

alto. «Por Dios —dijo— se acerca una guerra, no tengo tiempo para esto». Luego siguió su camino.

—Su majestad el Augusto Cayo Flavio Valerio Constantino no les atenderá hoy —dijo el chambelán, y la puerta se cerró.

En cuanto vaciaron sus cuencos se aprestaron a marcharse. Honorio parecía especialmente decepcionado. ¿Qué ha querido decir con eso de que se acerca una guerra?, le preguntó Grato. No lo sé y no me importa —le contestó— tengo otras cosas de qué preocuparme. Pánfilo se ofreció a conseguirle alojamiento en palacio, cerca de sus propias habitaciones, pero Grato declinó la oferta. Cuando Honorio y Pánfilo se hubieron marchado apareció Balbino. Habían retirado los cuencos, pero sobre la mesa quedaba una gran fuente de oro con algunas piezas de fruta. Balbino cogió una ciruela.

—Uno esperaría un banquete de reyes, pero se comporta como esos viejos ricos miserables que comen pan y cebolla y guardan sacos de monedas bajo el colchón. Ciruelas. Con el precio de esta fuente podrían comprarse tres granjas, pero dentro solo hay unas cuantas ciruelas. Nunca me acostumbro a eso.

—¿A la sencillez?

—A lo poco que vale lo que hay dentro. Oro, plata, seda. Una envoltura tan cara para un contenido tan pobre. En fin. Llamaré a los esclavos de Julio para que te lleven a casa.

—Todavía no. Quiero que me lleves a las bodegas.

—¿A las bodegas? ¿Ahora? ¿Para qué quieres bajar a las bodegas? ¿Qué esperas encontrar allí? —Todavía no lo sé.

Balbino cogió la fuente, sosteniéndola con la punta de los dedos.

—¿Para qué quieres una exención de impuestos? Podrías comprar toda tu aldea con esto. Serías rico.

—No soy un ladrón.

—Son tus impuestos los que han pagado esta fuente, y esta fuente es un modo de seguir pagando los impuestos. Digamos que sería un obsequio del emperador. Por los servicios prestados.

Rico. Quería creer que esa codicia repentina emanaba de la bondad, de la miseria de la aldea, acabaría con el hambre. Pero no era cierto, como no era cierta la generosidad de su padre. Pensaba en él mismo, en su vejez, y pensaba en Plácida, en su futuro. Un mal cristiano.

—Yo me haría rico y algún esclavo sería azotado hasta morir por la desaparición de esa fuente.

—Azotado como tu Cristo.

—También le dolerían a él y sería como si yo mismo le hubiera

azotado.

—¿Cómo se puede azotar a un dios? No tiene sentido.

—Porque es inmenso. Tiene las espaldas muy anchas. Tan anchas que golpees donde golpees, le golpeas a él.

—Tu dios es un dios muy sensible, pero también está envuelto en oro. Sus cruces, sus obispos, los huesos de sus mártires. Pero qué hay debajo. Yo sé lo que hay bajo el mármol de este palacio. ¿De verdad quieres bajar a los sótanos? ¿Realmente quieres saberlo?

—No. Pero tengo que hacerlo.

Dejó la fuente sobre la mesa, también la ciruela, mordisqueada.

—Avisaré al camarero mayor.

—No. Tenemos que bajar tú y yo solos.

—Eres tonto, Grato.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. Eres incluso más tonto de lo que crees.

* * *

Grato constató que la guardia no patrullaba los sótanos de palacio. Solo se cruzaron con algún esclavo barriendo el suelo o apagando lucernas antes de retirarse a dormir. La bodega estaba a oscuras, así que Balbino tomó una antorcha de la pared y Grato cogió otra.

—¿Nadie entra aquí por la noche? —preguntó Grato.

—¿Para qué iba a hacerlo?

Sus voces resonaron a lo largo de la nave. La luz de las antorchas no alcanzaba a iluminar la cima de las enormes tinajas. En ese momento cayó en la cuenta de que no podría averiguar cuál de ellas contenía el vino ambarino del emperador.

—¿Cómo se rellenan las tinajas?

—Hay una pasarela.

—Pues tenemos que subir.

Balbino le condujo hasta los peldaños de madera. Crujían bajo su peso. Las tablas de la pasarela también parecían frágiles y se combaban.

—Tranquilo, aguantan el peso de muchos hombres cargados —le dijo Balbino—; el vino se sube hasta aquí y se vierte por la boca de la tinaja. Después se cierra con un tapón de barro y se sella con cera.

Grato aproximó la antorcha a la boca más próxima. Estaba

obstruida por un bloque de arcilla en el que se había insertado una argolla para poder retirarlo con facilidad. Alrededor del bloque de arcilla se había vertido cera. Fue iluminando una boca tras otra. El sellado era pulcro. La pericia de quien repite una y otra vez la misma labor. Pero no había ninguna marca impresa que asegurara la integridad del contenido. El sellado servía para preservar de impurezas el vino, no para ponerlo a salvo de un esclavo goloso. Cualquiera podía entrar allí, retirar el tapón, alcanzar el vino con algún recipiente y sellar la boca de nuevo. Si el sellado se hacía con cuidado, no habría forma de descubrir el robo.

Entonces descubrió el tapón que buscaba. Se había vertido mucha más cera de la debida, hasta cubrirlo por completo, y también había cera derramada sobre las tablas.

—Este es, ayúdame a levantarlo.

Balbino no hizo preguntas. Ancló su antorcha en la pared, desenfundó un puñal, raspó con la punta toda la cera que cubría la argolla y tiró de ella con las dos manos. Los músculos de sus brazos se hincharon antes de que lograra levantar el tapón. Grato adelantó la antorcha para examinar el interior de la tinaja. Había vino. El vino ambarino del emperador. Solo vino. Ningún cadáver flotando.

Cuando su madre aún vivía, un ratón cayó en una de las ánforas en las que conservaban un tinto recién cosechado. Tardaron mucho en averiguar cómo podía haberse transmutado aquel vino joven en un tinto fuerte y áspero, hasta que descubrieron al ratón, flotando. Grato no esperaba encontrar allí un ratón, sino algo mucho más grande. Algo tan grande que había transmutado toda aquella cantidad de vino ambarino.

Así que alguien había vertido con prisa o con torpeza toda aquella cera. Pero no había cadáver. —¿Qué ves? —preguntó Balbino.

—Vino. Veo vino.

—Entonces, ¿podemos irnos ya?

Balbino volvió a coger el tapón para colocarlo en su lugar y Grato alzó la antorcha para iluminar la operación. En ese momento vio una huella extraña impresa en la cera y desvió un poco la antorcha para distinguirla mejor. La marca que imprimiría en la cera caliente una sandalia con clavos. En ese momento recordó algo que había pasado por alto y que debería haberle extrañado. Balbino conocía perfectamente la bodega. Sabía por dónde y cómo se cargaban las tinajas, había localizado en la oscuridad la escalera por la que acceder a la pasarela y le había descrito con detalle el sistema de sellado. Balbino permanecía quieto, sosteniendo el

tapón, y comprendió que también él había visto la huella.

—Es tuya. ¿Verdad? La huella, dijo Grato.

—Sí.

—¿Vas a matarme?

—No.

Colocó el tapón sobre la boca. Mañana lo sellarán, dijo. Recogió la antorcha del anclaje en que la había depositado.

—Venga, llamaremos a los esclavos de Julio para que te acompañen.

En ese momento comprendió lo que realmente había sucedido con el esclavo desaparecido.

14

Aunque conocía el resultado final, Grato tardó en componer la sucesión de acontecimientos hasta los últimos detalles. El esclavo desaparecido se había ocupado del hielo. El almacén de hielo estaba situado en la parte más fresca del edificio, el sótano. Quizá incluso cerca de la bodega. El esclavo dormía en la puerta del almacén, y la guardia no patrullaba el sótano, de modo que podía deslizarse sin ser visto hasta el interior de la bodega. Seguramente era algo que hacía a menudo. Llevaría algún tipo de recipiente atado a una cuerda, que ahora reposaría en el fondo de la tinaja, y también un pedazo de cera con el que sellar cuidadosamente el bloque de arcilla, de tal forma que su incursión no despertara la menor sospecha. Así que subió por la pasarela, retiró el tapón y estuvo bebiendo hasta hartarse del vino del emperador. De algún modo cayó al interior de la tinaja. Probablemente bebió demasiado, incluso hasta perder la conciencia, y aunque estuviera consciente nadie podría haber oído sus gritos. Se ahogó.

Grato no sabía quién ni cada cuánto tiempo subía a la pasarela, ya fuera para cargar las tinajas o para verificar que el sellado permanecía intacto. Si alguien subió en los dos o tres días siguientes encontró el tapón retirado. Se asomó a la tinaja, y al no ver nada anormal volvió a colocarlo. No pudo ver el cadáver porque permanecía hundido. Sospechó que alguien había subido para robar el vino, quizá incluso llegó a denunciar el hecho, pero, por supuesto, no pudieron encontrar al culpable.

Tarde o temprano alguien reparó en el mal sabor que había tomado el vino. Quizá fue el propio Constantino el primero en percatarse, ya que era él quien lo bebía. De modo que algún sirviente de palacio, en realidad no importaba quién, subió para averiguar qué lo había estropeado. Transcurrido el tiempo, los pulmones del esclavo se habían ido llenando de líquido y el cuerpo ascendió a la superficie. Así que esta vez, al retirar el tapón, el sirviente encontró un cadáver flotando. Le identificaron como el esclavo desaparecido y se informó de ello a Constantino. Nuestra tarea era precisamente exculpar a Dios y lo hemos hecho, había

dicho Pánfilo. Y era cierto. Constantino no quería mártires. No deseaba averiguar quién había envenado a Arrio. Le bastaba con exculpar a Dios. Y mientras el esclavo continuara desaparecido, Dios estaba exculpado. Probablemente, les había convocado aquella noche para dar por zanjada la investigación, tal como había comentado Honorio.

Balbino se encargó de borrar las pruebas, y para ello fue solo. Sacó el cadáver, colocó otra vez el tapón, vertió descuidadamente toda aquella cera y se deshizo del cuerpo. Probablemente lo entregó a algún grupo de enterradores, que por un par de monedas lo arrojaron en una fosa común.

Balbino no había matado a Grato porque Balbino no le temía. ¿Qué podía temer? Había actuado bajo las órdenes directas del emperador, y además Grato no tenía ninguna prueba. Había iluminado una tinaja llena de vino y la huella de una sandalia claveteada que en realidad podría pertenecer a cualquier soldado. Aunque Balbino reconociera en ese momento que la huella era suya podía con la misma facilidad negarlo, porque el último juez del caso sería Constantino.

Otra vez Constantino. La Nueva Roma. Una envoltura tan cara para un contenido tan pobre. Una sucesión de edificios gigantescos revestidos de mármol. Constantino había despojado a las ciudades griegas de sus mejores obras de arte para decorar su nueva capital. También los templos paganos de todo el imperio habían sido vaciados de sus dioses, y las mejores esculturas estaban allí, entre aquellas masas de mármol, desnudas de sacerdotes y altares, de algún modo huérfanas, un poco absurdas. Marte con su lanza en la entrada de una iglesia, Júpiter arrancado de su altar y cubierto de cagadas de pájaros en un rincón del foro. Viejos símbolos paganos y nuevos símbolos cristianos unos junto a otros, sin llegar a mezclarse ni encontrar un lugar, un sentido. Mientras caminaba por la Nueva Roma en compañía de Virgilia y Virgilina descubrió a qué se parecía. La capital de Constantino era la casa de un nuevo rico. No entendía de perspectivas ni de elegancia, no importaba la coherencia ni el sentido, únicamente importaba la grandiosidad, el deslumbramiento. La fuerza. Era una demostración de poder. Una Nueva Roma, un viejo poder. Grato vio unas letras pintarrajeadas en mitad de una pared: «Constantino lamecoños». Dos mundos contrapuestos encerrados en un mismo puño. Y qué sucedería cuando ese puño se abriera.

No podía abandonar. Ya no se trataba de una supresión de impuestos, ni de Arrio, ni de regresar cuanto antes con Plácida, ni

siquiera de una imposición de Constantino. Se trataba de mucho más. Se trataba de la iglesia, de aquella parte de Jesucristo que actuaba en la tierra. Se trataba del mundo en que Plácida tenía que crecer.

Sabía que Constantino volvería a llamarles en cualquier momento para dar por concluida la investigación, y al igual que no había podido negarse a participar en ella, tampoco podría seguir adelante una vez que el emperador la diera por terminada. Así que a primera hora de la mañana había hecho llamar a Virgilia y Virgilina para dirigirse hasta las letrinas en que había muerto Arrio. Tenía que haber algo, un indicio, un cabo que condujera a quien estuviera en el otro extremo, algo en lo que apoyarse para vislumbrar el dibujo de la trama. Alguien había envenado a Arrio, y en alguna parte, necesariamente, tenía que haber una pista que condujera hasta él. Una palabra, una coincidencia, una mancha, una huella, una mirada, un gesto, cualquier nimiedad que hubiera pasado desapercibida para aquel que no la estuviera buscando, porque en realidad se trataba de eso, eso era buscar; mirar del modo adecuado.

Así que recorrió el mismo trayecto que recorrió Arrio, desde el foro hasta las letrinas públicas. Se sentó en uno de los retretes como hizo él, y miró.

Virgilia y Virgilina habían aprovechado para aliviarse y allí estaban sentadas a su lado, y entraba y salía gente, hombres, mujeres, niños. Era otra vez como tirar los dados, y las cifras carecían de significado. Sabía que debía haber un cabo del que tirar, pero también sabía que incluso alguien más astuto que él podía pasar una y cien veces a su lado sin verlo. Y la ansiedad de hallarlo podía llevarle a tomar por una prueba algo que no era más que una coincidencia, como había sucedido con el esclavo desaparecido.

Aquella hilera de letrinas y los frescos con escenas mitológicas que decoraban las paredes eran lo último que Arrio había visto, pero no parecían constituir un indicio, carecían de sentido. ¿Y por qué iban a tenerlo?, se dijo. En realidad, ese era el final. Lo que tenía que hacer era ir hacia atrás, recorrer el camino a la inversa hasta el momento exacto en que Arrio pudo ingerir el veneno. Mirar del modo adecuado, se repitió. Tenía que concentrarse en el veneno. Era algo físico, algo que probablemente se había transportado desde la lejana Alejandría, pasando de mano en mano, algo que ocupaba un recipiente, que fue vertido en un determinado momento sobre algún alimento, y que ahora permanecía oculto en

alguna parte. Algo oculto era algo que podía ser encontrado.

Un veneno tan poderoso no podía permanecer durante demasiado tiempo en el cuerpo de Arrio sin actuar, pensó. Si lo hubiera ingerido en la cena le habría provocado algún síntoma a lo largo de la noche, dolor de estómago, vómitos, diarrea. De modo que se lo habían administrado en el desayuno. Pero muchos sirvientes desayunaron lo mismo que él, según los testigos. «Se levantó más tarde que de costumbre y no tenía hambre, solo tomó un poco de queso de cabra y un trago de agua.» Resultaba difícil envenenar un queso, el veneno debería haberse vertido en la propia leche, antes de cuajarlo; un gran queso del que todos habían comido. Y cualquier sustancia vertida en el agua habría alterado su sabor y su color, un trago de agua que tomaría de una jarra de la que otros habían bebido ya. Solo detectaba dos singularidades en su comportamiento. Se había levantado más tarde de lo habitual, aunque sabía que habría una multitud esperándole para acompañarle a la iglesia. Y desayunó menos de lo que solía. Ambos sucesos podían estar conectados, y en ese momento comprendió de qué modo: Arrio comió algo después de la cena y antes del desayuno.

Por lo que sabía, las despensas permanecían cerradas durante la noche. De modo que Arrio no pudo comer nada desde la cena hasta el desayuno en palacio, pero… ¿Y si hubiera salido de él durante la noche?

En ese momento entró Julio en las letrinas. Estaba excitado, barrió el local con la mirada y cuando le localizó corrió hacia él. «Por fin te encuentro», dijo, jadeaba. «¿Todavía no te has enterado? Honorio ha muerto. Igual que Arrio. Reventado.»

15

Tras la cena, Honorio fue a un prostíbulo. Allí estuvo bebiendo hasta emborracharse y luego se retiró a una de las habitaciones del piso superior acompañado de un chico. Al amanecer lo encontraron bajo la escalera, reventado del mismo modo que Arrio. Al parecer, durante la noche debió sufrir un tremendo retortijón. Salió de la habitación y, viéndose incapaz de alcanzar la letrina, se refugió en el hueco de la escalera. Allí murió.

La muerte de Honorio carecía de una lógica humana. Si había un envenenador, era alguien precavido, atento al menor detalle, tan inasequible como un aliento. Quizá Arrio podía representar una amenaza para determinados intereses, pero ¿qué interés podía tener la muerte de Honorio? ¿Para qué arriesgarse de nuevo, por qué usar el mismo veneno, relacionando de ese modo ambos crímenes ante cualquier observador? Hubiera bastado un asesino a sueldo con un puñal para liquidarle en cualquier callejón, simulando un robo.

El asesino de Arrio, si lo había, era alguien astuto y cuidadoso. No hubiera pretendido entrar en un prostíbulo concurrido, verter veneno en la copa de Honorio y salir sin ser visto. Había decenas de ojos. Cuanto más discreto hubiera sido su comportamiento, más habría llamado la atención. Un sobrio resaltaría como un faro en una orgía de borrachos. Una sola mirada de inteligencia en aquel corro de babeantes sería una campanada en el recuerdo de los testigos cuando repasaran cada detalle de la noche anterior. Y allí estaba el dueño del lupanar, un albino granujiento y sucio, haciendo memoria bajo la mirada severa de Balbino; esperando oír esa campanada. «Lo de siempre», dijo, por fin. «Los clientes habituales de cada día. Nada en especial.»

Grato echó una mirada a su alrededor. El suelo tenía una pátina pegajosa de vómito rancio y vino derramado. Un antro tan asqueroso que el hedor de la diarrea de Honorio había pasado desapercibido hasta bien entrada la mañana. Alrededor de la sala principal, llena de mesas, había cuartos con camastros. Algunos estaban cubiertos por cortinas grasientas, otros ni siquiera cubiertos, a la vista del público. El prostíbulo más barato de la

ciudad. Pánfilo se movía de un lado a otro con una expresión pura de asco.

—Quien viene aquí a saciar sus vicios tiene que ser muy vil —dijo Pánfilo, frotándose las manos como si le repugnara el roce mismo del aire.

—Nunca antes había visto a ese tal Honorio —dijo el albino—; era la primera vez que venía por aquí. Y me acordaría, porque llegó derramando dinero.

Aquel no era su sitio, pensó Grato. Pretendía ser un viejo romano. Austero, casto, pulcro. Casado y fiel. Se asomó al hueco de la escalera, el lugar donde había muerto. Casi temió encontrar restos de sus tripas, pero estaba limpio. Quizá era lo único limpio en aquel antro. La verdad tiene muchas caras, había dicho Pánfilo durante la cena. Y no todas resultan convenientes, añadió Honorio. Esa podía ser la clave. Qué había querido decir. Quizá había continuado las investigaciones por su cuenta y había encontrado alguna pista que no les había comunicado. Quizá esperaba que le llevara hasta el asesino para atribuirse el mérito ante el emperador. Algo lo suficientemente importante como para que el envenenador se sintiera tan amenazado que tuvo que actuar con precipitación. Pero si se trataba de eso, se había llevado el secreto a la tumba.

—Invitó a muchas rondas —dijo el albino—, pero no era uno de esos borrachos contentos. Tampoco de los que pierden la cabeza cuando ya han bebido mucho. Yo diría que en realidad ni siquiera estaba borracho. Era raro. Como si lo fingiera. Luego subió con el chico.

—Así que después de todo lo que le gustaban eran los chicos —dijo Balbino.

—Yo diría más bien que siempre le habían gustado los chicos —dijo el albino.

Y Grato supo que era cierto. Alguien que se movía entre esos cuartos tenía que saberlo. Así que Honorio había ocultado cuidadosamente sus inclinaciones, quizá durante toda su vida. Hasta esa noche. Esa noche, sin embargo, había escogido el peor burdel de la ciudad para saciar sus deseos más ocultos sin reparar en gastos. Como si no hubiera mañana. Desesperadamente, tan desesperadamente que no había perdido la cabeza, ni siquiera atiborrándose de vino. Sintió que un escalofrío le recorría la espalda, como si tuviera una mirada pegada en su nuca.

—Es como si ya lo supiera —dijo—. Honorio sabía que iba a morir.

Balbino, el albino, Pánfilo, los tres le observaron durante un

tiempo que le pareció muy largo, deslumbrados por esa revelación. Grato se santiguó.

16

El miedo le había llenado, y no era posible razonar con él. A mediodía había sido incapaz de probar bocado. Julio había comido poco y con aprensión. Ordenó que desde ese mismo momento se guisara otra comida para los niños. «Pruébala tú primero —le dijo a la nodriza— y no te separes de los fogones ni de su lado hasta que hayan terminado».

Volvía a rumorearse entre los cristianos, católicos y arrianistas por igual, que la mano de Dios podía haber intervenido en la muerte de Arrio, y que cualquiera que persistiera en investigar un asunto que emanaba de la voluntad de Dios y que solo a Él concernía acabaría del mismo modo que Honorio. Se decía que la santidad de Pánfilo y de Grato les había salvado, y que Dios había escogido para mandar su mensaje a un pagano, pero que si persistían en sus indagaciones ni siquiera su santidad les serviría de salvaguarda. Los paganos aprovecharon para tildar a los cristianos de asesinos intrigantes, y anunciaban que sus tortuosas disputas suponían un peligro público que Constantino tenía la obligación de atajar.

A Grato le costaba relacionar a Jesucristo con un hombre reventado, pero la idea de Dios y su omnipotencia parecía contener una fuerza tan inimaginablemente poderosa que su solo roce podía destruir. Todo poder sobre el cielo y la Tierra.

También él consideraba la posibilidad de que la mano de Dios estuviera allí, y en ese caso ni su fe lo salvaría, a él, que había permitido que creyeran que cortó su propia mano antes que abjurar, él, que en realidad no estaba seguro de si habría llegado a abrirla para derramar el incienso de no haber sido por la intervención de aquel viejo desdentado al que nunca volvió a ver.

Grato no dudaba de que, a lo largo de aquella noche, Honorio había recibido una misteriosa revelación, el conocimiento de su propia muerte. Tan inevitable, que ni siquiera intentó huir. En el interior de aquella sombra había un poder. No tenía cara ni cuerpo, y eso lo hacía más aterrador. El miedo. Unos pasos a su espalda, un par de esclavos susurrando entre sí o la simple visión de un plato de

comida bastaban para alterarlo.

Julio mostraba hacia sus propios esclavos la misma desconfianza que Grato. Notó que también él aguzaba el oído cuando percibía una conversación tras una pared. A lo largo de la tarde había ido varias veces a la cocina en busca de vino fresco y en cada ocasión tardó en volver. Grato supuso que vigilaba atentamente el trabajo de los cocineros. Pensó que hubiera sido cortés por su parte anunciar que pediría alojamiento en palacio, pero temía demasiado el alimento de palacio como para ser cortés. No solo era la muerte, era además una forma de morir horrible, acabar con las tripas colgando.

Estaban en el huerto cuando Julio dejó la podadera a un lado y se le quedó mirando con una expresión decidida. Temió que ya hubiera tomado la determinación de echarlo.

—Comeremos lo que recojamos de la tierra —anunció—; únicamente lo que recojamos con nuestras propias manos.

—Y lo comeremos crudo.

Julio se quitó el sombrero de paja y empezó a darle vueltas entre las manos. Crudo, repitió.

—Es la base de la virtud.

—Comer cebollas, como los esclavos.

—Quizá los esclavos sean más virtuosos que nosotros. ¿Y la bebida?

—Traerás agua de la fuente pública. Mantendremos la jarra siempre a nuestro lado. Compraremos la jarra en el mercado. Cualquier recipiente puede ser impregnado de veneno.

Pero el temor de Grato era más profundo que lo palpable. De todas formas, era un medio de tranquilizarse. Dominar lo tangible. En ese momento recordó que Julio sabía mucho de venenos. O, como él lo había expresado, sabía extraer el poder que residía en cada una de las plantas de su huerto y administrar la dosis exacta que convertiría ese poder en una sustancia letal. Por primera vez se dio cuenta de que había en ese jardín muchas especies que desconocía. De repente le pareció extraño que no hubiera tratado de deshacerse de él, de enviarlo a palacio, por muy necesitado que estuviera de auténtica compañía. Pero también ahora empezaba a comprender plenamente el poder de la servidumbre. En la aldea no había esclavos, esa palabra remitía a las ciudades y a los inmensos latifundios del interior del imperio. Para un aldeano significaba lujo, fuerza, para un cristiano, error. Pero poco a poco iba comprendiendo su auténtico significado. Un esclavo vivía del amo y para el amo. Conocía cada uno de sus secretos y cada uno de sus

deseos, sabía leer aquellos que aún no habían sido pronunciados y era capaz de anticipar aquellos que ni siquiera habían llegado a formarse en su mente. En aquella enorme mansión sería imposible ocultar una carta, una mancha en la sábana, un suspiro de amor, una mirada lasciva, el roce de una pluma sobre el papiro o la gota de aceite derramada de una lucerna. El amo era el objeto reverencial, aquel que podía premiar y castigar, la razón última de una vida que no lo era porque ni siquiera les pertenecía. Y al mismo tiempo la vida de ese objeto reposaba en sus manos. Un amo muerto en circunstancias extrañas suscitaba de inmediato una investigación en la que los esclavos eran siempre torturados, a menudo hasta la muerte. Pero la servidumbre es un veneno, porque la dosis es demasiado alta. Cuando la vida no vale nada, nada vale perderla. Aquella mansión era una jaula para todos sus habitantes. Y una jaula especialmente estrecha. Un hermano del emperador, hijo legítimo de un César legítimo, era un peligro potencial, una posibilidad en el corazón de aquellos que pudieran beneficiarse de un cambio de gobierno, incluso aunque ese hermano jamás aspirara a gobernar. Probablemente Constantino contaba con espías entre la servidumbre, precisamente entre aquellos en los que Julio hubiera depositado mayor confianza. Y aunque Julio conociera de quiénes se trataban, Constantino podía reclutar otro por cada uno de los que expulsara. Si un ciudadano libre no podía alzarse contra la voluntad del emperador ¿Cómo podría hacerlo un esclavo? La soledad de Julio debía de ser espantosa.

Probablemente lo había sido siempre, desde el mismo momento en que Constantino se coronó César. Era un preso estrictamente vigilado.

Y eso le tranquilizó un poco. Porque bajo aquella vigilancia permanente resultaba difícil que Julio o cualquier otro pudiera manejar veneno en la casa.

Una esclava anunció la llegada de Balbino. Apareció en la entrada del jardín, acompañado de una vieja calva y decrépita. La empujó hacia delante.

—Es tuya, Grato. Te la envía el emperador. Que pruebe la comida antes de que la toques.

—¡Pero si está envenenada morirá!

—De eso se trata.

—¿Qué se sabe de la muerte de Honorio? —preguntó Julio.

—De la muerte de Honorio me ocupo yo. Orden del emperador.

—Bueno —dijo Julio—, por lo menos mi hermano ha tenido el detalle de enviarnos a una esclava para que podamos comer con

tranquilidad.

—No quiero que nadie muera en mi lugar —dijo Grato—; seguiremos con el plan inicial.

—¿Pero qué interés tiene esta piltrafa en seguir viviendo? —dijo Julio.

—Más que tú y que yo, porque voy a darle la libertad.

—¿Y qué va a hacer, una vez que sea libre? ¿Dónde va a vivir, qué va a comer? ¡Todas tus ideas son absurdas!

Arrancó una zanahoria, la enarboló en alto.

—¿Crudo? ¿Esto vamos a comer, como si fuéramos caballos?

—Yo cocinaré para los tres.

—Debes tener cuidado con Grato —dijo Balbino. Se había aproximado a un grupo de matas y estaba en cuclillas, examinando las hojas, rozándolas con las yemas de los dedos— es testarudo. Desesperantemente honrado. Insobornable. Peligroso. ¿Esto son matas de melón? El suelo es demasiado arcilloso. Retiene el agua. Se pudrirán las raíces.

—Apártate de mis melones —dijo Julio—. Qué sabrás tú de honradez, o de melones.

—Sé lo suficiente de ambas cosas como para no cultivar ninguna de las dos. Pero os aviso. Aquí no puede crecer nada dulce. Mi padre cultivaba los melones más dulces de Egipto. Llevó su tiempo. Seleccionar año tras año las mejores semillas. Vigilar día y noche. El justo agua, el abono adecuado. Hay algo bueno en eso.

—¿Y por qué no te quedaste con él en Egipto?

—Porque eran los soldados los que se los comían. Yo quiero comerlos, no sembrarlos.

Julio fue a su lado.

—¿Los mejores de Egipto?

—Los mejores.

Se arrodilló junto a las matas, inclinándose para observarlas de cerca.

—Y dime, ¿cómo drenamos el agua?

17

Grato iba a la fuente pública con la jarra que había comprado en el mercado y volvía con ella llena. La mantenía siempre a su lado. Antes de beber, miraba en su interior y le complacía aquella pura transparencia. Cuando la jarra estaba vacía volvía a la fuente para llenarla. Al anochecer subía hasta el dormitorio con la jarra entre los brazos y la dejaba en el suelo, junto a la cabecera de la cama. Esperaba que el tiempo pasara idéntico a sí mismo, y que un día, cualquiera, llegara el documento de la exención. Entonces agarraría el papel y su jarra y volvería con Plácida. Pero el tiempo traía algo nuevo en su interior. Se extendió por la capital el rumor de que estaba a punto de estallar una guerra con Partia. Durante la persecución de Diocleciano muchos cristianos habían huido al otro lado de la frontera oriental, asentándose en los límites de Partia. Allí formaron una comunidad influyente y numerosa a la que el rey Sapor II acogió gustosamente, considerando que serían aliados potenciales contra el imperio del que habían huido. Pero la tolerancia religiosa que caracterizaba a Partia había concluido. Al igual que Constantino, Sapor II estaba decidido a conducir a su imperio, dividido por rencillas internas, a una especie de regeneración, y para ello había elevado al zoroastrismo al rango de religión oficial y única. Ahora la comunidad cristiana de Partia era presionada para que aceptara el nuevo culto. Era el inicio de otra persecución, y los cristianos habían vuelto la mirada hacia el imperio romano en busca de ayuda.

Desde la batalla del puente Milvio, la defensa del cristianismo se había basado en una búsqueda de tolerancia y paridad entre las religiones, un excelente medio de sumar apoyos y de pacificar el ánimo de la población. Pero poco a poco el peso del cristianismo había ido aumentando hasta convertirse en lo que ya era, el centro mismo de la política de renovación emprendida por Constantino. Roma se había enfrentado a Partia muchas veces. Las suficientes como para comprender que era una guerra sin vencedor posible que únicamente serviría para debilitar a ambos imperios frente a los bárbaros que habitaban al otro lado de la frontera. Pero Constantino

era el escudo de Cristo, y no podía renunciar a seguir siéndolo. Había iniciado relaciones diplomáticas para proteger a aquellos cristianos instalados en Partia, pero Sapor, rey de reyes, no estaba dispuesto a tolerar presiones externas. En lugar de atenuar la persecución, la había intensificado. De modo que los preparativos de una guerra más entre Partia y Roma estaban en marcha. Quizá fuera la urgencia de esos preparativos lo que había llevado a Constantino a no asistir a la cena que él mismo había convocado. Partia era ahora su preocupación más urgente. Y la atención que atraía esa contienda inminente también distraería a los cristianos del misterio contenido en la muerte de Arrio.

El escudo de Dios, la espada de Dios. No tenía sentido. Era una contradicción. Matar en nombre de Cristo. Algo fallaba. La Nueva Roma no era nueva. El vino era nuevo, pero el odre que lo contenía era el mismo de siempre. Y el vino nuevo estaba transformándose en vinagre. Grato no sabía cuál hubiera sido el camino adecuado. ¿Otra vez el martirio? Permitir que todos aquellos cristianos fueran cegados, descuartizados, expulsados. Y sin embargo, los exterminarían de todos modos. Una guerra solo sumaba más muertes. ¿Cuántos soldados romanos estaban dispuestos a cambiar su vida por la de una colonia de cristianos que habitaban en un país extranjero? ¿Cuál era el verdadero cálculo de Constantino? ¿Y el de Sapor? ¿Qué veían desde esa altura de dios pagano? La cohesión de sus torres. Una guerra hacía olvidar los problemas internos. La división de los cristianos, la muerte de Arrio, el descontento de los paganos, también de los militares paganos, que eran mayoría. Aseguraba la fidelidad de los soldados, empujados a la necesidad primaria de sobrevivir bajo el mando de sus comandantes. Un páramo germano o un puñado de tribus sármatas no podían compararse con la energía que requería la pugna de esos dos gigantes. A quién beneficiaba. No a los súbditos, ni siquiera a los cristianos de Partia, que de todos modos se verían obligados a huir ante el avance de cualquiera de los dos ejércitos. Cuánto había de cálculo político y cuánto de auténtico ideal. Puede que solo el propio Constantino lo supiera. Treinta años ejerciendo el poder. Puede que ni siquiera él lograra ya distinguir entre el emperador y el cristiano, entre el general siempre victorioso y el estadista, entre el estadista y el hombre, entre el hombre y la chusma que acudía a vitorearle allá donde fuera.

Julio y Balbino escarbaban alegremente la tierra, hombro con hombro, como si la guerra no pudiera afectarles, ni esas muertes venideras, que no eran la suya. Ahora Balbino acudía casi cada

tarde, se había convertido en una especie de afición. No se engañaba con grandes términos, trabajo, virtud, templanza. Tenía que ver con su infancia, con su padre, con esa porción de bondad.

Habían descubierto que no era lo mismo usar un par de cebollas como acompañamiento de un lechón que alimentarse exclusivamente de lo que daba el huerto. Aunque complementaban la dieta con huevos que Grato cascaba en la cocina con sus propias manos, consumían lo sembrado a una velocidad mucho mayor de lo que podía crecer. Grato calculaba que agotarían todo lo comestible en un par de semanas. También Julio parecía ser consciente del problema. Cada vez dedicaba más horas a la labranza. Tenía ampollas en las manos. Grato le había propuesto que buscara la ayuda de algún esclavo fiable, pero insistía en mantenerlos alejados día y noche de su campo. Solo a Balbino le permitía acercarse, aunque seguía despreciándolo. Un hombre de clase baja, sin virtud ni principios. Julio no creía en la redención. Balbino era predecible. Un hombre sin escrúpulos. Como un pedazo de hierro. Siempre había sido así y siempre lo sería.

—Me ejecutaría en caso de que tuviera que hacerlo —le dijo—, pero hasta que reciba esa orden, si es que alguna vez llega a recibirla, podemos confiar en él.

Las matas de melón crecían robustas, y Julio las contemplaba con orgullo. Compartir un interés común, una rara forma de felicidad que muy pocos entenderían.

—¿Y si fueras tú quien tuviera que firmar la ejecución de Balbino? —le había preguntado Grato.

—Necesitaría muy buenas razones para hacerlo.

—Ninguna razón es lo suficiente buena para eso. O también las suyas lo son.

—Él ni siquiera tiene razones. No es más que un instrumento. Como una redoma de veneno.

—Es una fuerza. Lo que importa es la parte de ella que se pone en marcha. El mismo poder puede curar o puede matar, depende de la parte que se escoja. Tú me lo dijiste.

—¿Y qué harías tú si Balbino apareciera en la puerta de tu casa dispuesto a degollar a tu nieta por orden del emperador? No es tan sencillo, Grato. Lo que se debe y lo que no se debe hacer, la virtud o el vicio, el bien o el mal, la medicina o el veneno. Ojalá lo fuera. Esto es lo único sencillo. Mira este trozo de tierra. Tendremos unos magníficos melones, los mejores que jamás hayas probado. Esto es lo más cercano al bien. No hay nada más.

En realidad, había pensado en ello, aunque trataba de evitarlo.

En la vida de Plácida. Balbino, un sármata, un salteador, un vecino. No se trataba únicamente de su martirio, de poner la otra mejilla o adelantar el cuello. Esa elección le pertenecía, aunque no habría sido capaz de contestar qué haría en el momento definitivo. Cómo saberlo. Pero ni siquiera se trataba de su alma. Se trataba de Plácida. Cuando pensaba en ello volvía a sentirse manco. Un mutilado, un incapaz, un miserable atrapado en la extrañeza y la rabia, una sombra izquierda de sí mismo. Qué haría, si fuera necesario, si fuera imprescindible, por Plácida. Cualquier cosa. ¿Matar? ¿Asesinar, como su padre? También, quizá. Y quizá eso le aproximara a su padre. No, quizá le convirtiera en alguien peor. Porque él sabía. Prefería no pensar en ello. Ese trozo de tierra. Pensar en ese huerto donde cada vez quedaba menos que comer. No tiene valor ni ética, le había dicho Julio. Por eso le reclutó Constantino. ¿Has visto esa cicatriz en la parte trasera de su muslo? La recibió cuando huía. En una batalla contra Libanio, el último oponente de Constantino. Dicen que el mismo Constantino estaba allí, en primera fila, y en su presencia los legionarios se arrojaban sobre las lanzas enemigas como leones. Pero no Balbino. Dicen que Constantino cruzó su caballo cuando escapaba a la carrera, había arrojado la espada y el escudo. Ordenó a los soldados de su guardia que lo mataran a varazos, como a un desertor. Pero en el último momento, cuando estaba a punto de morir, detuvo la ejecución. Se encargó de que curaran sus heridas y le incorporó a su servicio personal. Los valientes son honrados, pero los cobardes son listos. Sobreviven. Eso comentan que dijo. Y es cierto.

Todos los animales pueden reconocer a su predador, pensó Grato. Por qué no el ser humano. Bastaría una marca. En mitad de la frente. Podrían ser aislados. Pero quizá esa misma marca les obligaría a seguir depredando. No podrían dejar de hacerlo. Perseguidos. Aniquilados. ¿Y no merecerían también esa marca sus perseguidores, convertidos ellos mismos en predadores? ¿no aparecería también en mitad de sus frentes? Y en la frente de quien persiguiera a los perseguidores, hasta la exterminación, hasta que el último ser humano cargara todas y cada una de las marcas de los aniquilados; todo el mal.

Viéndolo allí, con una sonrisa de niño, bromeando junto a Julio, pensó que tenía que haber alguien en alguna parte para quien Balbino fuera un hombre escrupuloso y estúpido.

Una única frente que lleva el peso de todas las marcas. No era Balbino. No era un ser humano, la voz articulada de un único hombre. Grato pensaba en aquellas masas que se movían al otro

lado del muro del jardín. Casi podía oír su rumor de oleaje. Como ganado que girara su cabeza hacia un mismo punto, y todos aquellos grandes ojos se convertían en una única mirada; vacía, abierta al menor temor, a una chispa de inteligencia. Bastaba un solo movimiento para que aquella masa se convirtiera en miedo y ese miedo corriera como un único movimiento inmenso y arrollador. No tenía cuerpo ni existencia, era un soplo, una pavesa de intención que dependía de la paja para extender su incendio. Soy legión. Esa era la llave. Para detenerle era suficiente un gramo de valor. La oposición de una sola conciencia.

18

Se lo dijo a mediodía, cuando el calor era tan intenso que Julio acudió a cobijarse bajo la sombra de un árbol. Parecía lo suficientemente agotado como para concederle lo que le pidiera sin reflexionar demasiado.

—Necesito dinero —le dijo—, puede que mucho. Quiero comprar a la nubia a la que di aquel masaje en las termas.

—¿Vas a liberar uno por uno a todos los esclavos del imperio?

—Ojalá pudiera.

—No voy a dártelo.

Se levantó y cogió la azada para reemprender la tarea. Escupió sobre las palmas, como seguramente había visto hacer a algún campesino, y en realidad era un buen modo de lubricar el mango y preservar la piel de su roce, pero hacerlo adecuadamente requiere experiencia, y el escupitajo de Julio era tan abundante que la saliva comenzó a resbalar por sus dedos. La miró con asco.

—Estoy sembrando para una esclava, dijo, con un estupor tan doloroso que Grato temió haberle llevado demasiado lejos.

—¿La esclava que trajo Balbino? Desde hoy comerá lo que coman los demás esclavos. En realidad, no pretenden envenenarla a ella.

—Soy el hijo mayor del César Constancio Cloro. ¡Yo he sido cónsul!

—Y un hombre muy virtuoso.

—Cónsul —repitió.

—Me marcharé, si quieres.

Grato sabía hasta qué punto necesitaba su compañía, pero aun así sintió que se estaba arriesgando.

—Los cristianos sois peligrosos —dijo Julio, y supo que hablaba con absoluta convicción—; sois dementes.

—Es la única manera de mantenerse cuerdo en un mundo como este.

—¿Y adónde crees que puedes ir? ¿Cuánto tiempo crees que tardarán en encontrar tu cuerpo en una fosa si sales de aquí?

—Entonces dame el dinero. Lo necesito.

—¿Crees que me importa lo que cueste una nubia gorda? Podría salir a la calle y regalar tanto dinero que los pordioseros viajarían en carro, y cuando se me acabara Constantino me enviaría veinte mulas cargadas de sacos de monedas. Lo que no sé es qué pretendes comprando a una nubia. Tú no quieres follarte a esa nubia ni casarte con ella. Puedo salir al mercado y traerte ahora mismo diez esclavas mejores que esa. Pero por alguna razón, esa es la que quieres. Y quiero saber por qué. Quiero saber con qué ingenioso plan vas a obligar al asesino a que te reviente como a Arrio o a que te apuñale en un callejón.

—No lo entenderías.

—Por supuesto que no. No os entiendo. Ni a ti ni a Balbino.

Y esa era precisamente la base de su plan, que alguien como Julio no lo entendiera. Constantino había dictado leyes que protegían a los esclavos. Había un límite preciso en los castigos que el amo podía aplicar sobre ellos y su asesinato constituía un delito, incluso aunque su asesino fuera el propio amo. Eran leyes de difícil aplicación, porque lo que sucedía tras los muros de las mansiones y en las lejanas residencias campestres solía quedarse en su interior, pero al menos se le reconocía al esclavo una cierta humanidad, aunque fuera de segundo grado. Pero una humanidad de segundo grado llevaba implícita una porción de inhumanidad. Y aunque se les reconociera una especie de alma inferior semejante a la de un perro, capaz de albergar cualidades como la fidelidad y la honradez, un esclavo era en cierto modo menos que un animal. Un esclavo era un objeto. El propio Grato había caído en esa trampa. En las termas habían hablado de Pánfilo, de Atanasio, de Eusebio de Nicomedia, incluso de Constantino, como si no hubiera nadie presente. Las nubias eran para ellos un elemento más de las termas, como el aceite para la piel, algo que estaba allí para ablandar sus músculos. Incluso cuando Grato sintió aquel deseo, era el deseo hacia un objeto. Había tenido que realizar el esfuerzo de querer verla. Atribuirle humanidad, para que su humanidad apareciera.

Los esclavos tenían oídos. Una inmensa red de oídos distribuida por todo el imperio, desde el foro más concurrido hasta el sagrado dormitorio del emperador. Podían oír aquellas palabras que solo se pronuncian cuando los únicos testigos son los muebles.

* * *

Cuando Julio le entregó el dinero lo guardó bajo la almohada. Dejó la jarra, vacía, sobre la cama. Le dedicó una última mirada, antes de cerrar la puerta del dormitorio. El miedo volvía a llenarle. Por Plácida, pensó.

Fue a las termas solo. Nadie más debía saberlo, ni siquiera Virgilia y Virgilina. Recorrió las distintas piscinas y luego solicitó los servicios de aquella nubia.

Pareció alegrarse de verle. Se llamaba Marcelina y había nacido esclava. El calor de las termas provenía de un inmenso horno que su padre había alimentado con leña cada hora de cada día hasta su muerte. Su madre también había sido masajista. Había traspasado la rigidez de todas aquellas espaldas hacia sus propias articulaciones, y cuando el dolor de sus dedos torcidos se le hizo insoportable la vendieron, o eso le dijeron, Marcelina no pudo averiguar a quién. Esa era la maquinaria que resonaba en los sótanos del imperio. El ruido de una segunda humanidad. Pero había que esforzarse para oírla. Y ese era un esfuerzo que los viejos romanos temían realizar, porque esa humanidad emergería con tal esplendor que abrasaría el imperio, rompiendo las bases que lo sustentaban y abriendo un abismo desde las entrañas de su historia hasta el mismo suelo en que se asentaban sus pies.

«Es el hálito», le había dicho Justino, hacía mucho tiempo, la primera vez que llegó a la aldea. Estaban sentados a la puerta de la que entonces era la casa de Justino y ahora era suya. «Dios no volverá porque no se ha ido —le dijo— nunca se fue. Se extendió. Permanece en cada uno de nosotros. En ese árbol. En esta tierra. Dentro de ti, dentro de mí. En todas partes. Levanta una piedra y allí estaré, parte una rama y me encontrarás. Es el hálito. Puedes verlo porque también está en tu interior. Pero tienes que mirar de la manera adecuada».

Ahora Grato era capaz de captar el hálito cuando resultaba singularmente intenso. Ni siquiera hubiera intentado explicarlo porque explicarlo implicaba entenderlo, hacerlo suyo y reducirlo a palabras que pudiera entregar a otro. Pero el hálito no podía ser reducido a la posesión, no podía entregarse. En el encierro de cada definición se perdía una parte de su esencia, escurriéndose como el agua entre los dedos. Hacerlo suyo implicaba introducir algo de sí mismo, y el hálito solo era visible cuando el que miraba dejaba de estar. Cuando era capaz de ver más allá de sí mismo. Cuando la intuición de una belleza que estaba por encima de la comprensión le vaciaba. El hálito contenía tal poder que Grato era capaz de devolver a la vida cada una de las ocasiones en que lo había

vislumbrado; en el modo en que el agua vertida discurre por una línea de baldosas, en la luz espesa como nata que cae desde la altura de un ventanuco sin tocar la superficie tibia de una habitación de madera, en la curvatura de cada brizna de hierba bajo el peso de un viento húmedo que disgrega en matices el color de una pradera. Pero solo era eso, un deslumbramiento repentino, una llama en la tiniebla, el atisbo de una luz tan intensa que continúa bailando en la retina incluso cuando los ojos están ya cerrados. Cuando Él volviera, cuando descendiera en todo su esplendor, derramaría tal claridad que en comparación apenas constituiría la huida de una sombra.

También había un vago indicio de ese hálito en la sonrisa de la nubia mientras la escuchaba, quizá la primera vez que era de verdad escuchada, observada, compadecida. Un rastro que se disgregaba como la estela de un barco. Hermosa, pero no exactamente, no solamente hermosa. Deseó salir corriendo a por la bolsa de monedas y darle la libertad en aquel mismo momento, pero no podía. Se trataba precisamente de que continuara allí algún tiempo más. Grato le enumeró los nombres a los que debía estar atenta. Coloquíntida, Arrio, Honorio, Atanasio, Pánfilo de Cesárea, Balbino, Eusebio de Nicomedia. Dudó un momento antes de añadir: Julio Cloro.

Vendré a verte una vez por semana, le dijo. Grato pensó que le pediría alguna prueba de que realmente iba a comprar su libertad a cambio de la información, pero en lugar de eso le acarició el pecho y sonrió, una sonrisa deslumbrante de humanidad. «Viejo estúpido —dijo— vas a comprarme y ni siquiera me quieres follar».

19

La habitación en la que se había alojado Arrio permanecía tal como la había dejado aquella mañana. La cama seguía revuelta. Había una mesa con dos rollos de papiro desenrollados junto a una lucerna cargada todavía de aceite. Una silla, una jarra con agua. Un baúl. Contenía un par de túnicas limpias, unas sandalias gastadas, copias de los evangelios.

—Eusebio el de Nicomedia prometió enviar a alguien para recoger sus pertenencias —le dijo Pánfilo—, pero debe de haberlo olvidado. De todas formas, sobran habitaciones en palacio.

Así que allí estaba cuanto dejaba Arrio. Echó un vistazo a los dos volúmenes abiertos. El texto era idéntico, casi hasta el final; en uno de ellos, donde deberían estar los últimos párrafos, había un espacio en blanco. Arrio estaba realizando una copia. Por lo que pudo ver, se trataba de un complejo ensayo teológico que parecía estar más allá de su entendimiento.

Delante de Arrio no había una Plácida. Era lo primero que había percibido al entrar en el dormitorio. Nada más allá de sí mismo. Y eso dotaba a aquel espacio en blanco de una intensa vaciedad. No era la esperanza de lo que está por acabar, era la inutilidad de lo que concluye. Ese último silencio no contenía ningún misterio. Era una simple copia de algo que seguía sin reclamar sobre una mesa cubierta de polvo. La repetición maquinal de alguien cuya única obsesión era hacer pública una interpretación de Dios. No se trataba de un visionario abrasado por una idea, en ese momento lo comprendió. No era un profeta. Era un trabajador. Un erudito cuya única posesión era un concepto laboriosamente articulado. Así había desperdiciado sus últimas horas.

—Un excelente trabajo —dijo Pánfilo, pasando una mano por el papiro—, el más lúcido de los hombres. El mejor de entre nosotros. El mejor, Grato.

Se preguntó qué habría hecho Arrio de haber sabido que moriría del mismo modo en que lo supo Honorio. Ni siquiera pudo imaginarlo.

La única ventana del dormitorio daba a un patio interior

situado tres plantas más abajo. Allí estaban las cuadras de palacio. Los jinetes trotaban por el empedrado en lentos círculos, para mantener en forma a las monturas. Distinguió entre los jinetes al ayudante de Pánfilo, el chico del bozo. Trataba de mantener el equilibrio sobre un caballo de poca altura, casi un potro. El esclavo cojo, aquel al que había torturado Honorio, le sostenía sobre la silla de montar. Quizá le habían destinado otra vez a las cuadras.

—No he sabido enseñarle el camino a ese chiquillo —le dijo Pánfilo—. Ireneo prefiere los caballos a los libros.

—¿Y qué tiene de malo? Yo soy un buen jinete.

—El conocimiento requiere disciplina. Sacrificio.

Agitó los brazos. ¡Ireneo, sube ya! ¡Ahora!

Un tercer piso. Imposible descolgarse. Sobre todo para un anciano. De modo que si Arrio había salido de palacio en algún momento de la noche, tendría que haberlo hecho por la puerta. Desde la entrada de palacio, donde le había recibido Pánfilo, hasta el dormitorio, había contado seis grandes portones flanqueados por guardias. Eran tropas de elite con armaduras decoradas y túnicas rojas. Quietos como estatuas. Podían parecer indiferentes, pero conocía lo suficiente a los soldados como para saber que ningún movimiento escapaba a su atención. Le habría resultado imposible llegar hasta el dormitorio si Pánfilo no le hubiera acompañado. Así que lo difícil era entrar. Pero…

—¿Hubiera podido salir Arrio en mitad de la noche sin ser visto?

—¿Para qué iba a querer salir Arrio en mitad de la noche? —le dijo Pánfilo.

—Antes de preguntarse por qué, hay que preguntarse si es posible.

—El palacio es la casa del emperador. Nadie puede entrar o salir sin ser identificado.

—Pero supongo que de noche se relaja la vigilancia.

—Precisamente de noche es cuando se intensifica la vigilancia.

—Arrio conocía bien el palacio, tiene que haber algún momento, en el cambio de guardia, quizá, en que le fuera posible escabullirse sin ser visto.

—No hay nada que llame tanto la atención como alguien que intenta escabullirse sin ser visto. Arrio apenas conocía el palacio, llevaba poco tiempo alojado aquí. Solo hay dos accesos, y permanecen vigilados día y noche. Grato, entre estas paredes duerme el mismísimo emperador.

Volvió a asomarse a la ventana. Aunque Arrio, un anciano de setenta años, hubiera tenido la fuerza y el valor como para

descolgarse hasta el patio con una cuerda, aunque hubiera pasado inadvertido a lo largo de todas aquellas salas y pasillos, al final de su camino estaría una de esas dos entradas. Ignoraba si habría algo que le hubiera empujado a salir a hurtadillas en medio de la noche, pero no importaba, porque le habría sido imposible hacerlo. Los dados volvían a resonar en su cabeza.

—Aquí no hay nada que pueda llevarnos hasta el asesino, dijo.

—No, Grato. También yo estuve aquí buscándolo y no, no lo hay.

Había pensado que continuar la investigación le aliviaría. Seguir buscando, en cualquier lugar, algo más que esperar abrazado a una jarra de agua. Pero no le aliviaba.

—¿Y si realmente nunca ha habido un asesino, Pánfilo? ¿Y si realmente está Dios en las muertes de Arrio y de Honorio?

—Dios es demasiado grande como para ensuciarse con las entrañas de los hombres. No tengas miedo. Yo volveré a Cesárea y tú volverás a tu aldea, y el mensaje de Arrio seguirá creciendo. Incluso crecerá mejor sin él. Vuelve a casa de Julio, enciérrate allí y espera.

—¿Tú no tienes miedo?

—No tengo nada que temer. Soy un siervo de Dios.

Lo era. No le cabía duda. Un anciano ceñudo, pero benévolo. Recto. Austero. Ferviente. Y, sin embargo, cargaba con el nombre de un muerto, se salvó mientras los cristianos eran exterminados a su alrededor. Y también estaba esa historia macabra, la del brazo sin dueño.

—No tienes miedo, Pánfilo, pero dicen que has hecho lo suficiente como para temer a Dios y a Atanasio.

—¿Eso dicen de mí? Quien ha hecho lo suficiente como para temer a Atanasio no tiene que temer a Dios.

—Me han hablado de un brazo cortado. No creo que a Jesús le agrade eso.

—Grato, Grato —dijo, mesándose la barba—, no intentes comprender. Algunos deben desviarse para abrir un nuevo camino a los que vienen detrás. Cuando el pasto se agota, el buen pastor debe internarse en la maleza en busca de alimento para sus ovejas. Y eso duele. Y corrompe. Es un sacrificio que tú no soportarías.

—Te asombraría lo que puedo soportar.

—De eso se trata. No quiero que me asombres.

—Muy bien, iré a encerrarme, si ese es nuestro único plan.

Cuando estaban a punto de salir vio los dos volúmenes, abandonados sobre la mesa. Me gustaría llevármelos, dijo, se los

daré a Eusebio. Los enrolló y salió con ellos bajo el brazo.

En el camino hacia la entrada de palacio creyó notar que alguien les seguía. Era una especie de persistencia entre la turbamulta de sirvientes y chambelanes y soldados que cruzaban las salas centrales, un movimiento continuado y atípico en el borde de la visión. Dejó que Pánfilo marchara delante y volvió la cabeza. Vio a cierta distancia al esclavo que Honorio había dejado cojo. Cuando sus miradas se encontraron el esclavo se detuvo. Luego se alejó renqueando en otra dirección.

20

Por la noche, en la soledad del jardín, notó que su padre se sentaba a su lado. Era como el cosquilleo de la mano que no estaba, una especie de persistencia difusa, la terquedad de una incomprensión, y de esa incomprensión llegaba su tristeza. Sabía que era él mismo quien mantenía un hilo de su existencia del mismo modo que mantenía la percepción de la mano que no estaba. Esa sensación de vida se alimentaba de su vida y se desvanecería con él. Ese fantasma no era un alma completa, sino el recipiente de una carga. El peso de su estupor. Por primera vez, Grato compartía esa misma estupefacción. Quizá el mal no era una vieja mancha de sangre en la cima de una montaña, algo que se movía en el borde de la luz. Ojalá fuera tan sencillo. Quizá Julio tuviera razón en su incomprensión. Ni a ti ni a Balbino. No alcanzaba a imaginar en qué se asemejaba él a Balbino, pero Julio parecía ver un punto en común, o al menos su incomprensión era la misma. Una misma extensión de penumbra. Quizá la oscuridad estaba tan esencialmente enlazada a la luz como la fibra de un tejido. Bastaba una conciencia para identificarla, pero para separar una de otra habría que desmenuzar el tejido hebra a hebra, y al hacerlo, ¿qué quedaría entre las manos? Como le dijo Máximo, no había izquierda y no había derecha.

Cuando recuperó el conocimiento, tras la mutilación, descubrió que viajaba en la parte trasera de un carromato lleno de sartenes y cacerolas que repicaban con cada sacudida. La mano derecha ya no estaba. En su lugar había un muñón envuelto en una venda ensangrentada. La mano derecha estaba con su madre, con aquellos que lloraban y cantaban, a la diestra de un Dios diestro. Él estaba con su otra mano, en el lado de aquellos que permanecían en silencio porque sabían que se habían condenado. El dolor del muñón era el dolor de su madre, y dolía porque había quedado atrapado en el lado equivocado.

Vio que entre las sartenes colgadas de ganchos se abría paso una especie de hombrecillo deforme. Del tamaño de un niño, pero con barba. El hombrecillo colocó sobre su frente una de sus manitas

gordezuelas y Grato apartó la cabeza, un poco asustado. Cogió su brazo con firmeza y examinó el vendaje. Tienes que comer, dijo. Las sartenes se mecían con una lentitud de cuerpos ahorcados y al entrechocar tintineaban acompasadas como un coro de voces afiladas. Volvió con un cuenco de gachas y una cuchara. Grato tenía hambre y cogió la cuchara, pero le

temblaba la mano al ritmo que marcaba aquel coro de voces femeninas y metálicas. Es la fiebre, pensó. Pero no es solamente la fiebre. Su mano era torpe y extraña, deforme, como el enano, como los cuerpos ahorcados y la vibración de las voces, como lo era todo en ese lugar izquierdo en que había quedado atrapado.

Tendrás que ir aprendiendo, le dijo el enano. Cogió la cuchara y comenzó a darle las gachas él mismo.

—Es por la fiebre —dijo Grato—, es por mi mano.

—Cuando dos desconocidos se encuentran se dan la mano derecha. ¿Sabes por qué? No es una señal de afecto. Es una señal de desconfianza. Se dan la mano derecha porque es la mano con que se empuña la espada. Es la mano que mata. Es verdad, puede que necesites matar, pero te diré algo más: no hay izquierda ni derecha. Cada una de las manos puede comportarse como la otra. Al final las dos van al medio. Y lo que hay en medio. ¿Sabes qué es lo que hay en medio? Yo te lo diré. La necesidad.

Luego supo que los soldados amigos de su padre habían hecho una colecta y Rufino, el soldado desdentado, pagó con ella a los cómicos que actuaban en la ciudad para que partieran en ese mismo instante llevándole con ellos. Solo hay una cosa peor que un traidor, le había dicho su padre, y es un cómico. Porque los cómicos, además de mentirosos, son cobardes. Había acertado a medias. En cuanto salieron de la ciudad, cuando aún estaba inconsciente, se reunieron para decidir qué hacer con él. Consideraban que era peligroso viajar con un cristiano, y con un cristiano tan terco, además, que había preferido dejarse mutilar antes que renegar de su religión. Llevar con ellos a un fanático semejante suponía un peligro, decían, porque en cualquier momento podía presentarse ante las autoridades para que concluyeran el martirio, poniéndolos a todos bajo sospecha. Decidieron que lo mejor era dejarlo allí mismo y seguir su camino. Fue entonces cuando Máximo cogió una sartén del carromato y dijo, cristiano o no, el chico viene con nosotros. Y todos sabían el riesgo que entrañaba un enfrentamiento con Máximo.

Máximo era un hombre extraño, no solo por su aspecto. Estaba dotado de una ternura casi maternal que afloraba ante el

desvalimiento. Le había visto llorar por la muerte de una de las cuatro crías que parió su gata, un animal grande y dócil que lo seguía como un perro. Amaba a todas esas pequeñas criaturas, era un amor que le hacía irradiar. Pero Máximo también podía resultar peligroso. Admitía las burlas, vivía de la risa que provocaba y la consideraba un medio de supervivencia. Necesidad. Pero en cierta ocasión, un campesino grande como un germano le llamó monstruo y engendro, había verdadero asco en sus palabras y movía los brazos como si pretendiera alejar de él una visión horrible. Máximo se alejó sin pronunciar una palabra. Esperó a la noche, y cuando el campesino estaba dormido en mitad de la calle, borracho, le golpeó con un leño en la cabeza una y otra y otra vez y siguió golpeando hasta que consiguieron arrancarle el leño y arrastrarle lejos de allí. La compañía tuvo que abandonar el pueblo esa misma noche ante el temor de que los vecinos se reunieran para lincharles. Nunca volvieron para comprobarlo, pero Grato siempre sospechó que había matado a aquel campesino grande como un germano. Jamás dio muestras de arrepentimiento. «Grato, tú eres cristiano —le dijo — pero yo soy ambidiestro».

Máximo había sido rechazado, como de algún modo lo habían sido todos los miembros que formaban la compañía de cómicos, y ese rechazo les había convertido en algo incompleto. Los padres de Máximo le expusieron al nacer. Probablemente le consideraron un castigo, fruto del enojo de sus estúpidos dioses. En cada ciudad había un lugar donde abandonar a los bebés no deseados, así que esperaron a que anocheciera y dejaron allí a aquella criatura que encarnaba sus pecados. Y Máximo habría muerto esa misma noche de no ser por Constancio Cloro. Ahí es donde Grato comprendió la importancia que tenía la decisión de un solo hombre. Cómo un único acto de bondad o maldad podía extenderse a través del tiempo y del espacio y repercutir en todo el orbe como las ondas que provoca una piedra en la superficie de un lago. La ciudad de Máximo estaba en la Galia, territorio que en ese momento gobernaba el César Constancio Cloro. Cloro no había perseguido el cristianismo, así que la ciudad contaba con una comunidad de cristianos que cada noche acudía a aquel lugar para salvar a los niños expuestos. Gracias a ellos, Máximo había llegado a ser un hombre. Aunque un hombre tan extraño que solo pudo tener un hogar extraño. Uno en el que pudiera huir permanentemente de la extrañeza de los demás: aquel carro.

Era un grupo numeroso. Junto a los actores viajaba una veintena de prostitutas que se desperdigaban entre el público tras la

función. Los actores llevaban máscaras y calzaban coturnos y leían textos de Eurípides en mitad del campo con delectación, aunque luego, en el escenario, lo que representaban eran burdas comedias de Plauto; enredos con matronas lascivas, soldados fanfarrones y esclavos rufianes, retocadas para que concluyeran en una orgía no siempre falsa que arrancaba gritos de júbilo a los espectadores. En cierto modo, todos ellos eran a la vez actores y prostitutas. Un sencillo acuerdo con la grada del mundo. Eurípides llenaba su boca, Plauto su estómago.

Luego estaba el otro tipo de actuaciones: Máximo, el enano saltimbanqui, Armiño, el germano capaz de derribar a un toro con las manos desnudas, Europa, que cabalgaba desnuda sobre ese mismo toro. Europa en realidad se llamaba Flavia y tenía unos labios excepcionalmente abultados y colgantes, los teñía de un rojo intenso y al final de su actuación los mostraba para admiración del público, abriéndose de piernas en posturas imaginativas.

Máximo cocinaba para todos, además de hacer sus piruetas sobre el escenario, y Grato se convirtió en su ayudante. También aceptó un pequeño papel en una de esas comedias y llegó a subir al escenario con una máscara, pero decidieron que no participaba con suficiente entusiasmo en las orgías finales. Como se le daba bien recitar le propusieron que recitara unas poesías de Catulo entre acto y acto. Así que subía al escenario y empezaba así:

«Atención: a continuación leeré para vuestro deleite la carta que el confiado Catulo envió a su amigo Aurelio».

Cuando la muchedumbre oía nombrar a Catulo acallaban un poco sus gritos. Jamás habían leído a Catulo, pero lo relacionaban con ese tipo de literatura antigua y elevada de la que se podía aprender, y aunque fuera confusa y aburrida inspiraba respeto. Entonces, Grato comenzaba la lectura:

«Nos encomendamos a ti mi amor y yo, Aurelio. Pido un favor insignificante: que si con toda tu alma has deseado algo que querías que se mantuviera puro e íntegro, me guardes honestamente a mi joven. Te temo a ti y a tu polla hostil a jóvenes puros y depravados. Muévela por donde quieras, como quieras, cuando quieras, cuando esté fuera dispuesta al ataque. Excepto en el lugar de mi amor. No es mucho pedir».

La palabra polla había extendido en las gradas una risita

nerviosa, y Grato abría una pequeña pausa hasta que continuaba con el siguiente fragmento.

«Y ahora, veamos la siguiente carta que escribe el confiado Catulo a su buen amigo Aurelio:

¡Aurelio, padre de todas las hambres, pretendes sodomizar a mi amor! Y no a escondidas: pues estás con él, bromeas con él, pegado a su costado lo intentas todo. En vano, pues mientras tratas de tenderme trampas, te agarraré primero para que me la chupes. ¡Así que déjalo mientras puedas, no sea que tengas que dejarlo después de habérmela chupado!»

Ya por entonces sonaba alguna carcajada, y en las gradas se comentaba que era asombroso que Catulo, un poeta tan hondo y respetable, pudiera ser tan divertido.

«Y ahora veamos la última carta que dedica el confiado Catulo a su buen amigo Aurelio. Ocupa tan solo una línea y dice así:

"¡Te sodomizaré y me la chuparás, puto Aurelio maricón!"»

Y Grato se despedía con una reverencia en medio de la carcajada general. De este modo el público entraba en el segundo acto con la agradable sensación de haber rebajado su ignorancia, de estar a la altura de Catulo; de que además de aprender, en fin, se habían divertido, y era una lástima que todos los poetas no fueran como él, tan llanos y tan divertidos. Pero en realidad no se habían enterado de nada. Grato sabía que Catulo sentía un dolor inmenso. Catulo amaba a Lesbia y no le importaba que Lesbia fuera una puta. Para Catulo, Lesbia era un ser inmaculado, la más hermosa de las creaciones, aunque se dejara follar por una moneda.

Así es como Grato llamaba a Flavia cuando estaban solos en su carro. Lesbia. Era grácil y ligera como una niña y también reía con toda la cara como una niña. Parecía mucho más joven de lo que en realidad era, aunque ni ella misma conocía su edad exacta. Máximo le había dicho que debía de rondar los veinte.

Después de verla desnuda sobre el toro y enseñando los labios ante aquellos patanes imprimía mucha más rabia al texto de Catulo, y cuanta más rabia volcaba, mayores eran las carcajadas, estúpidas, anormales, hirientes. Cuando se detuvieron en Trajanópolis, la aldea que ahora era su aldea, conoció a Justino. Fue el único que lo comprendió. Era un hombre muy viejo, encorvado y sucio, parecía un mendigo. Se le acercó después de la actuación y le dijo «pobre

niño manco. Eres robusto como un árbol, pero acabarás retorcido. Ese dolor es algo que pudre poco a poco por dentro».

Justino le llevó a la casa que ahora era suya y le dijo que en cierto modo también él era cristiano. Le habló del hálito. Le enseñó a leer en secreto, sin mover los labios. Le contó que los cristianos corrientes creían en un solo Dios. Creían que ese Dios era el mismo para todos, les vigilaba desde el cielo y si eran buenos subirían a su lado al final de los tiempos. Pero había otro tipo de cristianos, le dijo. Los cristianos como él, a los que llamaban gnósticos, creían que ese Dios no se había marchado. Dios estaba en todas las partes y en todas las cosas y hablaba a cada ser humano al oído. Era un único Dios, pero distinto para cada uno. Los cristianos corrientes se reunían en comunidades y rezaban juntos. Pero los gnósticos creían que cada ser humano debía escuchar esa voz susurrada a su oído y llegar a solas hasta él.

—Así que —le dijo— hay muchos tipos de cristianos. Están los que se reúnen y rezan juntos, y están todos los demás.

Justino era un hombre tan extraño como los que componían la caravana de cómicos, pero él había logrado permanecer quieto. Provenía de algún lugar de Judea, pero había tenido que huir, perseguido por los paganos durante la persecución del cristianismo, perseguido por los cristianos cuando el cristianismo triunfó. Vivía solo, a la suficiente distancia de cuanto le rodeaba como para soportar su proximidad sin tener que renunciar a su anomalía. Le consideraban un loco inofensivo, lo cual era otra forma de verlo. Cuando se despidieron le dijo, «pobre niño manco, tienes que acabar con ese dolor».

La siguiente vez que pasaron por la aldea, seis meses después, fue a verle. Estaba en la cama, enfermo.

—Todavía no has acabado con ese dolor, Grato.

No dijo muchacho, ni muchacho manco, ni manco. Dijo: Grato. Y había algo en el modo en que pronunció su nombre que le llenó. En realidad, le convenció de que conservaba la derecha, de que en realidad no la había perdido nunca. Había algo en sus palabras que le demostró que veía en él el hálito.

Decidió que permanecería a su lado hasta que sanara o muriera y se lo dijo a Máximo. Volveremos a la aldea dentro de seis meses, le dijo Máximo. La caravana siguió su camino y Grato permaneció con Justino hasta que murió. Dictó un testamento oficial en que le dejaba cuanto tenía. Un pequeño campo con árboles frutales, un huerto, un par de vacas, una mula vieja, la casa.

Cuando volvió la caravana comprendió que ya no era algo

incompleto, una mitad izquierda, alguien anómalo que debía huir. Como Justino, él también permanecería. Se lo dijo a Máximo. Lloró como había llorado por aquel gatito muerto.

Le pidió a Flavia, a Lesbia, que se quedara con él. Y ella aceptó. Al principio fue bien. Duró poco. Todos los que formaban la compañía de cómicos eran seres extraños, como Justino. También Flavia. Quizá, para no extrañarse de sí mismos, se extrañaban de los demás. Flavia debió de sentir que más allá de la caravana todo era raro y quieto y anómalo. Flavia no podía volver a ser Flavia, y jamás habría sido Lesbia. Para ser completa también debía escoger. Y escogió ser Europa. Tres meses y diez días después, mientras Grato dormía, montó en la mula vieja y se fue tras la caravana. Él no pudo seguirla. Vivir en la parte izquierda dolía demasiado. Y además había crecido. Ya era ambidiestro. Estaba dispuesto a conquistar la más aberrante normalidad antes que tener que soportar otra vez semejante dolor.

Ahora, treinta años después, sentado en el jardín, se contestó a una pregunta. Qué habría hecho él de haber sabido, como Honorio, que esa misma noche iba a morir. La respuesta era: ir a buscarla. Lo habría hecho. Pero Flavia estaba muerta. Ni siquiera pudo aguantarle cuatro meses enteros, así que suponía que tampoco querría compartir con él la eternidad. Lo único que le quedaba de ella era Plácida.

21

El cocinero de Julio era un germano gordo y gigantesco que conservaba la plena brutalidad de los páramos en que fue capturado. En su cabezota de ternero no habían penetrado los rudimentos más básicos de la civilización, pero guisaba de un modo exquisito. Lo único que admiraba de los romanos era su arte culinario. Las impresionantes moles arquitectónicas cuya sola visión habían quebrantado el ánimo de galos, britanos y cimbrios no le merecían la menor consideración. Tampoco le impresionaba la red de carreteras ni la disciplina del ejército ni la literatura ni la escultura. Había sido conquistado por el estómago. Acostumbrado a los pedazos de carne cruda o quemada que habían constituido su única dieta, quedó pasmado ante la explosión de sabores de la alimentación romana. Y había desarrollado un paladar delicado.

Grato pasaba mucho tiempo con él en los fogones, sacando el mejor partido posible de las verduras del huerto. Devorador, que así había sido llamado por sus captores por el ansia con que comía cuanto le arrojaban, se ocupaba de guisar para la servidumbre con el mismo esmero que hubiera empleado en servir un banquete imperial. Ocupaba el mayor espacio posible y se movía como un lobo furioso entre un estrépito de sartenes y cazuelas para dejar claro que estaba invadiendo su reino. Grato hubiera creído posible que meara en los rincones para marcar su territorio. En general, Grato aceptaba reducir su parcela al mínimo indispensable y no intercambiaban ni una palabra. Ni siquiera hubiera descubierto que sabía hablar si una tarde no se hubiera acercado a su oído con un extraño cuidado. Le susurró: «Marcelina quiere verte ahora». Al principio, Grato no comprendió qué significaban aquellas palabras. Luego se asustó. ¿Cómo sabes quién es Marcelina? Devorador retrocedió, ofendido.

—No sé quién es Marcelina. Me han dicho que te diga: Marcelina quiere verte ahora. Y eso es lo que te he dicho.

—¿Y quién te ha dicho que me lo digas?

—Un esclavo.

—¿Qué esclavo?

—¿Y qué importa? ¿Quieres confundirme? Un esclavo se lo dice a otro, y otro a otro y al final estás tú, y eso es lo que me han dicho que te diga. Marcelina quiere verte ahora.

En ese momento comprendió que en la red que había tendido también él podía quedar atrapado. Su nombre y el de Marcelina recorrían juntos, de boca en boca, la ciudad. Cualquier eslabón de esa cadena podía romperse y sus nombres saltarían de las alcantarillas de la servidumbre a las mansiones de los amos. Si había un asesino, sabría con qué empeño estaba buscándolo tras su aparente pasividad, y la propia Marcelina también estaría en peligro.

Subió corriendo a su dormitorio para coger la bolsa de monedas. Fue solo a las termas. Por seguridad, escogió las calles más concurridas, aunque conllevara un rodeo. Al cruzar el foro captó aquella mirada, persiguiéndole de cara en cara. No era una mirada de reconocimiento, porque no le conocían. Tenía la misma vaciedad unánime que la que ocupaba los ojos de una muchedumbre, porque en realidad todos reconocían lo mismo en él. Puede que incluso supieran su nombre, pero para todos ellos su nombre significaba lo mismo. El mártir manco. Lo que atraía a esa mirada era precisamente aquello que no estaba y que no era, su mano derecha y su sacrificio.

Puede que aquella atención siempre hubiera estado presente, pero la minúscula detención que iba provocando a su paso resultaba especialmente llamativa en la actividad del foro. Al cruzar ante la gigantesca estatua de Constantino se preguntó si al verlo no estaría también él dejándose ocupar por esa misma vacuidad, por ese desconocimiento. Precisamente por aquella parte de Constantino que no estaba y no era. La estatua ocupaba la cima de una columna de pórfido que superaba en altura a los edificios colindantes. Como un dios pagano. En realidad, ni siquiera era Constantino, era el dios Apolo. Portaba un cetro en la mano derecha, la bola del mundo en la izquierda y una corona de rayos irradiaban de su cabeza. Se decía que era obra de Fidias. Pero en la conciencia del populacho el Apolo de Fidias había acabado transformándose en Constantino, y era su rostro el que coronaba aquella distancia que desdibujaba sus rasgos hasta hacerlos indistinguibles. También Arrio había pasado bajo aquel falso rostro justo antes de sentir cómo se licuaban sus entrañas.

Cuando llegó a las termas ni siquiera se quitó la túnica para fingir que iba a disfrutar de un masaje. Buscó al amo de Marcelina, un griego joven y guapo que estaba sentado ante una mesa llena de

papeles en los que apuntaba detalladamente los servicios adeudados por cada cliente. Cuando escribía rascaba el papiro y sacaba una punta de lengua, como un colegial. Grato pagó lo que le pidió por Marcelina, sin regatear, y descubrió que todavía le sobraban la mitad de las monedas que le había dado Julio. Luego fue hasta la sala de masajes. La encontró refregando la espalda de un gordo. Cuando lo vio llegar sonrió, con picardía. «Es mía —le dijo al gordo. Dejó un par de monedas al lado de su cara—. Tenga. Váyase.» El gordo recogió las monedas y se marchó.

—Así que te han dado el mensaje. Sé algo que te va a gustar.

—Media ciudad sabe que vas a decirme algo que me va a gustar.

—Es muy urgente.

Cogió su mano y le entregó la bolsa con las monedas que quedaban.

—Eres libre. Coge esto y márchate. Tienes que alejarte de la ciudad. Hoy mismo.

—¿Me has comprado? ¿De verdad me has comprado?

—Ahora corremos peligro los dos. ¡Cómo se te ha ocurrido pasarme de ese modo el mensaje! —Pero es muy urgente.

—¡Pues ve y dímelo en persona!

—¡No puedo salir de aquí cuando me venga en gana, idiota! ¡Soy una esclava! Hay alguien que sabe quién mató a Honorio y a Arrio. ¿Es eso lo que querías averiguar, no? Un mártir manco al que el emperador le ha encargado que investigue quién mató a Arrio. ¿Crees que puedes pasar desapercibido, Grato? ¿Crees que puedes llegar aquí y meterme en ese lío sin decirme quién eres ni en qué me estás metiendo? Soy una esclava, si sospechan, si siquiera sospecharan que espío para ti cualquiera podría entrar aquí y rebanarme el cuello y a nadie le importaría. Eso es en lo que me has metido.

—¿Quién es, quién lo sabe?

—No sé quién es. Me han pasado la información porque saben que espío para ti, y me la han pasado del mismo modo en que yo te avisé a ti, de boca en boca. El que lo sabe te espera esta noche en la habitación de Arrio, dentro de palacio. Me han dicho que tiene que ser esta misma noche.

—¿Quién te ha pasado la información, un cliente, un esclavo?

—Un esclavo.

Grato trató de seguir el trayecto de aquel mensaje, imaginar desde dónde podría haber partido, de las mansiones o de las alcantarillas, intentando discernir si no estaría ya atrapado en la red.

—Marcelina, ¿cómo puede saber alguien que espías para mí si tú no se lo has dicho?

—Sí que lo he dicho. Tengo miedo. No quería quedarme sola ni un momento.

—Si no querías correr ese riesgo, ¿por qué no te negaste a espiar para mí?

—¡Porque me prometiste la libertad! ¿Por qué iba a traicionarte, quién podría darme más? Ve a palacio o no vayas, pero yo he cumplido lo que acordamos.

—Vendrás conmigo —le quitó la bolsa de monedas—. Te las devolveré cuando salgamos de palacio.

—No, no iré contigo, Grato, soy libre.

Trató de sujetarla. Marcelina lo apartó de un empujón que le hizo chocar contra la pared y le arrancó la bolsa de monedas de la mano. Aunque acababa de constatar su fuerza, sintió la tentación de ir tras ella y obligarla a seguirle, pero antes de que lo hiciera Marcelina se dio la vuelta y lo encaró.

—No creas que eres distinto a los demás, Grato. Me has pagado y me has usado. Has pagado mucho más de lo que pagan los demás, pero el peligro también era más alto. Eso es todo. Escucha: no vayas a palacio. ¿A quién le importa quién matara a Arrio, o a Honorio, o a cualquiera de esos cabrones?

—¿Crees que puede ser una trampa?

—Yo qué sé. No quiero morir por ti, pero tampoco quiero verte muerto.

—¿Y qué puedo hacer, esperar a que me maten sentado en un jardín?

—No vayas.

Cuando hubo salido permaneció un rato allí, escuchando sus pasos descalzos alejándose por el corredor. Eran lentos y firmes. Siempre imaginó que correría. Que un esclavo liberado saltaría y correría. Pero esos son los pasos del que huye. Y por primera vez en su vida, Marcelina había dejado de huir. No tenía prisa ni lugar al que ir porque ya había llegado. Me has pagado y me has usado. Así que en realidad no era distinto a los demás. «Ni a ti ni a Balbino.» Como los demás, abandonaría a Arrio y a Honorio y volvería a su jardín. Volvería con Plácida y nunca le diría: tuve miedo. Y esperaría que ella nunca llegara a cruzarse con aquello que él había eludido. Puede que incluso rezara, rogando que Él la pusiera a salvo de aquello a lo que había tenido la oportunidad de enfrentarse y ante lo cual había retrocedido.

22

Fue precisamente aquello que no estaba lo que le permitió acceder al interior de palacio. Aunque los soldados que flanqueaban la puerta no mostraron el menor indicio de reconocerlo, comprendió que su mano derecha era lo suficientemente llamativa como para ser recordada con facilidad. Por eso pudo atravesar una tras otra aquellas inmensas salas, ahora desiertas. Solo en una de aquellas entradas percibió la tensión repentina de uno de los guardias que la custodiaban, rápidamente relajada por la mirada de su compañero. Le extrañó la celeridad con que había reaccionado el otro guardián para evitar que su compañero le cerrara el paso. Tenía miedo y sabía que percibiría como una amenaza cualquier comportamiento vagamente inusual. Probablemente no era más que el gesto inseguro de un guardia novato. Con temor o sin temor, sabía que únicamente había un camino y era sencillo: disimular su nerviosismo y seguir adelante.

Esa quietud de estatuas en que se encerraban los soldados, aparentemente ridícula, formaba parte del ceremonial que rodeaba a Constantino. Su halo sagrado ocupaba la totalidad de palacio. Incluso aunque él no se encontrara en ese momento tras los muros debía persistir el temor reverencial de su presencia. No pretendía ser considerado una deidad. Constantino era un hombre que podía sangrar y morir, pero la altura a la que lo elevaba la complejidad del protocolo le hacía de algún modo inaccesible. Demasiado alto como para ser tocado. Esa distancia se instalaba en la mente. Ningún asesino podría acortarla sin dejarse dominar por un ligero temblor, por esa mínima vacilación capaz de delatarle. Y ese era el temblor que debía evitar Grato a cualquier precio.

El pasillo que conducía al dormitorio de Arrio estaba a oscuras. La puerta, cerrada. Pegó el oído a la madera. Estuvo un rato allí, tratando de percibir el más mínimo sonido que pudiera llegar desde el interior, y cuanto más dilataba la espera, más crecía el temor. El único modo de combatirlo era dar el siguiente paso. Entró.

El rectángulo de la ventana proyectaba algo que podía definirse como claridad. Distinguió el volumen de la cama. Entonces oyó una

respiración. Antes de que pudiera moverse notó el roce de una mano en su clavícula y luego algo frío en la piel del cuello y esa respiración junto al oído, un aliento que olía a vino barato. Unos dedos recorrieron su brazo hasta llegar al muñón y lo palparon. Su cara estaba tan cerca que notaba el roce de la mejilla mal afeitada. Cuando lo hubo manoseado, ese cuerpo que se apoyaba en el suyo se relajó.

—¿Has venido solo? Dije que vinieras solo. ¡Dime la verdad! Si hay alguien esperándote ahí fuera, ¿sabes lo qué haré si hay alguien esperando?

—Estoy solo.

—Tengo un cuchillo y te cortaré el cuello si no llegamos a un acuerdo. Tenemos que llegar a un acuerdo, ya no hay más remedio. Yo sé quién mató a Arrio. También sé quién mató a Honorio y te lo diré, pero tienes que hacer algo a cambio. Tienes que sacarme de aquí. Voy a matarte si no me sacas de aquí. Tienes que sacarme de palacio y tienes que sacarme de la ciudad.

—Puedo encontrar un lugar donde esconderte.

—No, no puedes esconderme. Nadie puede esconderme. No quiero un agujero y no quiero a nadie más en nuestro acuerdo. Te diré lo que quiero. Quiero dinero y quiero un caballo. Me conseguirás un caballo, y cuando lo tenga, te diré lo que quieres saber. Ahora voy a soltarte. Pero tengo un cuchillo, y si no llegamos a un acuerdo te mataré, Grato.

Le soltó y retrocedió un par de pasos hacia la oscuridad, era un movimiento costoso y de alguna manera extraño. Respiraba rápidamente. Casi podía sentir su tensión a través del aire. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad, pero aun así lo primero que pudo distinguir al darse la vuelta fue la hoja del cuchillo que captaba la claridad de la ventana. Luego vio quién lo empuñaba. El esclavo al que Honorio había dejado cojo. Estaba tan borracho que se tambaleaba.

—Lo primero que tenemos que hacer es salir de aquí. ¿Cómo vas a sacarme? —dijo.

—No lo sé. Creí que ya habrías pensado en cómo escapar.

—Eres tú el que tiene que sacarme, eres tú el que tiene que pensar.

—Solo hay dos puertas, así que habrá que salir por una de ellas. Pero antes suelta el cuchillo.

—Lo soltaré cuando me saques.

—No puedes salir con ese cuchillo en la mano. Si no sueltas el cuchillo no saldremos nunca.

El esclavo parecía confundido. Levantó el cuchillo delante de su cara, tratando de aparentar resolución, bamboleándose, tuvo que apoyar una mano en la pared para no caer. Luego, de repente, todo su cuerpo se aflojó. Se dejó caer en la cama.

—Me torturarán —dijo— me estirarán hasta que quede paralítico y luego seguirán estirando.

—¿Quién? ¿Quién quiere matarte?

—No vas a engañarme, Grato. No vas a sonsacarme lo que quieres saber. Si yo no salgo de aquí, tú tampoco saldrás, quiero que entiendas eso, necesito que lo entiendas.

Grato lo entendía. Realmente le mataría. Olvídate de la fuerza, le había dicho su padre, no necesitas la fuerza para manejar un arma, de eso ya se encargará el miedo. Aquel hombre estaba algo más que asustado. Estaba desesperado.

—¿Por qué yo? —le dijo—. ¿Por qué has recurrido a mí?

—Porque sé algo que quieres saber.

—Hay muchos que quieren saberlo.

—No, no, hay muchos que lo saben, y ese es el problema, por eso tenemos que escapar.

—¿Esos que lo saben están aquí, por eso hay que escapar de palacio?

—Del palacio, de la ciudad, del imperio. ¿Sabes qué quiero? Quiero sentir el viento en la cara, quiero galopar, si tengo que morir quiero morir así, quiero una oportunidad.

—¿Y por qué no hablaste directamente conmigo?

—¿En palacio? Imposible. No, no, supe que alguien andaba por ahí preguntando en tu nombre, eso es lo que supe. Tenía miedo, tenía demasiado miedo para esperar, y entonces vi la oportunidad de traerte aquí.

—¿Pensaste que te ayudaría a escapar porque me compadezco de los esclavos?

—¿Compasión? ¡Compasión! Yo no puedo esperar compasión. Te traje aquí porque eres manco, porque no puedes desarmarme y obligarme a decirte lo que sé, porque no tienes más remedio que cumplir lo que hemos acordado.

—¿Y cómo puedo estar seguro de que de verdad tienes algo que contarme?

—Si no tuviera algo que contarte no necesitarías escapar.

Se echó a reír, enseñando sus dos dientes en las encías desnudas, y de repente se tapó la boca y miró hacia la puerta como si fuera a entrar alguien en cualquier momento. Acercó la cara hacia Grato, estaba tan próxima que su nariz gorda y amoratada le

rozaba la mejilla.

—Podrían estar vigilándome, creo que sospechan, así que aunque no sepas nada ahora también tú tienes que escapar. Tiene gracia, ¿verdad? Y te contaré algo todavía más divertido. Podemos correr y galopar y escondernos en la cueva más honda, pero no podemos escapar. Esa es la verdad. El único agujero en que estaremos a salvo es la tumba.

—¿Entonces para qué correr?

—Porque los perros esperan y los lobos corren. ¿Quieres morir como un perro?

—Lo que no quiero es morir.

Dos puertas, las dos vigiladas. La cabeza de Grato se movía muy deprisa. De hecho, temió que el miedo le hiciera moverse demasiado rápido. Sabía que no era astuto y que podría pasar por alto algún detalle tan estúpidamente obvio que les delatara de inmediato. Pero se había contagiado de su desesperación. Intuía que lo único importante era empezar a correr y mantener viva la esperanza que implicaba ese movimiento. Su mano derecha podía sacarle fácilmente de allí y un esclavo era un objeto, algo que simplemente ocupa un espacio, pero del mismo modo que su mano derecha le abriría el camino, la cojera del esclavo lo cerraría.

—Muy bien. Esto haremos: si buscan a un cojo tendrás que dejar de serlo. Yo cojearé por los dos.

* * *

El esclavo portaba la antorcha. Con el brazo libre sostenía a Grato por debajo de las axilas. En realidad, trataba de no descargar su peso sobre él, pero Grato debía parecer demasiado borracho como para mantenerse en pie por sí mismo. Era el esclavo quien apestaba a vino, pero a cierta distancia nadie hubiera logrado diferenciar de cuál de los dos emanaba el hedor. La cojera del esclavo debía ser atribuible a la dificultad que implicaba caminar cargando el peso de Grato, y el propio Grato trataba de fingir cierta torpeza al andar. Para rematar el cuadro, se había arremangado las mangas de la túnica para que el muñón resultara bien visible. Así cruzaron las distintas salas de palacio hasta llegar a la puerta principal. Los soldados que la custodiaban se volvieron a mirarlos. En ese momento, bajo sus miradas, Grato comprendió que era un plan ridículo. La decisión con que seguía avanzando el esclavo cojo

le convenció de que estaba demasiado borracho o desesperado como para perder la fe, y Grato se dejó arrastrar por su determinación. Pero conservaba lucidez suficiente como para aceptar que parecían lo que eran: dos idiotas fingiendo. Lo único que mantenía viva su esperanza era que los soldados ignoraran por qué fingían. En ese momento vio por el rabillo del ojo a un oficial. Estaba de pie, tras ellos, a cierta distancia, un hombre de pelo cano. Quizá los había estado siguiendo a través de la salas, quizá les había descubierto en ese mismo momento, no importaba. Los soldados le dirigieron una mirada, esperando sus órdenes. En ese instante cruzaron delante de sus lanzas. Grato debía anunciar, este esclavo me acompañará a casa, intentando que su lengua pareciera trabada por la borrachera, pero no tuvo coraje para despegar los labios. Sintió que el esclavo flaqueaba ante su silencio. El esclavo le pellizcó bajo la axila, pero Grato sabía que esa nueva mentira resultaría tan forzada que inmediatamente les cerrarían el paso. De fuera a dentro, pensó, no de dentro a fuera. Eso era. El oficial y los soldados aún no les habían detenido porque su misión era evitar la entrada, no la salida, y aunque esa pantomima les sorprendiera, todavía trataban de encontrarle algún sentido.

Pasaron bajo el umbral y descendieron lentamente la escalinata, a trompicones. Grato dejó de apoyar el peso sobre el esclavo, era absurdo continuar fingiendo, pero el esclavo lo agarraba con tal fuerza que no pudo evitar proseguir con ese avance tambaleante. Ante el palacio se abría una plaza amplia. La esquina más próxima parecía muy lejana. Si les daban el alto en ese momento al menos podrían intentar huir a la carrera. El esclavo estaba cojo, así que probablemente le alcanzarían antes que a él, y eso le daría tiempo suficiente para escabullirse entre las callejuelas. Eso es lo que decidió mientras se aproximaban lentamente a la bocacalle más cercana; dejaría atrás al esclavo. Marcelina tenía razón, no era distinto a los demás. Abandonaría al esclavo, a Arrio, a Honorio, salvaría su vida. Qué sería de Plácida, si él moría. No sabía adónde habían ido su compasión y su fe, solo podía pensar en ella y en su vida juntos.

Alcanzaron una de las calles que se abrían a la plaza, y en cuanto hubieron doblado la esquina se sacudió el peso del esclavo. Pegó la espalda a la pared y se asomó para comprobar si los seguían. En la escalinata de palacio estaban el oficial y uno de los guardias, observando la calle por la que acaban de desaparecer. No vio al otro guardia. Creo que van a venir a por nosotros, le dijo al esclavo. En ese momento sintió el cuchillo del esclavo punzando su

espalda.

—Nos cambiaremos la ropa. Dame tu túnica. Desnúdate. Rápido.

—Te la daré cuando me digas quién mató a Arrio.

El esclavo le hincó la punta del cuchillo, el calor de la sangre corrió por su espalda.

—Voy a dártela, pero escucha, no tienes nada que perder, cumple tu parte del trato. Los dos iremos a parar a una fosa, eso dijiste, así que no importa. Dime por qué van a enterrarme.

—Yo envenené a Honorio.

—¿Por qué? ¿Quién te lo ordenó?

—No quieres saberlo.

—Sí quiero saberlo, sea quien sea quiero saberlo.

—Nunca podrás detenerlo, Grato, será él quien te detenga a ti.

—¡Quiero saberlo!

—Has cumplido tu parte del trato, y yo también voy a hacer algo por ti, Grato; no voy a decírtelo.

El esclavo le empujó contra la pared y puso la antorcha ante su cara, la llama le quemaba las puntas de las pestañas. Cortó de un tajo la túnica y sintió que con la túnica también le cortaba la piel. Luego se la arrancó del cuerpo. Retrocedió un par de pasos con el cuchillo en alto, dejó caer la antorcha y acomodó los jirones sobre su propia túnica.

—Llevar mi túnica no te va a salvar. Dijiste que también me perseguirían a mí.

El esclavo escondió la mano derecha bajo la manga.

—Y te perseguirán, Grato, puede incluso que te maten, pero será una muerte rápida. Lo que me espera a mí es mucho peor.

Se dio la vuelta y se alejó, renqueando. Grato fue tras él y cuando el esclavo se giraba para enfrentarse a él le pegó con el puño cerrado en la cara, cayó al suelo y también el cuchillo.

—¡Tienes que decírmelo!

El esclavo siguió alejándose, a gatas, y le persiguió hasta que pudo ponerse en pie. Lo agarró por el cuello.

—¡Dímelo!

El esclavo cerró los dedos alrededor de su muñeca y apretó con tal fuerza que Grato tuvo que soltar la presa.

—No, Grato. Por tu propio bien.

Por tu bien, repitió, separando con suavidad la mano de Grato de su cuello. Luego retrocedió, sin darle la espalda.

—Aléjate de mí. Olvídate de esto. Vete. Corre.

¡Corre! insistió mientras se alejaba a zancadas grandes y ridículas, arrastrando costosamente un pie. Estaba a punto de

doblar la calle cuando algo surgió tras la esquina y lo atravesó, un golpe tan brutal que lo levantó del suelo, la punta de una espada sobresalía por su espalda, tenía lo brazos extendidos y la boca abierta y sacudía las piernas. Después su cabeza se desplomó hacia delante y todo su peso resbaló lentamente por el filo hacia el suelo. El guardia dobló la esquina con la espada ensangrentada en alto y tras él aparecieron varios soldados más con las espadas desenvainadas. Grato retrocedió mientras avanzaban hacia él, rodeándolo. En ese momento oyó a su espalda un golpeteo metálico, de suelas tachonadas, y cuando se giró vio a Balbino, cerrándole el paso. También él tenía una espada en la mano.

—Tengo una nieta —le dijo—, tengo una nieta, Balbino. No quiero morir.

—No voy a matarte. Llevaos ese cuerpo de aquí —dijo a los soldados —cálmate, Grato. Estás desnudo. Tienes cortes.

Balbino desabrochó su capa y la pasó por encima de sus hombros.

—Deja de temblar. Constantino me ordenó que te protegiera. Nadie va a tocarte.

—Llevaba mi túnica. Ese guardia creía que era yo. Era a mí a quien quería matar, Balbino.

—Está oscuro. Ese guardia no ha podido distinguir a uno de otro.

—Quería matarme.

—Si quisiéramos matarte, ya estarías muerto.

—Fue él quien envenenó a Honorio.

—Lo sé, Grato.

—También sabía quién envenenó a Arrio, y ahora no podrá decírnoslo.

—Ya no importa lo que él supiera. Lo que importa ahora es lo que sabes tú.

—No sé nada, no quiso decírmelo. Ese hombre no merecía morir, Balbino.

—Yo no juzgo. Por lo menos se ha librado de una muerte peor.

—Ahora nunca sabremos quién envenenó a Arrio.

—¿Por qué tienes que complicarlo tanto? Ya nos hemos encontrado dos veces y no quiero que haya una tercera. Tengo una nieta. ¿Eso es lo que vas a balbucear cuando te pongan una espada al cuello? ¿Crees que eso puede salvarte? ¡Vete ahora mismo a casa de Julio y no vuelvas a salir de allí!

23

Se decía que Constantino había enfermado. Tras una intensa diarrea buscó reposo en Aquae, un centro de aguas termales próximo a Constantinopla. Pero su salud siguió empeorando. Tanto, que recurrió a la ayuda divina, refugiándose en una iglesia consagrada a los Santos Mártires. Allí se guardaba una hornacina con los restos del mártir Luciano de Antioquia, antiguo maestro de Arrio y el primero en poner en duda que Dios y Cristo pudieran ser iguales. A Grato le pareció una curiosa elección. Sospechó que rezaba a aquel mártir en concreto porque solicitaba un perdón concreto.

Grato se enteró de ello por Julio. Desde palacio se tranquilizaba a la población asegurando que Constantino había sufrido una leve indisposición de la que estaba casi recuperado. La altura en la que Constantino se había instalado estaba tan profundamente asentada en la mente de sus súbditos que una mezcla de incredulidad y alarma había cundido a través del imperio ante la mera posibilidad de que el emperador pudiera llegar a enfermar. Lo que les costaba creer no era su rápida recuperación, sino que alguna vez pudiera llegar a morir.

Julio se lo expuso con sinceridad: es grave. Grato estaba recostado contra un árbol, vestido solo con un taparrabos. Tenía un corte largo y poco profundo a la altura del vientre que cicatrizaba con lentitud, no podía soportar el roce de la túnica. Julio estaba recostado a su lado, ahora era un esclavo el que se encargaba del huerto. Sabía que no debía darte el dinero, le dijo. Aquella noche en que llegó herido y desnudo y aterrado, Julio bajó corriendo del dormitorio y movilizó a la servidumbre para que lavaran su herida y le confortaran con un caldo caliente y le vistió con una de sus propias túnicas. Podemos volver a comer lechón, le dijo Grato, así que puedes dar tu dinero por bien empleado.

Había una inteligencia, y no era divina. Había un poder, y no podían oponerse a él ni escapar a sus designios, comieran lo que comieran. Pero no se lo dijo. Se negó a contarle de dónde venía y cómo había recibido los cortes. No solo porque desconfiara de él; en

caso de que no hubiera motivos para desconfiar, habría motivos para protegerle. De modo que, fuera como fuera, no debía saberlo. Al principio, Julio se había mostrado ofendido ante la terquedad de su silencio, pero había llegado a la conclusión de que no le quedaba más remedio que aceptarlo.

Un pequeño tajo en la piel, y cuánto dolor. Le habían segado una mano y, sin embargo, ese pequeño corte le parecía insoportable. Era la vejez, pero no solo la vejez. Era la cobardía. Era Plácida. De ella provenía su debilidad. Ahora ya sabía lo que pasaría cuando apareciera un sármata. Encogerse y llorar. Puede, incluso, que tratara de defenderse. Que tratara de matar y condenarse. Dónde estaba su fe. Cómo algo tan sucio como el miedo podía destruir algo tan luminoso como la fe. Cómo un amor pequeño podía acabar con el gran amor, en lugar de diluirse en él. También él necesitaba perdón, un perdón concreto. Tenía que sobreponerse a esa debilidad, superar esa prueba. Pensar más allá de él y de Plácida.

—Necesito verle —le dijo a Julio—. Necesito ver a Constantino.

—Habla con Balbino. Quizá pueda concertarte una cita, pero está enfermo, no creo que te reciba.

—No quiero pasar por Balbino, ni por sus chambelanes, necesito llegar hasta él directamente. Precisamente porque está enfermo.

—¿La diarrea? Grato, hay cien ojos vigilando cada una de las partículas que Constantino se lleva a la boca. Una diarrea no es más que una diarrea, algo absolutamente común, un síntoma más. Nadie le está envenenando.

—Puede que ningún mortal pueda envenenarle, pero quizá no se trate de un mortal.

—¿Crees que Júpiter ha descendido del Olimpo para soltarle el vientre?

—Júpiter no podría bajar de ninguna parte porque no existe.

—¿Entonces es tu Cristo el que ha descendido de los cielos entre rayos y truenos para aflojarle los intestinos?

—Julio, muy pronto, cuando mi Cristo descienda de los cielos entre rayos y truenos, voy a tener que sacrificar la mitad de mi eternidad rogando por ti. Haz el favor de no empeorarlo.

—No te preocupes, tampoco creeré en él el día que descienda, es una cuestión de principios.

—Ya. El problema es que él sí cree en ti.

—Si todo se reduce a creer, estoy salvado. A mí solo me importa lo que puedo tocar.

—Pero es que él es el tacto.

—Tenéis que aprender a ser más llanos, Grato, no podéis ganar adeptos con semejantes trabalenguas.

—Es algo demasiado grande como para que quepa en una de esas estatuas de griegos con tridente a la que se puede aplacar con corderos degollados. Es algo más complicado, Julio. Puede que haya una balanza. Puede que la haya. Constantino la ha desequilibrado, y ahora está equilibrándola.

—¿Ves? Cada vez es más confuso. ¿Qué balanza? No hay justicia más allá de la mente de los hombres, y ni ahí la hay.

—No hay justicia en la Tierra. Pero hay un cielo, Julio, hay un cielo sobre nuestras cabezas, y en ese cielo hay una balanza.

—Yo no puedo concertarte una entrevista. Voy a dar un banquete al que asistirá su hijo Constancio, habla con él y cuéntale lo de la balanza, a ver qué opina él.

* * *

Ante la indisposición de su padre, Constancio había tomado el relevo en los preparativos de la guerra contra Persia. De hecho, ya se producían las primeras escaramuzas a lo largo de la frontera. Constantino tenía tres hijos vivos, muy jóvenes, y los tres ostentaban el cargo de César. Claudio Constantino, el mayor, gobernaba la Galia, Britania y España, el mismo territorio que había gobernado su abuelo. El más joven, Constante, gobernaba el resto de Occidente: Italia, Iliria y África. El emperador había mantenido a su lado al de en medio, Constancio, que compartía con su padre las tareas de gobierno en Oriente. Hacía un par de años, el emperador había decidido promover la carrera política de la otra parte de su familia, aquella que descendía de Teodora, la esposa legítima de Cloro. Fue entonces cuando Julio y su hermano Flavio accedieron al consulado.

Flavio tenía dos hijos adultos, Dalmacio y Anibaliano. Anibaliano, el menor, había sido nombrado recientemente rey de Armenia, un pequeño estado, cristiano y tutelado por Roma, situado en la frontera parta. Dalmacio, el mayor, había sido elevado al cargo de César, en paridad con los propios hijos del emperador. Como había demostrado el experimento de Diocleciano, la dispersión de poder facilitaba la tarea de gobierno, pero tenía muchas probabilidades de desembocar en una guerra civil. Parecía lógico que Constantino se apoyara en sus tres hijos para controlar

las inmensas extensiones del imperio, siempre amenazado por incursiones bárbaras; tres hijos legítimos que, por el solo hecho de serlo, estaban impregnados del prestigio y la autoridad que emanaba de su padre. Pero los consejeros de Constantino creían que la concesión de títulos a Dalmacio y Anibaliano, además de constituir una fuente de discordia cuando Constantino faltara, restaba legitimidad a sus herederos carnales. Aun así, la decisión de Constantino era firme y, para estrechar aún más los lazos entre ambas familias, una hija de Julio se había casado con su primo Constancio.

Julio la llamaba Galina y era una niña. Caminaba casi de puntillas para parecer más alta y al lado de su marido trataba de imitar la seriedad de una vieja matrona. Pero en cuanto vio a Julio corrió a sus brazos, y luego salió al jardín, llamando a gritos a sus esclavos preferidos. Estuvo allí, corriendo y riendo y tirando de la barba a sus viejos maestros hasta que volvió a tumbarse junto a su marido, impostando una rancia dignidad.

—Una balanza. ¿Una balanza?

Constancio se parecía a su padre, pero no había en él rastro alguno de Constancio Cloro. Ni hoyuelos ni afabilidad, su cara era tan lisa y redondeada que parecía plana. Un sirviente le había quitado la coraza con que había llegado, pero todavía conservaba la espada ceñida a la cintura. Estaba apoyado sobre un codo, en el triclinium, y la espada rozaba el suelo. Agarró la empuñadura con fuerza.

—Pon esta espada en cualquier balanza y la desequilibrará.

—Tu padre conoce a Grato —dijo Julio—; estoy seguro que se alegrará de verle.

—Si el emperador Constantino desea ver a Grato, el emperador Constantino mandará llamar a Grato —dijo Constancio.

—Es un mártir —dijo Galina—. ¿No has visto que le falta una mano? Un mártir vivo quizá valga tanto como uno muerto.

—Querida, un mártir vivo está en la tierra, y en la tierra poco se puede hacer.

Los prisioneros, dijo de repente, alzando una mano para atraer la atención de los presentes. Aquí tenemos un auténtico dilema. Cristianamente, me pregunto, ¿qué debe hacerse con un prisionero parto?

—Venderlo como esclavo, qué otra cosa se puede hacer, dijo Flavio, el hermano de Julio. Era más joven que Julio, y más adusto, recolocaba cada poco los pliegues de su toga. Grato no le había visto sonreír una sola vez desde su llegada. Su hijo Dalmacio

parecía de algún modo su contrario, alguien dedicado de un modo casi consciente a ser lo que no era su padre, un joven risueño y desaliñado que colmaba alegremente las copas de vino.

—Esclavos —dijo Constancio—, esa es una pobre respuesta, Flavio. Escuchad. Voy en mi carro y me encuentro a un centurión cortando la cabeza a prisioneros partos. Ya ha cortado la cabeza a tres prisioneros, tiene las cabezas en un cesto, y al verme detiene el hacha en alto. El prisionero también me mira, tiene la cabeza apoyada en el tocón, es uno de esos partos que llevan, bueno, barba parta, ya sabéis, y esos faldones partos, moreno, como todos los partos. Él está seguro de que voy a salvarle la vida, porque el hacha no ha caído, y cree que mi presencia es algo así como un milagro. Y yo digo, atención, me digo, cristianamente ¿qué debo hacer? Porque el perdón, perdonar cien veces, es lo que debe hacerse entre cristianos. Un cristiano distingue el bien del mal, y cuando hace el mal necesita el perdón. Pero un parto no es un cristiano. Un parto, digamos, ese parto, no me ha pedido perdón. Un parto no puede saber qué está bien y qué está mal. Entonces, ¿qué debe hacerse con él?

—Si no puede escapar, no puede hacer ningún mal —dijo Flavio —. Alejandro se ganó a los persas con la clemencia.

—Sí. ¿Por qué matar? —dijo Julio—. Tenemos que convivir con ellos, están al otro lado de la frontera y ahí seguirán. Tendrá hijos y esos hijos crecerán.

—Crecerán temiendo el poder de Roma si se le doblega —dijo Flavio.

—No es más que un pobre hombre al que han dado una lanza y le han colocado en primera línea del frente para que lo maten —dijo Dalmacio—. ¿Por qué ensañarse? Además, alguien que ha conocido la libertad no puede ser reducido a la esclavitud.

—Ese es el problema, mi querido primo Dalmacio —dijo Constancio—. Esta espada puede equilibrar cualquier balanza, y el mejor guerrero es aquél que no necesita usarla. Pero con alguien que ha sido elevado por encima de su merecimiento no basta con enseñarla. Alguien que ha sido elevado por encima de su merecimiento no se doblegará hasta que se la claves en las entrañas.

—Merecimiento —dijo Dalmacio—; esa es la cuestión. Alguien que se ha elevado por su propia valía al puesto que ocupa no bajará al alcance de tu espada. Y entonces ¿Cómo vas a clavársela?

—Una espada tiene la virtud de igualar rápidamente alturas, mi querido primo.

—Aquí no hay hombres más altos que otros —dijo Julio—. Aquí

todas las ramas comparten el mismo tronco, y la poda de una sola rama puede desangrar al árbol.

—Yo sé lo que pasa al final —dijo Galina—. Constancio ya me lo ha contado, pero tú, Grato, no dices nada. ¿Qué crees tú que va a hacer Constancio con el parto?

—Efectivamente, he lanzado una pregunta cristiana, Grato, y puede que tú y yo seamos aquí los únicos cristianos.

—Yo no soporto la sangre.

—Pero no está arrepentido, Grato. Un parto ni siquiera sabe de qué debería arrepentirse. Así que, ¿qué debe hacer el César?

—Vas a matarlo porque te ha hecho daño —dijo Grato—, pero solo puedes perdonar al que te hace daño, para eso sirve el perdón.

—No, no, Grato, todos habéis pasado por alto algo que he mencionado. Mi presencia allí es para él un milagro. Yo soy un milagro. Para los que no creen, se llama fortuna. Pero recordemos que los partos tienen una especie de dios. Y si yo perdono su vida, no va a agradecérmelo a mí, ni a Cristo, y esta es la base del problema. En su ignorancia, si el César le perdona, se lo va a agradecer a su dios, de modo que mi perdón lo único que hará es reafirmarle en su error. Por tanto, ¿qué se deduce de esto?

—Que ordenaste que le torturaran antes de cortarle la cabeza —dijo Dalmacio—. Así que tanto el centurión como el parto habrían agradecido no haberte visto nunca.

—Eres un pagano sin gracia, mi querido primo, para gobernar hay que tener un mínimo de talento. Un César es como el timonel de un barco, debe anticipar cómo actuará el mar con solo ver su color. Hay que comprender a los gobernados.

—Un auténtico César —dijo Flavio— no necesita comprender a sus súbditos, sino hacer que le obedezcan.

—Ni el mejor barco se mantiene a flote con el mar en contra. Lo que hace un buen timonel es poner el mar a su favor. Comprendí que no se puede domesticar a alguien dotado de fe. La fe es un hierro más duro que cualquier espada. Convierte a los hombres en rocas, sordas, ciegas, sólidas. Como dice mi padre, esa piedra es lo que necesitamos en el interior de cada romano.

—¿Para volverles ciegos y sordos? —dijo Julio.

—Sordos, ciegos y sólidos, querido suegro, y sólidos. Pero la fe, como cualquier otra convicción, es maleable. ¿Cómo ablandar algo tan sólido?

—No puedes —dijo Grato.

—Puedo, y te diré cómo —dijo Constancio—. Escucha: lo único que le importa a cada cual es uno mismo. Creerá que alguien murió

en una cruz por su salvación si obtiene algún beneficio de ello. Es fácil hacerle creer en un dios benevolente que vele por él y le ofrezca un paraíso, pero dejará de creer cuando dude de su benevolencia. Está dispuesto a creer cuando el propio César aparece a su lado y detiene el hacha, y jurará que es Dios quien le ha llevado allí. Pero dejará de creer cuando ese mismo César, a quien Dios ha llevado allí, le provoque un sufrimiento adicional. Cree que su dios le ha dado la vida, así que renegará de su dios cuando reniegue de su vida. De modo que esto hice: ordené que le cortaran las dos manos y le cauterizaran las heridas antes de ponerlo en libertad. Imaginaos a ese hombre vagando, desvalido, sin orgullo ni valía, mendigando el pan de cada día en una esquina. Aquello que Dios le ha dado se ha convertido en una carga insoportable. Ese hombre deseará incluso quitarse la vida, pero ni siquiera podrá hacerlo sin ayuda. Ese hombre maldecirá cada hora. Dará la espalda a su dios porque creerá que su dios le ha dado la espalda a él, y luego negará incluso su existencia.

—Pero yo perdí una mano, Constancio, y eso reafirmó mi fe. Y la reafirmó porque arrebatármela era precisamente lo que pretendían aquellos que me la cortaron. Eso serviría si todos los hombres fueran idénticos, Constancio, pero cada hombre es distinto. Perder dos manos puede que me hubiera vaciado de voluntad, y puede también que la hubiera redoblado.

—Y lo único cierto —dijo Dalmacio— es que cuando ese parto deje de creer en su dios, buscará a otro culpable de su desgracia. Y no hay más culpable que tú, Constancio. Al cerrarle el camino de la esperanza, le has abierto el del odio. Si a ese hombre le crecieran dos manos nuevas mataría romanos con más ahínco, y cada vez que mate a un romano en realidad querrá matarte a ti, así que nunca se detendrá en esa matanza, porque jamás se saciará su sed de venganza.

—Pero lo bueno es que las manos no vuelven a crecer, querido primo.

—No podrás cortar las manos a todos los partos —dijo Flavio—. Nuestros antepasados conquistaron el mundo empleando con utilidad a los prisioneros, no mutilándolos.

—Al igual que Calígula —dijo Dalmacio—, mi querido primo Constancio agradecería que todos tuviéramos un único cuello.

—Cierto es que hay muchos cuellos, querido primo, pero basta cortar los que sobresalen para que todos queden a la misma altura.

—El problema es que a cada cabeza le corresponde un cuello —dijo Grato— y por suerte no hay dos cabezas iguales.

—Lo que hace un buen timonel, querido Grato, es unir esas cabezas para que se muevan en la misma dirección.

—Si eso es lo que debe hacer un gobernante —dijo Grato—, no puede haber ningún gobernante bueno. Ni siquiera un gobernante cristiano.

—El mayor gobernante es Dios —dijo Constancio—. Y ¿acaso no usará Dios una sola balanza para juzgarnos a todos?

—La misma para los Césares y para los hombres —dijo Grato— y lo único que puede desequilibrar esa balanza es la espada.

Constancio sonrió por primera vez, volviéndose a Galina.

—¿He dicho balanza, querida?

—¿No es esto una señal? —preguntó Julio.

—¡Caramba! —dijo Galina—. ¡Es como oír la respiración de los dioses!

—De Dios, querida. Recuerda: Dios, no dioses.

24

—Le queda poco tiempo —le dijo Eusebio en cuanto llegó—; se muere.

El emperador se había recluido en una pequeña villa en las afueras de Nicomedia. Balbino había aparecido en la puerta de la mansión de Julio llevando de la rienda dos caballos robustos. Habían cruzado el estrecho en barca y el resto del camino lo habían recorrido al galope. Eusebio de Nicomedia salió a darle la bienvenida en cuanto le informaron de su llegada. Tenía ojeras, parecía agotado. «El emperador no recibe a nadie —le dijo— pero a ti ha aceptado verte. Constancio estuvo aquí. Cuando le comentó que querías visitarle dijo que tenía algo para ti. Creo que ahora está despierto. Ven, sígueme». Le dio la espalda y echó a andar y de repente se giró, frotándose las manos. «Va a dejarnos, Grato. Ya no quiere que le examinen más médicos. Se va. Pidió el bautismo. Yo mismo le he bautizado. Desde entonces se niega a tocar la púrpura y a firmar leyes.»

Grato comprendía la inquietud de Eusebio. Constantino había permanecido en el trono durante treinta años, trece de ellos al mando de todo el imperio, Oriente y Occidente. Los dos habían vivido lo suficiente como para recordar el gobierno de otros emperadores, todos peores. Incompetentes, sanguinarios o ambas cosas a la vez. Constantino era un golpe de fortuna a punto de extinguirse y la nave quedaría otra vez sin timonel, o lo que era peor, con muchos aspirantes a empuñarlo.

Siguió a Eusebio hasta una pequeña sala, cuadrada, encalada, sin muebles. Espera aquí, le dijo. Eusebio entró en la habitación. Grato se esforzó por ver su interior, pero solo pudo distinguir una mancha blanca en la penumbra antes de que la puerta se cerrara.

Se sentó en el suelo. Le molestaba la mano que no estaba, sentía una ligera sensación de ardor en aquel punto donde debería haber estado, era algo que le sucedía a veces, con el cambio de tiempo. También le dolían las articulaciones por la cabalgada. Le había resultado difícil adecuar el movimiento de su cuerpo a la marcha del caballo, había pasado demasiado tiempo desde que su padre le

enseñara cómo mantener el equilibrio en una grupa. Sentía que esa inadecuación también afectaba a lo que le rodeaba, a esa sala vacía, a aquello que estaba al otro lado. Lo que sucedía tras aquella puerta repercutiría en todo el orbe. Un hombre podía perder la mano y despertar vacío y desnudo y sin sujeción, como una rama talada flotando en la corriente; un león podía desmembrar a la madre de ese hombre y hundir las fauces en sus entrañas y devorar también a otros cien inocentes mientras el padre de ese hombre colgaba de un árbol, y todo ese peso abandonaría el mundo, se disiparía en su último aliento. Aunque después llegara la gloria, ese dolor que es algo más que dolor se evaporaría como el aliento en una mañana de frío. Ese dolor que era suyo sería nada, parte del aire que todos respiraban, del mismo modo que él respiraba el dolor expirado por los demás sin distinguirlo, sin sentirlo. Pero lo que sucediera tras esa puerta olería. Se repetiría una y otra vez en la conciencia de los hombres a lo largo del espacio y del tiempo. En realidad, no aquello que realmente sucediera, igual que la extensión del eco no recoge más que una parte de la voz. La misma dinámica que facilitaba su propagación deformaría lo que allí sucediera. Porque cada una de esas bocas que colaboran en su transmisión también saben que se desvanecerán como el aliento en una mañana de frío y lo único que quedará de ellas será esa pequeña deformación que han aportado, puede que sin tener siquiera conciencia de ello. Y sostenido en todas esas bocas permanecería algo que no era más que el reflejo de un reflejo de un reflejo, algo que ya al llegar ni siquiera era del todo cierto y que sería un poco más incierto al marcharse. Un relato sin aristas, tan redondeado y plano como una laja suavizada por el roce de las olas.

Grato tenía la oportunidad única de estar allí, de asistir a aquello que todavía estaba sucediendo. Aquello permanecería, él no. Y, sin embargo, no sentía su gravedad. Dentro de esa habitación agonizaba un hombre. Eso era mucho, pero eso era todo. Podía imaginar los sentimientos de un hombre que sabe que cada hora es la última y cada acto es el último de los actos y cada uno de sus recuerdos emerge con una intensidad desgarradora porque muere con él. Un hombre que trata de organizar todos esos añicos brillantes y duros, cuanto ha tocado y saboreado y sentido, para formar con ellos un único mosaico en el que espera que aparezca dibujada una respuesta. Pero intuía que cuanto pudiera imaginar ni siquiera reflejaba una mínima parte de esa intensidad. La agonía de cualquiera de los que en ese mismo instante se enfrentaban a la muerte sobre la faz de la tierra era tan intensa como la agonía de

Constantino. Percibía su peso, pero ese peso no era todavía un relato, el valor de una moneda que pasa de mano en mano. Aquello que sucedía ante sus ojos viviría más que sus ojos, pero de algún modo eran los ojos los que aportaban el peso, no lo que se movía ante ellos.

Eusebio asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

—Puedes pasar.

En la penumbra distinguió una cama de sábanas blancas. El cuerpo que la llenaba también vestía de blanco. La sábana, doblada, cubría sus pies. Percibió un ligero olor a aceite quemado y a sudor fresco empapando el lino. Constantino tenía los labios resecos y los ojos vidriosos y los pómulos resaltaban bajo la barba crecida. Había una silla junto a la cama, pero Grato permaneció de pie. Constantino alargó una mano para coger su muñón, estaban calientes y húmedas y blandas. Llevó el muñón a sus labios.

—Siéntate, un mártir no debe estar de pie cuando un recién bautizado está tumbado.

—Nunca he sido exactamente un mártir —dijo, y a él mismo le sorprendió su sinceridad. De algún modo, en ese momento, en ese lugar, cualquier mentira tenía algo de absurdo. Ese momento requería estar desnudo.

—¿Y tu mano?

—Me la cortó un soldado cuando estaba a punto de abjurar de Dios. Creo que habría abjurado, mi señor.

—Ya no soy señor de nadie. Bueno, de todas formas esa mano está con Dios.

—Creo que Dios nos quiere enteros, estemos donde estemos. Lo único que dejamos y perdemos son nuestros actos, no nuestros miembros.

—¿Perdemos nuestros actos?

—Para siempre. Lo hecho, hecho está, y no podemos cambiarlo.

—Pero podemos ser perdonados.

—El perdón beneficia a quien lo recibe, no a las víctimas de nuestras acciones.

—Tengo algo para ti.

Constantino alargó una mano hacia la mesa que había junto a la cabecera de la cama. En la mesa había un montón de legajos y útiles para escribir. Trataba de separar un trozo de papiro de entre los documentos, varios cayeron al suelo. Eusebio se apresuró a alcanzárselo. Constantino tomó el papel con dos dedos.

—Aquí tienes tu exención de impuestos —dijo— para diez años.

Grato examinó el documento. Al pie, sobre una mancha de cera,

estaba impresa la marca del anillo imperial que Constantino llevaba en su propio dedo.

—Llévatelo. Ya puedes irte en paz.

—No puedo irme, he venido por algo más. El bautismo lava el pecado, pero hay algo que dejas aquí y que seguirá dañando cuando te vayas. Ese daño es tan grande que podría destruir toda tu obra, tan grande que podría destruir todas nuestras obras.

—No hay nada tan grande que pueda destruir todo lo que he hecho.

—Lo hay.

—Déjanos solos, Eusebio.

Eusebio inclinó levemente la cabeza. Retrocedió un par de pasos, con renuencia.

—Es un hombre enfermo, Grato. Todavía es tu emperador. Es el salvador de la cristiandad. ¿Qué tienes que reprocharle?

—¡He dicho que salgas!

Cuando la puerta se hubo cerrado, Constantino respiró profundamente. El aire hinchó las ventanillas de su nariz y produjo un débil silbido.

—No me has servido, Grato.

—¿Por qué yo? ¿Por qué me escogiste a mí?

—Ya te dije por qué. Porque eras benditamente tonto. Te he dado lo que pedías multiplicado por diez. Dame tú a mí lo que te pedí.

—No puedo. No puedo porque lo que has tocado es sagrado. Es la única parte de Jesús que queda en la Tierra, mi querido emperador.

—Y qué hay en la Tierra que no puede corromperse, Grato. Es la Tierra la que corrompe. Son sus leyes. Yo os salvé de los verdugos y también era mi deber atajar la corrupción. Yo he hecho tanto por Cristo como el más grande de sus apóstoles.

—Tú ordenaste que mataran a Arrio.

—No, Grato, yo no ordené que mataran a Arrio. Yo escogí a la persona indicada de la misma manera que te escogí a ti. La usé del modo en que podía ser usada y actuó como debía actuar. Sucedió como yo decidí que sucediera. Yo no ordené que mataran a Arrio. Yo lo maté. Mi mano activó los resortes y los resortes funcionaron de la única manera en que podían funcionar. Pero el cadáver de Arrio apestaba. Tuve que enterrarlo bien hondo, y para eso recurrí a tres hombres, a su reputación, cada uno intachable a su manera. Un pagano honrado, el más ferviente de los arrianistas y tú, un mártir. No eres más que una pieza que se ha roto en ese engranaje. Y quien

te ha roto soy yo porque te pedí algo que ahora veo que no podías darme.

—Ni siquiera Dios quiere usarnos de ese modo. Es el mal de ese acto lo que me ha roto, no tú.

—Yo gobierno porque Dios ha querido que gobierne, y he gobernado del único modo en que se puede gobernar. El bien, el mal. Eso servirá cuando nos reunamos con Dios, hasta entonces no puede haber juicio porque no puede haber justicia. Uno cree saber cuáles son las cosas importantes, qué es lo correcto, cree saber y de repente es otra cosa lo que importa, el modo en que un caballo come de tu mano, una sonrisa, de repente es una mirada y no las miles de miradas, una cabeza y no todas esas cabezas, de repente es una cara y una risa y no la cara y la risa que debería ser, la que suponías que sería. ¿Quién puede entenderlo, Grato?

—¿Quién puede entender, qué?

—Lo que importa. Si una sola persona, solamente una, pudiera entender a tiempo lo que importa…

—Yo puedo entenderlo. Tengo una nieta y ella es la razón por la que estoy aquí.

—Y quizá un día, en el último momento, descubras que no era por ella. ¿Crees que importaba aquella noche, cuando ordené a mis soldados que pusieran el símbolo de Cristo sobre los escudos? ¿O cuando mi padre se moría y me agarró las manos y dijo no hagas daño a mis hijos? Mis hijos, dijo, también yo era su hijo pero dijo mis hijos. Ni siquiera me conocía lo suficiente. No, no es eso lo que importa. Tampoco tú lo entenderías.

—¿Por qué ordenaste la muerte de Arrio?

—Quizá sí que lo entenderías, porque no puedes entender lo más simple. Yo soy el cirujano y la vida depende de mí, soy yo quien decide cuándo cortar un miembro para salvar el cuerpo.

—Arrio no era más que un pobre viejo, no una gangrena.

—¡La división de los cristianos era la gangrena! Mi deber es proteger al imperio. Yo no juzgo. El imperio no puede resistir sin los cristianos, y los cristianos no pueden resistir sin el imperio. He abierto una nueva era con una nueva capital y un nuevo corazón. No más la vieja Roma, ni la vieja dignidad, ni la vieja virtud, ni la vieja opresión, Roma lleva mucho tiempo muerta, pero yo he hecho que ese viejo corazón vuelva a latir con una nueva vida.

—¿Por qué Arrio? ¿Por qué no matar también Atanasio? ¿Por qué no a los dos?

—Arrio quería la fama, se agarraba estúpidamente al fruto de su intelecto, a la importancia de las palabras sin tener en cuenta lo que

esas palabras causaban. Atanasio es un hombre en llamas, y arden en su interior con tal fuerza que no puede rendirse ni ceder, es lo suficientemente terco como para poder ser aislado. Atanasio y Arrio son la enfermedad, pero la única contagiosa era Arrio. Yo les ofrecí la paz, la reconciliación, una letra, una sola letra de diferencia, Dios y Cristo semejantes, y ninguno de los dos la aceptó. Pero Arrio era lo suficientemente astuto como para fingir que se doblegaba.

—¿Lo mataste porque no cedió a tus exigencias?

—¡Lo maté porque me mintió! Lo maté porque firmó un documento que nunca tuvo intención de respetar.

—Pero el arrianismo continuará sin Arrio.

—¡Y qué importa! No me importa quién se imponga, me importa que la disputa acabe. Les he dado una fórmula, Dios y Cristo semejantes, tan neutra que todos pueden confluir en ella, y si no confluyen, desaparecerán. Yo he cumplido con mi deber. He hecho mucho más de lo que podrías imaginar. He hecho algo que ni siquiera alcanzarías a concebir. Lo tengo encerrado, pero a esta hora lo único que deseas es abrir todas las puertas. A esta hora te das cuenta de qué enormemente vacía ha estado la casa durante todo el día. Escucha, escúchame bien. Constancio es el más capaz de mis hijos, y el único consejo que he podido darle es que no se mueva ni hable en público para que nadie sepa lo estúpido que es. No es la púrpura lo que deben heredar, ninguno. ¡Nadie! No. Son mis designios. También ellos actuarán del único modo en que pueden

actuar. Sé que las dos ramas de mi familia pelearán por los despojos, sé que mis hijos son demasiado ambiciosos como para compartir el imperio y sé que mis hermanos intentarán devolver a Roma la antigua y muerta virtud. Ya no pueden hacerse a un lado como no pude yo, ya no puedo protegerles, he hecho por ellos lo único que podía, darlos una porción de poder. Un gobernante es un perro, unos devoran ovejas y otros permanecen despiertos en la oscuridad mientras el rebaño duerme y lame su miedo como quien lame una herida. Yo he sido el perro de Dios. El Augusto Cayo Flavio Valerio Constantino. Es mi nombre quien sostiene la frontera, en mi nombre son ajusticiados los criminales y ahorcados en los cruces de caminos, gracias a mí estás hoy aquí. ¿Crees que no sé lo que se hace en mi nombre, lo que es mi nombre? Miles de hombres son perseguidos porque no pueden pagar sus impuestos, familias enteras huyen al otro lado de la frontera o a la espesura del bosque y se convierten en alimañas, incendian, violan, saquean, comen carne humana cuando no hay otra carne, y lo único que puedo

hacer es cobrar más impuestos para reclutar más soldados, esos mismos impuestos que tú no quieres pagar y que tendrán que ser arrancados a otros. Sé lo que pasa dentro y fuera de mi palacio y lo que significa la púrpura y mi nombre, pero Dios me ha elegido para llevarlo. Y he cumplido con mi deber.

Tomó aire. Dame agua, dijo. Grato fue hasta la mesa, vertió un poco de agua en un cuenco de barro y lo acercó hacia sus labios. Constantino cogió el cuenco con sus propias manos y lo vació de un trago. Luego lamió los labios, tenía calenturas. Acércate, le dijo. Grato se inclinó hacia su oído.

—También he hecho algo por todos vosotros. He preparado la Iglesia para que traiga el reino de Dios a la Tierra. Será ella quien me herede. Si la Iglesia no puede convertir la púrpura en luz, si no puede hacerlo significa que no puede haber esperanza en la Tierra. Es la única oportunidad. Y yo os la he dado.

—La Iglesia no tiene armas para defender las fronteras.

Volvió a respirar profundamente, con esfuerzo. Le apartó de su lado.

—Las Termópilas —dijo, y entrecerró los ojos—. Cada griego valía por treinta persas porque creía descender de Aquiles. Llevaban un Aquiles en su interior. Cada cristiano lleva en su interior a Jesucristo. La fe, Grato. La fe es el arma más poderosa. Vete ya.

Grato se levantó. Sintió un enorme deseo de tocarle, como si de algún modo necesitara constatar su corporeidad. Rozó el dorso de su mano antes de encaminarse hacia la puerta. La mano de Constantino tembló ligeramente.

—Vete, Grato —dijo, y había algo en aquellas palabras que le recordó a su padre. No salgáis.

—¿Quién fue? ¿A quién usaste? ¿Quién vertió el veneno?

—Todos esos caballos. Corté los tendones de sus patas. Uno por uno. Cada noche. En cada una de las postas. Durante la huida. Era necesario. Relinchaban mientras la sangre iba empapando la paja, pero no eran relinchos. No era un único relincho. Cada caballo tiene su propia voz, y por primera vez yo podía distinguir cada una de sus voces. No hay palabras para ese sonido. Esas son las voces que oigo. Ningún hombre. He matado a tantos, pero ninguno de ellos está. Ni un suspiro. Los gritos que oigo son gritos de caballos.

—¿Y Honorio? ¿También ordenaste envenenar a Honorio? Iba a descubrirlo todo, ¿verdad? Quizá ya lo había descubierto.

—Por qué vuelve una y otra vez ese caballo —dijo—, una y otra vez ese caballo blanco…

25

Dos días después, Cayo Flavio Valerio Constantino, emperador de Oriente y Occidente, murió. Su cuerpo fue inmediatamente embalsamado y depositado en un sarcófago de oro. Un destacamento de su guardia personal trasladó el sarcófago a palacio, en cuya sala principal fue expuesto a la espera de recibir sepultura en la iglesia de los Santos Apóstoles, donde el propio Constantino había dispuesto su enterramiento. La iglesia había sido construida hacía pocos años, siguiendo las especificaciones del propio emperador. Alrededor del altar había ordenado que se colocaran doce estelas, una por cada apóstol, y junto a ellas la que habría de ser su propia tumba, la del apóstol número trece.

Cuando los que le acompañaban rogaban entre llantos que le fuera concedido un plazo más de vida, Constantino les respondió que se había ganado una vida mejor y que le había costado demasiado ganársela como para permitir aplazamientos. Dijo también que la verdadera riqueza está en el espíritu, y que podía considerarse afortunado porque recibiría más riquezas de las que dejaba atrás. Eso le comentó Julio. Una de sus últimas voluntades fue que se hiciera un reparto de alimentos entre los más necesitados.

Pero Grato sabía que esas palabras eran ya monedas. Que Constantino las había pronunciado consciente de que pasarían de mano en mano. O quizá ni siquiera las había pronunciado, se trataba solo de aquello que los espectadores hubieran deseado escuchar.

En cuanto a la sucesión, confirmó a sus tres hijos en sus respectivos cargos. Claudio Constantino seguiría gobernando en Occidente, Constancio en Oriente, y a Constante, el más joven, le había correspondido Italia y África en el reparto.

—Y eso significa —le dijo Julio— que hay tres Césares y ningún emperador.

Era medianoche y Julio se había quitado la toga, que ahora llevaba la mayor parte del tiempo. El último comensal acababa de marcharse sostenido por sus esclavos, completamente borracho.

Julio tenía la cara roja por el vino y olía a grasa de cordero. La mansión de Julio se había llenado en los últimos días de senadores, funcionarios de la corte y comandantes militares, todos paganos. Incluso creyó oír que el esclavo encargado de anunciar las visitas pronunciaba el nombre de Ablabio, el prefecto del pretorio. El trasiego de mandatarios duraba la mayor parte del día. Julio los recibía a puerta cerrada. No permitía la presencia de esclavos en esos conciliábulos, salvo para servir los banquetes de la noche, a los que asistía un grupo escogido de los más altos dignatarios. A Grato no le impresionaban ni la dignidad de sus portes ni la resonancia antigua de sus nombres. Lo que le impresionaba a Grato eran sus sandalias. Con el dinero que costaban las sandalias que calzaban los recientes aliados de Julio hubiera podido alimentarse toda la población de Trajanópolis durante un mes.

Varias veces había estado a punto de romper en pedazos la exención que le había entregado Constantino, pensando en todos aquellos desgraciados, tan pobres como él mismo, a los que arrancarían aquella porción de impuestos que no recaudaran en su aldea. Pero no lo hizo, porque aquello que les quitaran los recaudadores se lo quitaban a Plácida. Un buen abuelo, un mal cristiano. «Perdóname, señor.»

Cuando los mandatarios empezaron a acudir a la mansión, Grato se había recluido en el jardín, a la espera de un permiso que le permitiera usar las postas del correo imperial para volver a Trajanópolis. Julio le había prometido que obtendría ese permiso en cuanto fuera posible, pero en aquel momento no había ni un caballo disponible. Los correos galopaban día y noche, recorriendo la extensión del imperio para informar a las autoridades provinciales sobre el estado de salud del emperador. «A menudo llevan dos mensajes —le dijo Julio—, uno para ser leído en el foro que informa de la mejoría del emperador, y otro privado y sellado que se entrega en mano a la autoridad militar, comunicando la muerte del emperador y el traspaso de poderes al respectivo César». Cuando fuera extendiéndose la noticia de su muerte, los Césares ya habrían dispuesto del tiempo necesario para asegurar la lealtad de las legiones. El prestigio del emperador era suficiente para garantizar un traspaso de poder pacífico en la persona de sus hijos, pero era conveniente apuntalar la fidelidad de la soldadesca, haciéndoles llegar con rapidez las correspondientes dádivas.

—De modo que ahora hay cuatro Césares: los tres hijos de Constantino y Dalmacio. Y también deberíamos tener en cuenta a Anibaliano, que ahora es rey de Armenia. Cinco gobernantes en

igualdad y ningún emperador. ¿En qué posición nos deja eso, Grato?

—¿A quiénes?

—Siempre creí que Constantino seguía siendo uno de los nuestros y que en la última hora dejaría de fingir. Pero ganasteis su alma.

—No la ganamos nosotros, la ganó él mismo. La ganó Dios.

—Esté donde esté, ya no está aquí. ¿Y en qué posición deja eso a los auténticos romanos?

—Esas sandalias ni siquiera son cómodas, le dijo Grato. También Julio llevaba unas sandalias que podrían haber alimentado a toda una población, con remaches de oro y borlas de las que colgaban piedras preciosas.

—No, no son cómodas. La toga tampoco lo es, pero es el símbolo de la autoridad.

—Los viejos romanos, como tú los llamas, no entendéis más autoridad que la espada.

—Y cuando las espadas se venden estas sandalias son el mejor modo de demostrar que puedes comprarlas. Vienen nuevos tiempos, Grato, y haremos lo posible para que no gobierne el oro ni la espada, sino las togas, la virtud.

—Entonces no serán nuevos tiempos, serán los viejos tiempos de siempre.

—Eso es. ¡Recuperaremos la vieja gloria! Tenemos la oportunidad de revivir la época del gran Augusto, del gran Marco Aurelio. Cada cual podrá creer en el dios que prefiera, pero en los altares públicos se honrará a los dioses tutelares de Roma, a los que la han hecho grande, y a ningún otro.

—No sé qué vendrá ahora, Julio, pero no se puede volver atrás. Esa Roma ha desaparecido porque nadie la quería. Quienes pagan los altares y las togas y esas sandalias no están dispuestos a seguir pagándolas y a recibir a cambio latigazos. Jesús ha hecho algo más que prometernos la vida eterna.

—Gobernarán los que han sido preparados para gobernar, pero gobernarán con justicia, como lo hicieron en la antigüedad. Cada hombre debe ocupar su lugar en el campo de batalla. Ningún ejército puede vencer sin la guía de sus oficiales.

—Jesús ha venido precisamente para acabar con la guerra.

—Pero tu Cristo no está aquí, y alguien tiene que ocupar el mando.

—¿Y quién va a levantar los viejos altares, si nadie cree en ellos?

—Si tu Cristo no baja a la tierra no hay más poder que el de los

hombres, y los hombres están al servicio de sus gobernantes.

—Bajará, Julio, y son muchos los que lo creen, esa es su fuerza.

—Un soldado no tiene que creer en su general, basta con que le obedezca.

—¿Y los hijos de Constantino? ¿No tendrán sus propios planes? Ellos son cristianos y tendrán el apoyo de todos los cristianos. ¿Quién estará dispuesto a luchar por vosotros?

—Nadie. Y te diré más: tampoco lucharán los cristianos. ¿Quién está dispuesto a sangrar por promesas? La sangre es demasiado real para eso. Solo estarán dispuestos a luchar por dinero. Por eso las sandalias son tan importantes. Se cumplirán los planes de quien más oro tenga a sus pies. Mi viejo Grato, tendremos una única oportunidad, pero es nuestro deber aprovecharla, a cualquier precio. Vendrán mejores tiempos, no tengas miedo. Actuarán del único modo en que pueden actuar, le había dicho Constantino. He hecho algo que ni siquiera alcanzarías a concebir. En ese momento creyó comprender parte de su verdadera grandeza. Y otra vez sintió un extraño deseo de sentir su corporeidad, de tocar aquello que estaba diluyéndose de boca en boca, desvaneciéndose en su propio eco. Necesitaba verlo.

* * *

La ciudad estaba despierta. El llanto de las plañideras a sueldo llegaba desde los callejones, y las iglesias permanecían iluminadas para acoger a cuantos quisieran orar por el alma del emperador. Los prostíbulos y las tabernas estaban cerrados en señal de duelo, pero la plebe llenaba las calles principales y el foro. Allí se congregaba el populacho sin oficio ni propiedades para el que Constantino había decretado el reparto de alimentos. Aunque la nueva capital se había levantado hacía menos de una década, muchos granjeros, arruinados por la presión fiscal y la avaricia de los latifundistas, habían migrado hacia ella con la esperanza de encontrar un nuevo modo de vida. La concentración de la tierra facilitaba el cobro de las tasas, que los pequeños propietarios pagaban con dificultad y a menudo en especies, así que los emperadores, en lugar de detener la migración, la habían acelerado con una política que favorecía a los terratenientes. Cada granjero arruinado reducía el número de los contribuyentes. Para mantener la recaudación era necesario aumentar los impuestos, lo que conllevaba la ruina de más

granjeros. De ese modo se habían ido despoblando poco a poco los campos. Pero en la ciudad no tenían forma de ganarse la vida. El trabajo lo llevaban a cabo esclavos, y los pequeños comercios eran regentados por libertos, esclavos liberados que repartían las ganancias con sus antiguos amos.

De modo que ya habían extraído de aquel populacho lo único que tenía interés, su pequeña propiedad, su tuétano, y aquel desposeimiento había resultado tan absoluto que les habían arrebatado con él la voluntad y la conciencia. Era algo que estaba más allá del hambre, del pan, de lo tangible. Tenía que ver con la utilidad, con el espíritu. Era una carencia tan fundamental que les había transformado en algo de alguna manera lisiado. Sin músculo. Recorrían día y noche la ciudad, robando cuando tenían la oportunidad de robar y mendigando cuando la oportunidad no se presentaba. Vendían sus servicios en todas las formas que pudiera imaginar el comprador, dormían en los soportales del foro o hacinados bajo el techo más barato que pudieran encontrar y se alimentaban de la munificencia del emperador, sin más horizonte que el siguiente reparto de comida y sin más pasión que los juegos del circo y las carreras de caballos. Eran tantos que habrían podido tomar la ciudad en un día, adueñándose de las mansiones y los palacios, pero solo hubieran matado o muerto por los colores de su equipo. Constantino habría podido suspender los repartos de comida, pero ni siquiera él se había atrevido a prohibir los juegos del circo, ni siquiera los más atroces, aquellos en que se enfrentaba a dos convictos armados con un puñal demasiado pequeño como para causar una herida mortal. Esos juegos se celebraban a mediodía, cuando los senadores y caballeros salían para comer, a modo de descanso antes de los espectáculos de la tarde. No se trataba de gladiadores profesionales que pudieran salvar su vida a través del valor o perderla por un golpe certero. Eran ladrones, bandoleros, hombres sin posesión que habían quebrantado aquella misma ley que les desposeía, idénticos a los que jaleaban desde las gradas, porque solo el populacho permanecía en sus asientos de la mañana a la noche para evitar que les quitaran el puesto. Saltaban a la arena desnudos y se asestaban uno a otro puñaladas hasta que uno de los dos dejaba de respirar. El otro tampoco podía sobrevivir a las heridas recibidas.

Ese era el populacho que ocupaba las calles y el foro y bebía a la salud del emperador y de sus hijos bajo la atenta vigilancia de las patrullas urbanas, derramando unas gotas por su alma si eran paganos y alzando los brazos al cielo si se trataba de cristianos. La

mayoría se congregaban alrededor de su estatua, que en realidad era la de Apolo, y algunos lloraban como si se tratara del ser más querido; ellos, que no le conocían, que tenían la obligación de arrodillarse en su presencia, que ni siquiera podían mirarle a los ojos, ellos, para los que Constantino era solo una voluntad, el cuerpo que llenaba la misma púrpura que los desposeía.

Pero si cada uno de ellos sostuviera una lucerna, pensó Grato, si cada uno de ellos tuviera otra vez una pequeña posesión en su interior, toda la ciudad irradiaría, y el orbe entero irradiaría. Constantino les había dado mucho más que un pedazo de pan y un trozo de carne. Había hecho por ellos algo que ni siquiera podían comprender en aquel momento. La esperanza de un reino de Cristo en la Tierra.

Otra vez fue la mano que no estaba la que le permitió acceder a palacio y atravesar sus pasillos hasta llegar al lugar donde habían ubicado el sarcófago, en el centro de una inmensa sala de mármol, sobre un catafalco, rodeado de candelabros de oro macizo. Habían colocado sobre el sarcófago las insignias imperiales, sin heredero, y allí permanecerían hasta que Constancio llegara para presidir las pompas fúnebres. Julio le había dicho que un gran gentío había desfilado por aquella sala para rendir un último homenaje al emperador, pero en ese momento eran pocos los que permanecían junto el sarcófago. Alrededor del catafalco había hileras de bancos ocupados por funcionarios y tribunos que velaban su cadáver en silencio, con una expresión adusta. Esa especie de envarada seriedad no podía definirse como tristeza, aunque lo pareciera. Grato encontró la palabra adecuada. Preocupación.

Varios miembros de su guardia personal custodiaban los restos, y uno de ellos empujó a Grato sin miramientos cuando trató de aproximarse al sarcófago. Retrocedió un par de pasos, más allá del círculo de candelabros, levantó los brazos al cielo y rogó sinceramente por él. Rogó para que cuando Él volviera su cuerpo se alzara radiante desde la podredumbre.

—Somos huérfanos.

Pánfilo estaba a su lado. Al principio le costó reconocerlo. Estaba desencajado y tenía la barba apelmazada y sucia y la trama de sus arrugas se había ahondado.

—El miedo es sucio, Grato. Te retuerce y te humilla. Es la emanación del demonio, el medio del que se vale para apoderarse de ti. Constantino era nuestro valor. Y nuestro valor se ha ido.

—Nos hemos ocultado demasiado tiempo bajo su sombra. Ahora podremos sacar el coraje de nuestro interior.

—Ahora volveremos a correr espantados como una piara de cerdos.

—Nos ha ofrecido algo, y la fe nos dará fuerza para hacerlo nuestro. ¿Sabes qué me dijo, él? Me dijo que cada uno de nosotros tiene a Jesús en su interior.

—¿Le viste? ¿Pudiste verle antes de que falleciera? ¿Tú?

—Pedí verle y él me recibió.

—¿Te recibió? ¿A ti?

—Tenía algo importante que decirle. Y también tengo algo que decirte a ti.

—Yo pedí ser admitido en su presencia y me denegó ese honor. ¿Qué podías decirle tú que tuviera interés?

Grato le tomó por el brazo, apartándolo de los bancos y de los soldados.

—Tengo que contarte algo. En privado. A solas.

Pánfilo le llevó a través del palacio hasta la habitación de Arrio. Estaba desnuda. Habían retirado las sábanas de la cama, se habían llevado el baúl y también sus papeles, la mesa estaba despejada. La limpieza había sido tan concienzuda que ni siquiera quedaban huellas de polvo que pudieran señalar aquellos lugares que habían ocupado sus pertenencias. Cuatro paredes y una silla que tenía algo de inacabado. Grato sintió un estremecimiento, pero no por Arrio, sino por sí mismo. No supo por qué, pero en ese momento recordó a Plácida, corriendo tras los perros y riendo, y ese recuerdo le calmó.

—Constantino me dijo algo antes de morir. Me dijo que fue él quien ordenó envenenar a Arrio. Supongo que también hizo envenenar a Honorio. Quizá a través de ese esclavo cojo. En la cena. Vertió el veneno directamente en su cuenco de comida, supongo.

—¿El propio Constantino te dijo eso? ¿Te dijo también quién había vertido el veneno?

—Me dijo que eso no importaba. Buscó a quien pudiera hacerlo. Quien lo hizo actuó de la única manera en que podía actuar, esas fueron sus palabras. No pudo negarse. Pensaba que después de Dios él era la única autoridad posible.

—¿A eso queda reducido? ¿Buscó alguien que pudiera hacerlo y ese alguien actuó? ¿Como lo haría el último de los esclavos? ¡Idiota! Yo te diré quién es el único que pudo hacerlo. Solamente pudo hacerlo alguien en quien Arrio confiara, y Arrio solo habría confiado en un cristiano. Y para un cristiano Dios es la única autoridad. Quien lo hizo, hizo algo terrible. ¿No alcanzas a verlo?

—La orden venía del propio emperador en persona. ¿Qué podía hacer ese hombre?

—¡Dejar que le arrancaran los ojos! ¡Cortarse las manos! ¡Matarse antes de cumplirla! ¿Sabes qué hizo ese, ese hombre, como tú lo llamas? Ese hombre sacrificó su alma. No estamos hablando de cualquier pagano, de un mercenario, de un patán que no alcanza a comprender el sentido del sacrificio. ¡El sacrificio! Ese cristiano en quien Arrio confiaba le traicionó. Ese hombre sacrificó a otro ser humano, faltó al primero de sus preceptos y faltando a ese precepto faltó a todos.

—En ese caso, ese cristiano debe vivir torturado, y su tortura es suficiente.

—¡No! ¡No lo es! Tu deber es señalar a ese cristiano con el dedo, tu deber es averiguar por qué lo hizo. Eso es lo que Constantino te encomendó. No, no, es más que tu deber, es tu sentido. ¿Acaso no eres tú el guardián de tu hermano?

—Constantino quiso llevarse ese secreto con él, esa fue su voluntad.

—¡Ya no hablamos de Constantino! ¡Hablamos de Dios!

—Yo no trato de adivinar sus designios. Si él desea que sepa, sabré.

—Él quiere que sepas quién envenenó a Arrio, pero quiere que sepas mucho más, quiere que comprendas, tienes que escarbar para llegar a ello, tienes que meter tu mano en la podredumbre. ¡No solo tu mano, no solo ésta que está aquí, también la otra!

—En cierto modo, la otra también está conmigo, y no he llegado muy lejos con ellas.

—No, no está contigo. ¡Búscala! Encuéntrala y empezarás a comprender.

—Sí, es posible que cuando me reúna con ella llegue a saberlo, pero creo que para que eso suceda tendremos que esperar a que Jesús regrese.

—¿Jesús? No mezcles el nombre de Jesús en esto. ¡Buscas a un hombre de carne! Es la carne lo que tienes que encontrar. Es la pestilencia. Yo te diré dónde se pudre tu mano. Yo te llevaré hasta ella.

Parecía un loco. Grato salió del dormitorio. «¡Búscala!», le oyó gritar a su espalda.

26

Desde primera hora de la mañana se habían apostado legionarios a lo largo del recorrido que debía atravesar la comitiva funeraria. Estaban distribuidos a ambos lados de la calle con el fin de contener a la multitud, que guardaba un respetuoso silencio en el que solo parecían admisibles los sollozos. La marcha fúnebre la encabezaba un tumulto de plañideras con las mejillas arañadas y el pelo revuelto y sucio de polvo. Tras ellas venían soldados vestidos de gala que hacían sonar trompetas y cuernos. Les seguían varias cohortes escogidas con corazas relumbrantes. Vestían túnicas de lino muy blancas con bordes dorados y capas rojas y cascos de bronce con cimera. Los cubre mejillas encerraban sus caras de tal modo que sus rasgos resultaban indistinguibles. Un único rostro sobre muchos cuerpos. Avanzaban en una formación perfecta, y en cada paso hacían chocar con un golpe unísono las tachuelas de sus sandalias contra el pavimento. Algunos espectadores portaban tablas pintadas que representaban al emperador recostado sobre la bóveda celeste, envuelto en un halo de tonalidades púrpura, y las alzaban a su paso como si eso les elevara de algún modo sobre las otras cabezas. Eran retratos de colores chillones y rasgos borrosos facturados en serie, apresuradamente. El mercado se había llenado de pinturas de esa clase y se vendían por un par de monedas. Había en ellas algo indefiniblemente ofensivo, y Grato tardó en comprender que no era su hechura barata, sino algo más sustancial. Era el lugar desde el que miraba aquella figura solitaria que pretendía parecerse a Constantino. La altura de ese paisaje de algún modo desolado, tan incompleto como una silla vacía.

Tras las cohortes caminaban los antepasados más ilustres de Constantino, el primero de ellos su padre, Constancio Cloro. Una comitiva de actores portaba sus máscaras de cera anudadas sobre el rostro, y vestían las galas que habían correspondido a la posición que cada uno de ellos había ocupado en vida. Dentro de esas máscaras ciegas los ojos parecían zorros enjaulados. Tras ellos venía Constancio. Dos oficiales lo llevaban sobre sus hombros. Tenía el pelo revuelto y sucio y en señal de luto no llevaba más vestimenta

que una túnica ligera. Su cara parecía más muerta que las máscaras. A su llegada los espectadores estallaron en gritos y agitaron los retratos. Los oficiales avanzaban paso a paso, y cada paso le mecía sobre el asiento de sus hombros. Miraba al frente con una impasibilidad que tenía algo de ridículo. A su paso los gritos se transformaban en lamentos y eran muchos los que se arrodillaban hasta tocar el suelo con la frente, reconociendo a aquel joven un derecho que correspondía exclusivamente al emperador.

Tras él venía el sarcófago. Lo portaba la guardia personal del emperador, rodeados por lanceros, y junto a ellos caminaban Julio y su hermano Dalmacio, ataviados con la toga senatorial y componiendo una pose adusta de romanos antiguos tan exagerada que también ellos parecían actores enmascarados. Cuando ya se distinguían los relieves que adornaban el sarcófago, algo pareció sacudir a la multitud. Comenzaron a arrodillarse en masa, como si actuaran a una señal. Ese movimiento también empujó a Grato. Se arrodilló de un modo casi reflejo, arrastrado por la multitud, en medio de un repentino silencio en el que podía oírse de nuevo el lejano golpeteo de las tachuelas y los gemidos de las plañideras. Comenzó a percibir una especie de bisbiseo informe, un sonido emitido por muchas bocas que fue confluyendo en un solo rumor, al principio ininteligible, pero poco a poco fue haciéndose más articulado, adquiriendo sentido. Grato comprendió de qué se trataba. Un rezo. Los cristianos que había entre la multitud se unían en un mismo rezo. Arrodillados. En ese instante algo se removió en su interior, una sensación de vago ridículo y también de enojo, como si estuviera otra vez sobre un escenario, recitando a Catulo bajo las carcajadas del público. No quería formar parte de ese sonido. No quería seguir de rodillas. No podía. Llevaba a Cristo en su interior como una columna de luz. Se levantó. El sarcófago estaba justo allí delante, tras las lanzas. Y a su alrededor, esos cuerpos doblados, hasta donde alcanzaba la vista. El modo en que resonaban esas ristras de frases como el ritmo de las tachuelas contra el pavimento tenía algo de blasfemo. Humillados ante un cadáver vacío, abrían el oído de Dios y abrían el cielo, y el cielo se infectaba de esa putrefacción. Y en aquella putrefacción él era el único que estaba de pie, por encima del rezo. Ya no se trataba de miles de hombres ni de las pompas fúnebres, en ese instante solo había un lugar y en ese lugar había dos únicos elementos, la masa de espectadores y él. Y cada uno de los dos elementos era antagónico. Cuantos recordaran ese momento recordarían a ese único hombre, de pie en medio de una muchedumbre arrodillada, y

su estatura la haría parecer aún más doblada. Formaría parte del relato y dentro de ese relato sería una punta de luz. Eso pensó, pero las frentes estaban tan pegadas al suelo que nadie le miraba. Nadie. En ese momento sintió la pestilencia, ajo y cebolla y sudor y estiércol, emanaba de esos cuerpos apiñados; siempre había estado ahí, pero de repente se hizo tan intensa que dejó de percibir sus matices. Cada uno de los olores que la constituían se apelmazaron en un único hedor que empapaba como un lodo su nariz y ensuciaba su lengua. Tiró de los que estaban a su lado tratando de incorporarlos, pero volvían a doblarse.

—¡De pie! ¡Todos! ¡A Dios se le habla de pie! ¡Lleváis a Cristo en vuestro interior!

Algunas cabezas se alzaron. También le miraban los lanceros y los legionarios y los porteadores del sarcófago. Por un momento la marcha pareció detenerse. El legionario más cercano buscó un hueco donde poner el pie para ir hacia él, pero antes de que llegara a dar un paso alguien agarró a Grato por el brazo y trató de arrastrarlo hacia el suelo, con tanta fuerza que se le doblaron las rodillas. Los más cercanos tironeaban de su ropa y de sus brazos como si pretendieran arrancárselos y la multitud chillaba ¡abajo, abajo!, pero logró mantenerse erguido hasta que llegó el primer golpe, en mitad de la espalda, luego un puñetazo en la cara. Siguieron golpes y patadas, intentaba cubrirse la cara y sentía en la boca el sabor de la sangre mezclado con ese hedor nauseabundo, y cuando por fin los golpes pararon, vio a Julio sobre él, rodeado de legionarios. Julio le sujetó por la nuca, examinándole el rostro, sentía que la sangre resbalaba por los agujeros de la nariz hasta la boca. Julio sonrió.

—Hay que reconocer que tienes talento para eso del martirio.

* * *

Desde el momento en que el cuerpo de Constantino ocupó su lugar en la iglesia de los Santos Apóstoles todas las conversaciones, desde el foro hasta el senado, giraron en torno a la sucesión. Se decía que los ejércitos de las provincias, al enterarse de la muerte del emperador, habían aclamado unánimemente a sus hijos, jurando no proclamar heredero del emperador a ningún otro más que a ellos y elevándolos de común acuerdo al rango de Augustos. También se decía que, en los últimos instantes de agonía, Constantino había

pedido que lo dejaran a solas con Eusebio de Nicomedia, y que, ya sin testigos, le había entregado el anillo imperial con la orden de que tras su muerte lo hiciera llegar a Constancio, y que nadie más que Constancio debía tenerlo. Pocos daban crédito a ese explícito traspaso de poderes, ni siquiera entre los cristianos. Los dignatarios que habían permanecido con él en sus últimas horas le habían rogado insistentemente que nombrara un heredero y él había sido insistentemente elusivo. La entrega del sello imperial contaba con un único testigo y era un testigo interesado. Al decir de muchos, Eusebio de Nicomedia estaba dispuesto a favorecer a cualquier precio la causa de Constancio, un príncipe cristiano, frente a la oposición pagana, agrupada en torno a Dalmacio y Anibaliano. Y al decir de muchos, la apoyaría incluso con la mentira.

A Grato le costaba creer que Eusebio mintiera, y que mintiera además en algo que contravenía expresamente la voluntad del emperador. Grato creía que la escena de la entrega del sello había sucedido realmente, pero Eusebio debía de haber malinterpretado su significado. Para Grato, el que hubiera hecho salir a todos los testigos de la sala indicaba que Constantino pretendía acometer un acto privado y no de estado. Cedía ese anillo no como un gobernante a su sucesor, sino como un padre a un hijo.

En cualquier caso, Constancio tenía el mando efectivo de los ejércitos orientales y desde su llegada había empuñado las riendas de la burocracia palaciega. Ocupaba el centro de la tela de araña, y Grato pensó que eso sería suficiente para que la casa de Julio se vaciara de nuevo y que cuantos se proclamaban sus aliados le dieran la espalda. Y Julio, al verse abandonado retomaría su rutina, aburrida pero plácida, y volvería a practicar la virtud a golpe de azada.

Se equivocó. Aunque el número de dignatarios que acudían a sus conciliábulos disminuyó, la mayoría persistieron. El propio Julio llegó a abandonar la mansión, en una litera cerrada y escoltado por esclavos, para recabar la colaboración de los patricios acobardados.

De todas formas, la sucesión era una preocupación menor para Grato. Tampoco le preocupaban las magulladuras, aunque un ojo llegó a cerrársele por la hinchazón. Julio le llevó a un médico de gladiadores para que le auscultara. El médico estuvo toqueteándole y apretando los moratones sin compasión, y luego dijo: «Parece que le hubieran abofeteado niños y viejas».

Así que no moriría por los golpes. Había algo que le dolía más. La certeza de que sería muy difícil que prendiera cualquier tipo de luz en el interior de aquella muchedumbre. Las palabras de Pánfilo

daban vueltas en su cabeza. No entendía qué había pretendido decir con aquello de que buscara su mano. Que él mismo le llevaría hasta ella. Qué más daba. Un pobre viejo que ha perdido a un ser querido, más que querido: un ídolo. Lo único que deseaba Grato era lo que siempre había deseado. Volver con Plácida. Lo que en el centro del imperio parecían equilibrios en el borde de un abismo llegaría a Trajanópolis convertido en una noticia atrasada. El resultado de aquella pugna de la que parecía depender el destino del orbe apenas repercutiría allí donde el orbe acababa. El parto de una vaca y la coronación de un gobernante no tenían más valor que sus consecuencias. Allí importaba el sol, la lluvia, aquello que alimentaba. Y la frontera. Es mi nombre quien sostiene la frontera, le había dicho Constantino, pero no era del todo cierto. Lo que sostenía la frontera era algo que había estado antes que él y que estaría después. Era el lugar donde confluían las vías del imperio y las calles de la capital. Era la púrpura. Y quien la ocupara devoraría ovejas o las protegería, pero en cualquier caso mantendría los límites del redil, porque de ese redil provenía su poder. Y esa era la auténtica disyuntiva, aunque ni Constancio ni Julio fueran capaces de verla. Esa era la verdadera preocupación de Grato. Cómo lograr que cada vía tuviera principio y final en sí misma. Cómo infundir la dignidad en cada uno de los hombres. Todos los participantes de aquella pantomima sucesoria tramada por Constantino tenían una razón para estar allí y ocupar el puesto que ocupaban, excepto él. Él había sido arrancado de un lugar donde la mayor preocupación era el granizo y colocado en el centro de una inmensa lucha de poderes terrenales y espirituales. Y podía haber una razón para ello. Como afirmaba Pánfilo, podía haberla, aunque no alcanzara a comprenderla. Si así era, tenía una enorme responsabilidad y ninguna iluminación. No entendía por qué Dios iba a escoger a un patán sin darle siquiera una indicación de cómo actuar. Tenía todo aquello rodándole por la cabeza y el Espíritu Santo no parecía dispuesto a descender sobre él. Y él, qué podía hacer. Nada. Atar los últimos cabos. Hizo llegar un recado a Virgilia y Virgilina para que le acordaran una cita con Eusebio. Luego encaró otro problema. Pidió que sirvieran el desayuno en el jardín y cuando estuvo dispuesto esperó a que Julio despertara. Cuando se hubo sentado a su lado, le ofreció un vaso de vino aguado. Julio lo rechazó.

—Ahora necesito estar sereno en todo momento.

—Tengo que proponerte algo, Julio. La gente comenta que el ejército está de parte de Constancio.

—Eso dice Constancio.

—No se ha producido ninguna insurrección.

—Todavía no tienen motivos.

—Nadie quiere una guerra civil.

—Por eso sigo con vida.

—¿Y por qué arriesgarla? En mi aldea darían un brazo por tener la mitad de lo que tú tienes ahora.

—¿Y qué tengo yo, Grato? ¿Qué tengo que Constancio no pueda quitarme?

—¿Qué te da miedo, perder esta mansión, los esclavos? Ven conmigo a Trajanópolis y verás lo que es practicar la virtud. Vas a practicar la virtud de la mañana a la noche. Caerás rendido de virtuosismo.

—Constancio puede quitarme mucho más que esta mansión.

—¿Qué? ¿La vida? En Trajanópolis todas las vidas son igual de importantes. Allí no serás nadie.

—La dignidad. Eso es lo que perdería. Grato, a veces pienso que realmente eres tan tonto como dicen. No hay otra opción. ¿Por qué no eres capaz de entenderlo? No puedo dejar de ser quien soy.

—Y quién eres tú. ¿Cónsul? ¿Hijo de un César? La sombra de tu padre no te deja vivir.

—¿Y tú, Grato? ¿Qué hay debajo de tanta fe, de tanta candidez? ¿Eres alguien, además de un mártir?

27

La primera vez que Grato abandonó el refugio que Justino le había legado fue poco después de la partida de Lesbia. Trajanópolis era una única calle que concluía en el teatro, y a medida que avanzaba por ella sintió esa deformidad. Esa sensación de ser y no ser él. A su paso aparecían rostros en todas las puertas que le examinaban con una mezcla de extrañeza y repulsa. Esa mirada le resultó familiar. La había encontrado en cada ciudad y aldea. No eran muchas miradas, era una sola, la misma. Ese era el modo en que miraban a Máximo. Allá donde Máximo fuera. Grato podía percibir cómo esa expresión transformaba cada uno de los rostros, pero para Máximo esa mirada ya estaba allí y permanecía mientras él mismo permaneciera. Era la única. Máximo no tenía congéneres, vivía bajo la mirada de esa máscara.

Comprendió que había heredado de Justino algo más que su tierra. Estaba impregnado por su deformidad. Esa mirada reflejaba la deformidad como un espejo, y la imagen que le devolvía era de algún modo más real que él mismo. Esa imagen se alimentaba de lo que Grato creía ser del mismo modo que los muertos se alimentaban de la sangre, y cuanto más palidecía él, más solidez adquiría la imagen.

Grato no volvió a pisar Trajanópolis. Pero incluso sin verse en ella, la imagen siguió alimentándose. Voluntad, se dijo, como si la sola mención de esa palabra pudiera llenar otra vez aquello de lo que se estaba vaciando. Fue entonces cuando tomó la azada con una única mano. Al final de la jornada tenía la palma en carne viva. Había abierto un surco torcido donde tuvo la certeza alucinada de que no podría germinar nada, y al día siguiente la palabra voluntad se había vaciado de significado. Algo falló en su interior y se quedó tumbado en el camastro. Solo se levantó por hambre. Las reservas de comida fueron menguando.

Pasaron meses hasta que volvió a ver a otro ser humano. Entró en la casa. Cuando Grato alzó la mirada allí estaba, sacudiéndose el polvo a manotazos. Era un hombre orondo, barbado y sonriente. Vestía calzas como un germano y tenía una vara larga y delgada

sujeta bajo la axila. «Tendrás un sorbo de agua para un viajero», dijo. Grato le alcanzó la jarra que tenía junto a la cama. Bebió con tanto ansia que el agua chorreó por la barba y por la túnica. Luego dijo: «Huele mal aquí dentro». Grato no olía nada, pero estuvo seguro de que era así. El viajero salió fuera, con la jarra, y Grato le siguió. El viajero tenía dos mulas cargadas de pieles en la puerta. Eran pellejos de ciervo y lobo y estaban sucios de sangre y barro.

—Compro vino y se lo cambio a los sármatas por pieles. Luego vendo las pieles y compro vino. Y vuelta a empezar. Ir, volver, ir, volver. Es tan simple que da miedo. ¿No?

—Ojalá fuera todo así de simple —dijo Grato.

—Hay quien cree que el camino se acaba. Son ellos los que tienen miedo. Otros creemos que hay un camino que no se acaba nunca. ¿Qué crees tú?

—Creo que ni siquiera hay un camino.

—Eso no es creer, eso es no creer.

—No sé lo que es, pero es así.

—Vaya, ni de pie ni sentado. Es una postura curiosa. Eso es como estar en cuclillas, y ni cagando hay quien aguante mucho tiempo de esa manera.

—Depende de lo que lleves en el vientre.

El viajero rio. Miraba insistentemente el muñón. A Grato le incomodaba la insistencia de esa mirada.

—Ahora que nos conocemos, podrías ofrecerme un trago de vino.

—No tengo vino.

—Bueno, entonces el agua está bien. ¿Y la mano que falta?

—Me la quitaron.

—Vaya —dijo, de un modo que parecía que aquello también pudiera reducirse a algo muy simple—, así que te la quitaron. La avaricia de los hombres no tiene límite. Debía ser muy valiosa, tu mano. Pero a lo mejor no se trata de una pérdida, a lo mejor se trata de una buena inversión. ¿Crees que te la devolverán algún día?

—Creo que no.

—Pero siempre quedan otras cosas, ¿verdad?

—No sé si quedan otras cosas. Deberías seguir, tienes mucho camino por delante.

El viajero empezó a trazar líneas en el barro con la punta de la vara, distraídamente.

—¿Mucho? Mucho no. Todo. Ya te lo dije, yo soy de los que creo que el camino no se acaba.

Entre aquellas líneas, Grato distinguió claramente la forma de un pez. El viajero se quedó un momento contemplando el dibujo, con una especie de satisfacción. Luego allanó el barro con la sandalia.

—En fin —dijo—, tengo que irme. La próxima vez que pase por aquí traeré un poco de vino para los dos.

Ya se había montado en la mula cuando Grato le dijo: «Espera». El viajero se llamaba Demetrio y era cristiano. Lavaron juntos las pieles en el río y luego las tendieron a secar al sol. Le dijo que todavía quedaban muchos cristianos que se mantenían firmes en la fe. Se movían en la clandestinidad. Ni siquiera la intimidad de las casas era lo suficientemente segura, así que celebraban las reuniones de noche, en lugares apartados, a veces junto a las tumbas que bordeaban los caminos. Eso había contribuido a difundir la mentira de que practicaban horrendos ritos y orgías caníbales. Pero la entereza con que actuaban los mártires, pronunciando el nombre de Cristo en cada grito arrancado por sus torturadores, intrigaba a los paganos. Aquellos que buscaban respuestas habían acabado por encontrar la verdad. Las iglesias cosechaban nuevos adeptos, principalmente entre las clases pudientes. Muchos jóvenes inquietos habían abandonado las aulas de los filósofos, que no ofrecían más que juegos de palabras, y habían bebido de la fuente de Cristo.

Demetrio se dedicaba a algo más que al comercio de pieles. Mantenía en contacto a los grupos de cristianos que todavía compartían el pan y el vino.

—Lo que no comprendo es por qué Cristo no desciende de los cielos para librarnos del tormento —dijo—; por qué no envía un ángel, un único ángel, para abrir las cárceles, para aniquilar a los verdugos. Un solo ángel sería suficiente para eso.

Le preguntó cómo había perdido la mano y Grato le contó que se la habían cortado por no abjurar. Nada más. Prefería no hablar de ello.

Oculta entre el bagaje llevaba una copia de los evangelios y otra del Apocalipsis. Antes de marcharse, con la promesa de volver a visitarlo en el siguiente viaje, Demetrio le entregó aquella copia del Apocalipsis.

—Léelo. Así será como Él vuelva —le dijo—. Y pronto, cuando llegue el día, te devolverá lo que te ha quitado con creces.

Demetrio habló de Grato y de su sacrificio en cada una de las iglesias a las que mantenía en contacto. Así fue como se difundió su nombre. Cuando Demetrio volvió, vino acompañado por varios

hombres que deseaban conocerle. Alabaron su valor y lamentaron su propia cobardía, que les impedía presentarse ante los verdugos anunciando que también ellos eran discípulos de Cristo y estaban dispuestos a sufrir por Él como Él había sufrido por todos. Los dirigentes de las iglesias prohibían a los fieles presentarse voluntariamente ante las autoridades, le dijeron. Debían vivir para difundir su mensaje.

A partir de ese momento empezó a recibir visitas. Al principio se trataba de viajeros de paso, pero poco a poco acudieron también mujeres, y niños, familias enteras se desplazaban desde las poblaciones cercanas exclusivamente para verlo y compartir con él el pan y besar su muñón, aunque lo que pretendían besar era precisamente aquello que no estaba.

Tuvo miedo de que aquel trasiego alertara a los aldeanos de Trajanópolis y que una muchedumbre llegara en cualquier momento dispuesta a lincharlo, a él y a cuantos estuvieran con él. Pronto se tranquilizó. También los aldeanos de Trajanópolis comenzaron a merodear por sus tierras, pero en lugar de mostrarse hostiles le saludaban desde lejos como si le conocieran y sonreían mucho cuando Grato les devolvía el saludo. A Grato le sorprendió ese comportamiento, hasta que acabó por entender a qué se debía. Por primera vez habitaba entre ellos una especie de celebridad. Santo o caníbal daba igual, lo único que contaba es que se trataba de alguien importante. Esa fue la definición que oyó Grato a su espalda, caminando entre aquellos rostros asomados a puertas y ventanas que ahora le sonreían sin excepción. Alguien importante.

28

Se había citado al amanecer con Eusebio de Nicomedia, pero todavía era de noche cuando salió de la ciudad. Llevaba bajo el brazo los dos rollos que había recogido en el dormitorio de Arrio, aquellos escritos a los que había dedicado sus últimas horas. Se preguntó otra vez en qué las habría empleado de haber sabido que no tendría más. Qué habría hecho con ellas alguien que todavía recordaba la primera vez que vio a un pelirrojo, cincuenta años atrás. Cómo saberlo. Si ni siquiera podía penetrar en los deseos de un ser humano, cómo podría vislumbrar las intenciones de Dios. «Ayúdame a ver. Solo eso.»

Justo en el lugar donde concluía la ciudad empezaban las tumbas. Se extendían a ambos lados de la vía. Casi había luna llena y esa penumbra violácea ahondaba los relieves. Las tumbas tenían la forma de pequeñas casas, y en todas ellas había un retrato de su ocupante labrado en la piedra. Los familiares disponían a su alrededor ramilletes de flores y cuencos de comida. Pan, un puñado de trigo, unos posos de vino. Y en todas y cada una de las lápidas, incluso en las más pobres, un epitafio. «Caminante, Lolio el panadero te desea un largo viaje desde el final del camino. Que la tierra te sea leve.» «Escucha el consejo de Luciano el gladiador, siete veces vencedor, y no perdones a quien mañana pueda condenarte.» «Encomiéndate a Dionisio y aléjate de Marte, como hizo Basílides, que aquí descansa tras noventa años felices.»

Los muertos no querían irse. Trataban desesperadamente de permanecer, al borde de las vías, susurrando al oído de los caminantes. Pero qué tenían que decir. Refranes, chascarrillos, el consejo perfectamente inútil que uno interpondría ante un desconocido. Miraban hacia atrás, hacia aquel lugar del que habían sido arrancados, pero su mirada era tan vacía como la de una estatua. Lolio hablaba de un largo camino, pero nada decía sobre su recorrido. Se presentaba como aquello que había sido tras el mostrador de una tienda. Panadero. Sin duda Lolio había sido otras muchas cosas, pensó Grato, aquellas que emergen en la oscuridad de los cuartos cerrados, allí donde Lolio dejaba de ser panadero y

hasta temía dejar de ser Lolio. Lolio había mirado bajo las túnicas de las jovencitas, Lolio había sido querido y rechazado, había reído, llorado, había soñado, odiado, deseado, Lolio había amado a alguien con más intensidad de la que puede contener un cuerpo, hasta la desolación. Y había recorrido esas regiones inconcebibles como si jamás hubieran sido holladas antes de su llegada y como si jamás pudieran volver a ser habitadas tras él. Al final de ese camino podría haber dicho algo sobre ello y sobre el verdadero Lolio que había bajo el panadero. Pero hasta en ese último momento, cuando ya había concluido su viaje, cuando hubiera podido prender sin temor una llama en ese cuarto cerrado y convertir la oscuridad más plana en la profundidad de una sombra, Lolio había optado por esconderse detrás del mostrador. Y desde ese parapeto se mostraba como lo único que no era, un panadero. Incluso en ese último momento fingía. Actuaba. Hubiera podido mirar hacia atrás y hubiera podido mirar hacia delante, pero Lolio había escogido no mirar. Había escogido recitar de memoria aquello que el público quería oír y mantener su último aliento sobre esas palmadas. Los muertos, todos ellos, eran una sola ausencia que reclamaba un instante de atención para su personaje, como malos cómicos en un teatro vacío. Se regaban sus tumbas con vino, pero el vino también era parte del atrezo, un sucedáneo que apenas alentaba su vaciedad. Reclamaban algo que pudiera penetrar el disfraz, un atisbo de esas regiones de las que no hablaban, algo tan poderosamente real como el dolor. Los muertos preferían la sangre. El alma de su padre, una máscara que ni siquiera era un aliento de su padre, habría lamido con ansia cada gota de sangre que Grato hubiera vertido. Sus rasgos hubieran emergidos sucios de rojo en la indefinición de esa máscara, y cuanto más se hubiera llenado de sangre, más consistente habría sido su presencia, hasta arrojar sombra en la oscuridad como una luna llena. Pero no servía cualquier sangre, pensaba Grato. Su padre reclamaba sangre del propio Grato y sangre arrancada de otro cuerpo por la mano de Grato. Esa era la única sangre con la que podía relacionarse, porque esa era la única sangre que tenía relación con él. Los muertos habitaban la intemperie, un vacío inmenso como un eco, y ese vacío les devolvía sus propias palabras. Esa máscara apenas era su padre, era también el rostro de todos los muertos. No era Lolio ni Basílides ni Constancio Cloro, esa máscara no era alguien, aunque tuviera sus rasgos. Era aquello que eran los muertos. Caminante, aquí, caminante, escucha.

Convertir el vino en sangre. Había una sangre con la que podían

relacionarse porque había sido vertida por ellos y para ellos. Podían hundir en ella sus máscaras y llenarse de ella y al hacerlo se llenarían de sí mismos porque de algún modo era también su propia sangre. Esa sangre era toda la sangre. Y el pan y el vino. Pero, por alguna razón, los paganos preferían seguir la pantomima. Continuar la representación en el gran teatro. Uno más entre el populacho. Como si temieran mirar en su interior.

No puedo dejar de ser quien soy. Pero, de algún modo, Julio no era Julio, sino su personaje. Cónsul, primogénito de un César. Dignidad. Eso que llamaba dignidad no era más que la exactitud con que representaba el papel que le había tocado.

Y yo, quién soy yo, pensó Grato. Importante, pensó. Una palabra como una cáscara de huevo.

Cuando por fin dejó la vía principal para bajar a la playa vio una luz. La llama flotaba en la oscuridad, junto al borde blanco que formaba la espuma de las olas. Era una punta de luz consistente, amarilla, casi sólida. Se sentó en una roca para descalzarse antes de llegar a la arena, y al levantar la cabeza esa luz había desaparecido.

Bajó hasta el borde del agua y se sentó con los libros de Arrio en el regazo, más o menos en el lugar donde creía haber visto la luz. Había huellas en la arena. Pies descalzos. Las examinó a la luz de la luna. Las huellas llegaban desde algún punto en el interior de la playa y acababan en el borde del mar. Iban, pero no volvían. El caminante debería estar en el interior del agua. Pero no lo estaba. Extraño. Los pasos de un ahogado.

Cuando por fin llegó Eusebio había amanecido. Vestía como un cortesano, y cuando se sentó a su lado colocó cuidadosamente los pliegues del ropaje a su alrededor como si quisiera preservarlos de cualquier contacto.

—Estoy un poco mayor para estas caminatas —dijo— y además tengo prisa.

—Entonces no te entretendré. A Arrio no le mató Dios. Le mató Constantino. Cuando nos quedamos solos, en aquella habitación, me confesó que él había ordenado envenenar a Arrio.

—Lo sé. Pánfilo me ha contado lo que le dijiste.

—Vaya, Pánfilo se mueve deprisa. ¿Te dijo también algo de mi mano?

—¿De tu mano? ¿Qué mano?

—Constantino ordenó envenenar a Arrio, pero no fue él quien vertió el veneno. Pánfilo dice que debo buscar a quién vertió el veneno, y para encontrarlo primero tengo que encontrar mi mano. ¿Eso tiene para ti algún sentido?

—Pánfilo es un anciano, a cierta edad, la cabeza, la cabeza, ya sabes, flojea. Quién sabe. Pregúntaselo a él.

—Te lo pregunto a ti.

—Actúa como te dicte tu conciencia.

—Tengo la suerte de que mi conciencia está casi siempre callada.

—No sé qué más podría decirte, Grato. ¿Esos son los libros de Arrio?

Eusebio los desenrolló con cuidado, buscando las últimas líneas. Luego cogió el otro y también consultó el final, allí donde Arrio se había interrumpido.

—Sus últimas palabras —dijo en tono reverente, pasando la palma de la mano por el papiro.

—No es más que una copia del otro ejemplar.

Había migas de pan en los pliegues del ropaje de Eusebio. Grato cogió una con dos dedos mientras Eusebio seguía leyendo, un bisbiseo ininteligible. Tardó en comprender cómo habían llegado hasta allí. Tenían que haber caído de los manuscritos al desenrollarlos. Habían caído precisamente desde aquella página que Eusebio acababa de desplegar. Grato no recordaba que hubiera ninguna miga sobre la mesa cuando recogió los volúmenes. No había el menor rastro de pan en el dormitorio. Pánfilo le comentó que lo habían limpiado tras su muerte, así que esa podía ser la explicación. De modo que Arrio había comido pan, en la soledad de su dormitorio, después de la cena y antes del desayuno, en algún momento entre el anochecer y el crepúsculo. Algunas migas habían caído sobre el papiro y luego había enrollado el volumen, distraídamente, atrapándolas en la página exacta que estaba abierta en ese momento. Y no se trataba de la última página, aquella en la que se extendía un espacio en blanco, porque entonces Grato habría visto las migas, aquel día, en la habitación.

Así que, pensó Grato, en el momento en que comió el pan no estaba copiando aquella página interrumpida. Podía haber retrocedido para revisar el trabajo ya hecho. O quizá estaba mostrándoselo a alguien. A aquel que había llegado con el pan. El pan que probablemente contenía el veneno.

Eusebio dejó de leer.

—¿Qué tienes en la mano?

—Esto —dijo, mostrándole una de las migas—. Esto puede ser lo que envenenó a Arrio. Alguien fue a su dormitorio durante la noche para compartir este pan con él. Como un buen cristiano.

Eusebio sacudió los pliegues con repulsa, esparciendo las

migajas por la arena.

—Esto no significa nada, Grato. Es demasiado sucio como para que signifique algo.

—¿Qué dice tu conciencia de esto, Eusebio?

—Me dice que Arrio ya ha ganado un sitio junto a Dios, y que son las almas de los que quedamos aquí las que ahora necesitan nuestra ayuda.

—El alma de alguien que está entre nosotros se perderá por esto.

—No es un alma lo que me preocupa, Grato. Son todas. Arrio ya está a salvo. Somos nosotros los que estamos en peligro. Católicos, arrianistas, todos los cristianos.

—¿Eso significa que Arrio ya no importa?

—No, no es eso lo que he dicho.

—No, no lo has dicho, pero son muchas las cosas que no dices. No me dices por qué Pánfilo ha corrido a contarte la confesión que me hizo Constantino. No me dices por qué de repente el alma de Arrio ya no te preocupa. Aquel día Constantino me dijo muchas cosas. Una de las cosas que me dijo fue que no nombraría un heredero. Que abriría un vacío de poder para que ese vacío lo ocupáramos nosotros. La Iglesia.

—Y Constancio es la cabeza de la Iglesia.

—Dios es la cabeza de la Iglesia.

—Sí, y Dios es uno, pero no tiene una cabeza, tiene miles, tantas como iglesias, una por cada ciudad. Más, una por cada cristiano, y cada Iglesia y cada cristiano defiende su idea de Dios contra sus propios hermanos. Y si no encontramos una única cabeza que guíe a todos, te aseguro que las vías volverán a llenarse de cruces y los paganos arrojarán hasta el último de nosotros a las fieras. Constantino era un hombre enfermo, la fiebre le hacía delirar, quizá ni siquiera ordenó envenenar a Arrio, quién sabe. Ahora da igual. Yo debo ocuparme de los vivos.

—¿De verdad te entregó Constantino el sello imperial?

—Sí, lo hizo. Y me dijo, Constancio no es un verdadero cristiano. Apretó mi mano y me dijo, son los verdaderos cristianos los que debéis ocupar mi lugar, sois vosotros. Pero no hay un nosotros, Grato. ¿Quiénes, católicos, arrianistas, quiénes? Y no es solo católicos y arrianistas. Pánfilo me dice que le llegan a diario noticias de falsos evangelios que tuercen a los rectos, de iglesias desviadas del camino, de embusteros y magos que se hacen pasar por iluminados. Hay una verdad, pero cada uno trata de usarla en su provecho. No hay un nosotros.

—Si Constantino, como tú me dijiste, gobernaba por voluntad de

Dios y contravienes su última voluntad, contravienes la voluntad de Dios.

—La voluntad de Dios es que extendamos su mensaje, y para extenderlo debemos sobrevivir. Y el único que garantiza nuestra supervivencia es Constancio. Nuestros perseguidores siguen ahí, no se han marchado. ¿Crees que es suficiente cerrar los templos para que se desvanezcan? Los paganos amenazan desde todos los frentes. Ocupan el Ejército, el Senado, el palacio, la burocracia, los gobiernos provinciales, hasta la Guardia Imperial está formada por paganos. Puede que Constancio no sea un verdadero cristiano, puede que no sea más que un jovenzuelo prepotente, pero está investido por el prestigio de su padre, y no tenemos otra cosa. Hay una marea a punto de tragarnos, y Constancio es el único muro capaz de contenerla. Se trata de la supervivencia. Solamente cuando Constancio ocupe el trono podremos permitirnos discutir sobre la naturaleza de Dios.

Se levantó, sacudió los ropajes de arena.

—Quiero algo de ti, Grato, y no lo quiero como se lo pediría un hombre a otro. Soy obispo, y te lo ordeno como tu superior. Quiero que me mantengas informado de cuanto sucede en casa de Julio. Quién entra, quién sale, de qué hablan, incluso si está de buen humor o no.

—Eso sería si tú, como obispo, lo fueras por voluntad de Dios. Pero parece que la voluntad de Dios es una verdad que cada uno trata de usar en su provecho.

—Grato, cuando nos conocimos dije que te mantendría con vida para que pudieras volver a tu aldea, y lo he hecho. Ahora te digo que puedes perder mucho más que esa mano.

—También me dijiste que había alguien de quien no podías protegerme.

—No sabía que Constantino había ordenado la muerte de Arrio. Solo podía sospecharlo.

—No hablo de Constantino. Hay alguien de quien ni siquiera tú puedes ponerme a salvo, y está por encima de Constantino. Desde que has llegado mi conciencia no ha parado de hablar, y me dice que es cierto que puedo perder mucho más que esta mano, pero que tú estás más cerca que yo de la perdición.

—Grato, hay un único camino. Perteneces o no perteneces a la Iglesia. Dímelo. O perteneces a la Iglesia o eres otro pagano, y como tal serás tratado.

—No pertenezco a nadie, Eusebio. Dios no quiere que seamos esclavos. Ni siquiera de Dios.

—Eso es orgullo. Sudas orgullo, siempre agitando ese muñón. Las calles están llenas de cojos y mancos como tú, mostrando sus muñones para que le caigan unas monedas en la escudilla. Antes solo me parecías otro idiota, pero ahora creo que eres algo peor. El demonio es orgullo, Grato, y estás lleno de él. Lo único que puedes esperar de Julio y de los que son como Julio es la cruz en que te clavarán.

—Todos habéis visto mi muñón y habéis tirado monedas en mi escudilla, pero esas monedas han sido siempre las del César, no las de Cristo. Lo que se enseña no es vergonzoso. Lo vergonzoso es lo que no se enseña. Y creo que hay mucho que tú no enseñas, Eusebio.

—Ahora no soy yo quien importa. Somos todos. —Le dio la espalda y echó a andar. Le miró por encima del hombro—. Por tu bien, Grato, piénsalo mejor.

Grato se quedó allí, sentado, mientras Eusebio se alejaba, avanzando por la arena, descalzo, con las sandalias en la mano. También sus sandalias tenían ribetes de oro y borlas con piedras preciosas. Se sentía extrañamente liberado. Acababa de cerrarse una puerta, y Grato ya no escuchaba los pasos de aquel que se alejaba. Ya no dependía de su protección. Un poco más solo, pero también un poco más él mismo, si es que existía algo semejante. Él mismo, media cáscara de huevo. Como uno de esos desperdicios de concha sobre la arena de la playa. Sentía que de alguna manera él era el desperdicio de aquello que no había sido. Dolía, así que era cierto, era un tipo de orgullo. No era su mano. Eran los demás los que habían hecho de él un manco, alguien dividido, incompleto. Lo que había bajo esa división era algo viejo y desnudo y triste, arrojado a una playa. Poca cosa. Pero era algo. La mano que no estaba era la coraza brillante que protegía al molusco blancuzco y tierno que había dentro. Pero esa carne, blanda y fea, era lo único que estaba vivo. Esa carne era lo que tocaba la mirada de Plácida.

En ese momento vio aquello. Una especie de bulto grande y redondeado con un gran ojo pardo. Las olas lo mecían al borde de la playa. Adelante y atrás. Qué era aquella cosa tan extraña, ¿una bestia marina muerta? Aquella cosa quedó varada sobre la arena. Se aproximó un poco para verla de cerca, con prudencia. Una masa húmeda y blancuzca de la que sobresalía un ojo. No, dos ojos. Distinguió más bultos como aquel sobre la línea húmeda de la playa, meciéndose en las olas. Dio un par de pasos más. En aquella masa redondeada había dos ojos sin párpados y una hilera de pequeños dientes. Tardó en comprender lo que era. Una cabeza de

cordero. Embutida en un pan. Toda la línea de la playa estaba llenándose de grandes panes, y en el interior de cada uno de ellos había una cabeza de cordero despellejada, y las olas iban deshaciendo el pan y desnudándolas. Retrocedió un poco, extasiado. ¿Qué era aquello? Pan, cordero. ¿Qué significaba? Era un milagro. No, algo distinto a un milagro. ¡Era una señal!

29

Era una señal. Eso estaba claro. Pero, ¿qué significaba? Grato lo ignoraba. Pensaba una y otra vez en ello sin encontrar una respuesta. De aquel asunto era capaz de deducir algo: Dios quería algo de él. No podía volver con Plácida todavía porque, como había dicho Pánfilo, su deber era buscar a ese cristiano condenado, al asesino de Arrio. Pero no se trataba de una revelación. Era como si, en aquel momento, Dios le planteara un acertijo. Los pasos de un ahogado en la arena de la playa. Pan, corderos. ¿Qué pretendía que entendiera con ello? Pan. Corderos. Sacrificio. ¿El sacrificio de quién?

Le daba vueltas día y noche. Sentado en el jardín, contemplando el huerto, ahora arruinado. Por todas partes habían prendido las malas hierbas. Julio lo había abandonado definitivamente y no permitía que ningún esclavo lo trabajara por él. En realidad nunca le habían interesado el hambre ni las hortalizas. Quién sabía hasta dónde podía llegar en su nueva lucha. Dalmacio y Anibaliano contaban con tropas bajo sus órdenes directas. Quizá la sombra tutelar que la figura de Constantino proyectaba sobre sus hijos no fuera suficiente. Quizá bastaba una pequeña insurrección en un lejano cuartel para que los paganos se alzaran a la vez en todas partes, como una chispa prende en la paja. La guerra civil. La cizaña, el hambre, la destrucción de todo lo sembrado. Las vías otra vez llenas de cruces. Pero había un camino, pensaba Grato. Tenía que haberlo. La concordia. La Iglesia. El reino de Dios en la Tierra. No iba a traicionar a Julio. Traición, asesinato. Vino nuevo en odre viejo. Ese no era el camino, no podía serlo. Ese camino era el que el hombre había recorrido desde siempre, y no llevaba a ninguna parte. Traición, asesinato. Sacrificar a Julio. La sangre en la cima de la montaña. Otra vez esa mancha en mitad de la frente.

Todavía estaba a tiempo. Podía arrancar la maleza antes de que echara a perder los cultivos. «Yo soy el cirujano. Soy yo quien decide cuándo cortar un miembro para salvar el cuerpo.»

Yo no soy un cirujano, pensó Grato. No, no podía ser ese

sacrificio. No podía pedírselo. «No a mí, señor. No puede ser eso lo que pides. Ese no es el Camino.»

Los melones habían madurado, aunque ya no le importaran a nadie. Se echaban a perder en la tierra. Grato abrió uno. Balbino tenía razón, los más dulces. Desde aquella noche no había vuelto a verle. Alguien tan atroz, y un fruto tan dulce.

Había sacado de debajo de la almohada el libro del Apocalipsis y ahora lo llevaba siempre con él y lo abría al azar. Como si aquellas palabras pudieran señalarle una dirección. «Bienaventurados los que escuchan estas palabras, pues el tiempo está cerca.» «Miré y vi una puerta abierta en el cielo.» Quién podía entender lo que había dentro. «Y en medio del trono y alrededor del trono cuatro seres vivientes llenos de ojos por delante y por detrás.»

Pero tenía un sentido, aunque él no pudiera comprenderlo. Tenía que tenerlo. Y por alguna razón, él era el único que podría llegar a desentrañarlo. Dios le había abierto una puerta, a él, aunque no fuera digno, y lo único que podía hacer era entrar. Por primera vez tenía la sensación de que los hilos de la trama dibujaban una intención. Todavía no sabía de qué se trataba, pero había una forma. Desde su llegada a la Nueva Roma, desde aquel granizo tardío que había martilleado con un repiqueteo informe los tejados y magullado la fruta, desde aquella fruta agujereada pudriéndose inútilmente en el surco de la tierra y más atrás. Desde aquel chorro de sangre brotando donde hacía un instante había estado su mano, y más atrás. Desde que la cabeza de un hombre que podría ser un sármata colgaba de la montura de su padre, y en cada paso la cabeza chocaba contra su muslo, un golpeteo tan informe como ese granizo, y poco a poco ese golpeteo iba agujereándole como el granizo agujerea a la fruta. Todos aquellos regueros desembocaban en un único punto y ese punto tenía un fin y ese fin era él, Grato. El elegido para alzarse sobre los hombros de su padre y sobre sus propios hombros y desde allí, mirar.

Pero no veía. Porque quizá no merecía ver. Un falso mártir. «Ayúdame, señor.»

Un esclavo le anunció la llegada de Ireneo, el secretario de Pánfilo. Caminaba a su encuentro con la resolución de un pequeño príncipe. Tenía los ojos grandes y pardos y un poco juntos y le contemplaba con una fijeza descarada. No, no era exactamente orgullo, no era el profundo convencimiento de la propia valía. Era el escepticismo hacia la valía ajena. Grato cortó una rodaja de melón y se la ofreció.

—No quiero —dijo, escrutándole con sus ojos de vaca. Hasta

incomodarlo.

—¿Qué quieres de mí, muchacho?

—Pánfilo quiere que te enseñe una cosa. Ven conmigo al puerto.

* * *

Ireneo no despegó los labios en el trayecto. Era un chico hosco. Casi hostil. Marchaba un par de pasos por delante. Grato se esforzaba por mantener su ritmo. Hubiera jurado que disfrutaba viendo cómo se esforzaba, jadeando tras él. Más despacio, pidió. Ireneo fingió no oírle. Juventud estúpida, pensó Grato, sorda, ciega, ignorante. Desechó aquel pensamiento. También él había sido joven. Pequeño sádico.

El puerto estaba rebosante de actividad. Marinos, comerciantes, mendigos, putas. Grandes fardos y ánforas y cestos. Los mejores frutos de las provincias, confluyendo hacia el centro de la tela de araña. Arrebatados a campesinos hambrientos para satisfacer el paladar exquisito de la corte. Había mulas y burros y caballos viejos tirando de carros cargados de mercancía. Vino, telas, aceite, garum. Pasaron junto a un viejo que golpeaba a un caballo famélico con una vara, el caballo tenía mataduras negras de moscas y los golpes levantaban polvo de su grupa. Puto cabrón lamecoños, dijo Ireneo, y lo dijo con soltura. Ese lenguaje habría desagradado a Pánfilo. Recordó aquella frase pintada en la pared de un edificio. Constantino lamecoños.

—Te gustan los caballos —observó Grato—; por lo menos te gusta algo.

—Son mejores que las personas.

—Puede ser —dijo Grato—, mejor que algunas.

—Mejor que todas.

—Eso suena poco cristiano.

—Y qué.

Es aquí, le dijo, señalando un viejo barco amarrado. Ireneo subió corriendo por la pasarela. Me gustaría saber de una vez dónde vamos, dijo Grato, aunque ya no podía oírle. Le siguió, ascendiendo costosamente por la tabla. Una embarcación grande, pesada, vieja, con marinos semidesnudos y patibularios tumbados al sol en cubierta. Ireneo estaba hablando con un anciano con la piel ennegrecida por el sol y arrugas profundas como cicatrices. Grato caminó hacia allí, notando bajo los pies el leve balanceo de la

marea y esquivando los cuerpos tendidos de los marinos.

—Este es Aristóbulo —dijo Ireneo—. Es el patrón del barco.

Aristóbulo se quedó mirando su muñón. Como siempre, como todos. Pero de un modo distinto.

—No sé qué pretendéis —dijo— pero os lo enseñaré. Venid conmigo.

Fue hacia la cabina a zancadas, sin mirar atrás para ver si le seguían. «¿Qué va a enseñarnos?», preguntó Grato. Ireneo no contestó. «Muchacho, me estás desquiciando.» Entraron en la cabina. Un cuartucho en penumbras que apestaba a meado. El mobiliario consistía en una mesa fijada al suelo con clavos y un viejo arcón con remaches de bronce oxidado en una esquina.

—El mar asusta —dijo Aristóbulo a Grato, barriendo con la palma los restos que cubrían la mesa, huesos roídos y trozos de pan —navegar de Alejandría a Constantinopla, de Constantinopla a Alejandría. Coge un baúl, arráncale la tapa, échalo a flotar y tendrás un barco como este. Un viejo trozo de madera que no soportaría una tormenta digna de su nombre. Y te diré otra cosa, manco: no he sido nunca un buen marino. Era auriga de circo. Decidí cambiar de oficio. Lo que gané lo invertí en este cascarón y contraté a un capitán, un marino experto. Murió el año pasado. Desde entonces mando yo. No tengo ni idea de corrientes, pero supongo que es suficiente con mantener la costa a la vista. Si esto se va a pique, siempre puedes nadar hasta tierra. Pero aguantará, siempre aguanta. Tenemos a Dios a favor. Y te diré por qué, manco. Antes de cada viaje doy una parte de las ganancias a Pánfilo para que la reparta entre los pobres, y también sacrifico un cordero a Neptuno.

—¿A Neptuno? ¿A cuántos dioses adoras? ¿Qué clase de cristiano eres tú?

—Adoro a cualquier dios que me mantenga a flote. Los griegos ya navegábamos antes de Cristo. Ahora se trata de navegar después de él. Son sus vientos los que soplan ahora, así que oriento la vela hacia el lugar del que sopla el viento.

—Si Pánfilo pudiera oírte, te echaría a cintarazos de su Iglesia.

—El oído de Pánfilo y el de los sacerdotes de Neptuno están entrenados para oír lo mismo. El tintineo de las monedas.

—Pero no es eso lo que oye Dios.

—No. Dios no oye nada. Es sordo.

—Y da gracias de que no quiera oírte —dijo Grato—. Te hundiría, si te oyera.

—Oh, no, no lo haría. Tengo mi protección especial.

Abrió el arcón, introdujo la cabeza en su interior, escarbó. Sacó

una cajita de madera y la depositó con cuidado sobre la mesa.

—Aquí está. La compré a buen precio en Cesárea. Está en venta, si a eso vamos, pero te saldrá cara, manco. Me dijeron que podía curar el mal de ojo. Me dijeron que incluso podía curar la sarna, y puedo jurar que no hay sarnosos a bordo. Y también sabe guiar con mano firme un barco, podríamos decir. La prueba es que no nos hemos ido a pique, y sabe Dios que hemos hecho méritos. Es una reliquia poderosa, pero no le pidas milagros —sonrió—; no te hará crecer otra mano, si a eso vamos.

Pasó las manos por la caja, limpiándola de polvo.

—Es la ventaja del cristianismo. No necesitas ir de cuando en cuando a sacrificar palomas para ganar el favor de nadie. Llevas la divinidad contigo. En una caja. Pero creas o no creas en ello, lo que hay aquí dentro también tiene un valor añadido. Un sobreprecio emocional, podríamos decir. Es una pieza con historia. Te la contaré. En tiempos de Diocleciano, el mártir Grato fue arrestado y conducido junto a la estatua del emperador. El gobernador le dijo, vierte un puñado de mirra y te salvarás. Como se negó, un soldado le cogió por el brazo, tratando de obligarle a abrir la mano para que la mirra cayera en el fuego. Entonces Grato le quitó la espada y se cortó la mano. Fue arrojado a los leones junto con su madre. ¡Y aquí está!

Abrió la caja. En el interior había una mano momificada, un trozo de carne reseca con un pellejo resquebrajado por el que asomaban esquirlas de hueso.

—La mano del mismísimo Grato.

Grato vomitó, y con cada bocanada de aquello que emergía de sus entrañas sentía que vomitaba todo lo que era y también todo lo que podía haber sido y que lo único que quedaba de él era una envoltura blanda, un trozo de carne despellejada, un molusco fuera de su concha, una vulva, y luego ni siquiera el dolor, ni siquiera eso, luego nada. El vacío.

Ireneo le miraba, y sentía que esa mirada le devolvía una mínima consistencia.

—Quiero contarte algo —dijo Ireneo. Esa mirada le moldeaba como a un trozo de barro. El hálito. Ireneo le miraba como miraría a un caballo—. Quiero contarte algo sobre Pánfilo.

30

Pánfilo estaba sentado al otro lado de la mesa. Esperándolo. Sobre la mesa había muchos rollos de papiro desplegados y pudo ver manchas de tinta fresca en sus dedos, pero tuvo la sensación de que antes de su llegada no había estado escribiendo. Sencillamente había estado allí, derramado como un fardo sobre esa silla, con las mandíbulas apretadas. Aguardando. Todo su cuerpo parecía rechinar como una cuerda a la que se ha atado una carga demasiado pesada. Ni siquiera se levantó para recibirlo.

—Por fin has comprendido —dijo Pánfilo, con algo parecido a una sonrisa—. Hubiera deseado evitarte esa visión. Mi pobre Grato. Tu mano, vendida y comprada. Metida en esa caja. Hace tiempo que conozco a Aristóbulo. Hace tiempo que lo sé. Y jamás te lo habría mencionado. Pero era necesario. Tenías que comprender.

—Eso no es mi mano.

—Por supuesto que no. Probablemente se la arrancaron a alguna momia. Pero Aristóbulo cree en ella.

—Nunca se lo he dicho a nadie, pero noto mi mano, a veces. Un cosquilleo. No soy un manco. Esa mano está conmigo.

—Lo estará, Grato, estará contigo. Esa mano tira de ti hacia Él. Tú te salvarás. Irás a su presencia y te llamará por tu nombre y le mostrarás ese muñón resplandeciente y se mostrará para ti en toda su gloria. Pero, ¿qué será de mí?

Anochecía. La oscuridad iba cegando el ventanuco, engullendo lentamente el patio de palacio, donde todavía cabalgaban en círculos los últimos jinetes.

—Vi esa mano, Pánfilo, pero tengo la impresión de que no he entendido lo que pretendías que entendiera. Es Ireneo quien me ha contado lo que sé.

—Entonces hay mucho que todavía no sabes. Esa era tu búsqueda, Grato. Tu sentido. Tendrías que haber llegado por ti mismo. Eres el arquero que ha errado su tiro. Has pecado. Ireneo conoce únicamente una parte. Pero al contártelo nos ha traicionado a los dos.

—¿Yo? ¿Yo he pecado? ¡Eres tú quien te has ensuciado las

manos con veneno! ¿Cómo conseguiste la coloquíntida?

—¿Qué importa el veneno, Grato? Se vende en las calles. Fue ese, pudo ser otro. Empleé el que me facilitó Balbino. No es eso lo que importa. Es mucho lo que todavía no sabes. Aquella noche, la última noche de Arrio, esperé a que la servidumbre terminara de cenar. Todos dormían cuando bajé a la cocina. Allí amasé el pan. Con mis propias manos. Con mis propias lágrimas, también. Créelo. Después encendí el horno. Puse el pan a cocer.

—Supongo que resultaba aburrido, estar allí, esperando junto al calor del horno.

—¿Aburrido? ¡Estaba a punto de cometer un crimen terrible! A punto de condenarme. ¡Mi alma chillaba! Un prolegómeno demasiado doloroso. Muy pocos habrían podido soportarlo.

—Así que le encargaste al esclavo que terminara de cocer el pan.

—Estuvo limpiando las cuadras —dijo Pánfilo—. Llegó tarde a la cena. Pasó por la cocina en busca de cualquier cosa que llevarse a la boca. Le dejé al cargo del pan y le di la orden tajante de no probarlo.

—Al fin y al cabo no era más que un esclavo. ¿Verdad, Pánfilo? ¿Qué podía saber o averiguar? —A quién le importaba lo que supiera.

—Eso es. Pero después llegó Ireneo. Estuvo con él, charlando, mientras se cocía el pan. Eran amigos. Tú no lo sabes, pero ese chico le quería como a un padre.

—Yo saqué a Ireneo de la miseria. Tendrías que haberlo visto, enclenque, harapiento, asustadizo como un perro. Dormía en la calle. Mendigaba. Robaba. Su destino habría sido morir en el circo, como uno de esos criminales.

—Era una deuda. Hiciste por él lo mismo que el verdadero Pánfilo, ese al que robaste el nombre, hizo por ti.

—Pánfilo me adoptó, y yo lo adopté a él. Adopté su nombre. Su espíritu de sacrificio. Fue más que un padre para mí. Fue mi guía. Ese receptáculo donde el ser humano necesita colocar su amor terrenal. Eso intenté ser para Ireneo. Su luz. Toda la bondad. Lo traté como a un hijo. Le mostré a Cristo. Y me ha pagado con la traición.

—Tú le enseñaste a traicionar.

—Le enseñé el valor del sacrificio.

—Claro. Así que bajaste otra vez a la cocina en busca del pan. Encontraste al esclavo con Ireneo. Sabías que Ireneo podría llegar a deducir lo que estaba pasando, pero no había tiempo. Arrio no debía llegar a la iglesia. De modo que subiste con el pan al

dormitorio de Arrio. Llamaste a su puerta. No sospechó tus intenciones. ¿Por qué iba a sospechar? Le admirabas. Eras el más leal de los arrianistas.

—Soy el más ferviente de los arrianistas. Sigo siéndolo. Hice algo muy grande por el arrianismo. Hice algo muy grande por Constantino, por Arrio, por todos los cristianos, y por los paganos. Por toda la humanidad. También por ti.

—Hiciste que comiera de ese pan.

—No, Grato. Todavía no entiendes la verdadera dimensión del sacrificio. Constantino podía mirar dentro de cada uno de nosotros. También dentro de Arrio. Tenía razón. Arrio había firmado el documento, pero nunca claudicaría.

—Así que Arrio comió el pan y murió. Aunque su muerte resultó demasiado… horrible. Suficientemente horrible como para levantar suspicacias.

—Era un plan apresurado. Torpe. Constantino dudó. Su intención sincera era conceder una oportunidad a Arrio. Tomó la decisión en el último momento. Había que impedir que llegara a la iglesia.

—Así que Constantino montó esa pantomima de investigación para acallar las sospechas. Por desgracia quedaban dos flecos sueltos, Ireneo y el esclavo. Y Honorio ignoraba que cumplía un papel en una obra de teatro. Estaba dispuesto a encontrar al culpable. Casi llegó a encontrarlo, aquel día, en los sótanos. El esclavo estuvo a punto de delatarte, pero no tuvo valor.

—No podía. Yo estaba allí, a su lado.

—Es una situación terrible, Pánfilo. Le descoyuntarían en el potro si no hablaba. Y si hablaba le matarían. Quedó cojo. Te temía.

—Yo velé por la vida del esclavo, Grato. Impedí que Balbino lo asesinara, lo impedí mientras pude.

—Pero el esclavo te temía. Te temía tanto que encontró la forma de llegar a Honorio. O quizá fue Ireneo. Quizá Ireneo decidió delatarte para salvar la vida del esclavo. De algún modo, uno de los dos le contó a Honorio lo del pan.

—Nunca sabremos cuál de los dos fue. No quiero saberlo.

—Y la noche en que cenamos en palacio, antes de que llegáramos, Honorio se reunió a solas con Constantino y le confesó lo que había averiguado. Le contó lo del pan. Honorio no sabía que tú habías actuado bajo sus órdenes directas.

—Algo distinto a una orden.

—Honorio creyó que te prenderían esa misma noche, durante la cena. Cuando Constantino pasó de largo vislumbró lo que realmente

sucedía.

—Tuvimos que reaccionar muy rápido. Usamos al esclavo. No queríamos implicar a más inocentes. Le entregué al esclavo el veneno, el mismo veneno que empleé con Arrio, y le amenacé. Amenazas que no habría cumplido, pero tenía que servirme de su miedo. Vertió el veneno en el cuenco de Honorio.

—El esclavo tenía tanto miedo que decidió arrastrarme hasta palacio para que le ayudara a escapar.

—Le vigilábamos. Balbino le mantenía vigilado en todo momento. No debió morir, Grato, no tenía por qué morir. No hubiera muerto si no te hubieras empeñado en seguir indagando.

—Pudo acabar ahí. Pero hay algo que no entiendo. Querías que continuara con la investigación. Querías que te descubriera. Que supiera lo que habías hecho.

—Pretendías abandonar. Tuve que dejarte pistas. Tuve que ir hasta esa playa, Eusebio me dijo que os veríais allí. Fue laborioso. Tuve que conseguir los panes y rellenarlos con cabezas de cordero, y enterrarlos en el borde del mar para que emergieran en el momento justo. Pan y cordero. El sacrificio, Grato ¿No lo viste? Sacrificio.

Ningún prodigio, pensó Grato, con un asombro más profundo que el que sintió en la playa. Ningún sentido. La trampa de un hombre desesperado. Los pasos de un ahogado.

—Volviste por el borde de la playa —dijo Grato—; por eso no había huellas de regreso.

—Y tuve que llevarte hasta tu mano, para que vieras, para que por fin comprendieras.

—¡Comprender, qué!

—Lo que he hecho, Grato. Arrio iba a recibir la comunión en la iglesia, pero era una comunión católica recibida de las manos de un católico. Despreciaba esa comunión. Yo hice algo peor que darle un trozo de pan. Yo le di una comunión arriana. Partí el pan y lo bendije.

—¡Elevaste al cielo un pan envenenado! ¡Hiciste que Él se encarnara en un pan envenado! Por lo más sagrado, Pánfilo, ¡ensuciaste el cuerpo de Cristo!

—Tuve que hacerlo. ¡Era mi deber! Arrio sospechaba. Estás demasiado cerca de Constantino como para estar cerca de mí, me dijo. Eso me dijo, a mí, que siempre le había protegido, con la calumnia, incluso. Hasta que bendije el pan. Una auténtica comunión. No pudo creer que llegara tan lejos. En ese momento confió. Partí el pan con cuidado. Escogí la mitad adecuada y le

ofrecí la porción donde había concentrado la mayor parte del veneno. La mayor parte, Grato. También yo ingerí veneno. Era imposible mezclarlo con la harina de un modo limpio. Sabía que mi parte también contendría una porción de ese veneno. Aquella mañana también yo sentí sus retortijones. En mi propia carne. No sabía si sobreviviría. Peor que la muerte. ¡Me habría condenado, Grato! Expulsado de su divina presencia, por toda la eternidad, hundido en las tinieblas.

—¿Por qué? ¿Porque Constantino te lo ordenó? Es mejor cortarse un brazo antes que condenarse, eso me dijiste. Dejar que te arrancaran los ojos antes que obedecer.

—Cumplí la voluntad de Constantino, pero no por miedo. Me sacrifiqué por toda la humanidad ¿Todavía no alcanzas a verlo? Nuestro tiempo ha pasado, Grato. Dios nos cribó. Los mejores de entre nosotros murieron durante la persecución. Cristo recogió el mejor grano. ¿Quiénes quedamos atrás? los cobardes. Los que no tuvimos el valor de ser perfectos. Él no nos abandonó. Fuimos nosotros quienes le dimos la espalda. Sí, también tú, Grato. Tú deberías estar con tu mano. En su luz. Nos engañamos a nosotros mismos diciéndonos que quedábamos atrás para extender su mensaje. El consuelo de los débiles. Y lo hicimos, es verdad. Extendimos la buena nueva. Pero no por devoción. No solo por devoción. Lo hicimos para salvarnos de la persecución y el martirio. Colocamos la semilla de Cristo en el interior de los hombres para salvarnos a nosotros mismos. Pero la mayoría de los hombres son yermos. La mies que ha germinado es paupérrima. Los nuevos cristianos son como Aristóbulo. El mensaje no penetra en ellos. Creen porque necesitan creer. Les da igual en qué.

Ahora tenemos una nueva misión, y esta vez no actuaremos para salvar nuestros cuerpos, actuaremos para salvar almas. Les hemos dado algo en lo que creer. Ahora les diremos cómo es ese algo y qué quiere de ellos. Tenemos que ser como la guía que se ciñe al árbol para que crezca recto. Los moldearemos. Accederán a la verdad a través de nosotros. Nosotros seremos la auténtica Iglesia. Seremos sus intermediarios ante Dios. Dios, nosotros, ellos. Así salvaremos sus almas. Es el único medio. Mira estos libros. Aquí hay decenas de evangelios, uno por cada comunidad cristiana, y cada comunidad se aferra a su interpretación de Dios. No es únicamente arrianistas y católicos. Hay montanistas, marcionitas, simonitas, gnósticos, y un gnóstico en el interior de cada gnóstico, hay tantas sectas que ni siquiera puedo recordar sus nombres. Cada comunidad es un cubil con su propio profeta y también con su

propio libro. Falsos, sucios. El Apocalipsis, también, el peor de todos. Falsas esperanzas.

—¡Deja que lean sus propias palabras! Que escuchen la palabra de Cristo. Deja que la comprendan a su manera. Dios es uno, pero tiene muchas caras, una por cada ser. Deja que les hable al oído. ¿Quién eres tú para decidir qué es lo que quiere Dios? ¿Quién eres tú para suprimir la esperanza? ¡Jesús vendrá!

—No, Jesús no vendrá. Han pasado trescientos treinta y siete años. Hemos sido desmembrados, devorados por fieras, cegados, mutilados, hemos gritado mientras nos quemaban en parrillas y él ha oído nuestros gritos, pero no ha acudido en nuestro socorro. Ha hablado con su silencio. Es un mensaje claro. Nos ha cosechado a través del martirio. Ese era el momento, puede incluso que no haya otro. Los que no supimos llegar a él estamos atrapados aquí abajo, y es aquí abajo donde tenemos que traer su reino. Sin ayuda. Con nuestras solas fuerzas. Y yo he visto. He atisbado cómo. La solución. Estos libros hablan de Dios, pero en cada uno de ellos hay un Dios distinto. Esas gemelas pelirrojas, Virgilia y Virgilina, yo le dije a Eusebio que te acompañaran, yo las puse en tu camino, otra pista. ¿No ves la paz que hay en ellas? Idénticas. Ese es el camino. No más miedos, ni deseos, ni luchas. Un único deseo. Un único miedo. Un único pensamiento. Te lo dije. Un único libro que leer en voz alta. Un solo credo en el interior de todos los hombres. Un único Dios. Una Iglesia universal. Una sola luz. Iguales. Habrá paz. Ese era el deseo de Constantino, es su legado. ¡Paz! —gritó, despejando la mesa a manotazos, los papiros rodaron por el suelo—. ¡Paz para todos, Grato, pero no para mí! Para entregaros la paz tuve que condenarme. ¡He matado! El sacrificio. ¿Entiendes ahora el tamaño de mi sacrificio? Él sacrificó su cuerpo por nosotros. Yo he sacrificado mucho, mucho más. ¡He sacrificado mi alma! Me he condenado, Grato. Condenado. —Se puso en pie, trabajosamente. Arrastraba los pies—. Esta oscuridad —dijo. Tomó una lucerna de la librería y un chisquero de pedernal—. Camino por ella como el buen pastor, Grato, buscando una oveja perdida. —Saltó una chispa —. Buscando el modo de salvarme. Y hay una contradicción ¿No la ves? —La mecha de la lucerna prendió. Una llamita—. ¿No la ves, Grato? Él nos redimió a través de su sacrificio. Yo he cometido un pecado imperdonable. Pero he pecado por salvar a la humanidad. En mi propio pecado está mi perdón. ¿Puede haber mayor sacrificio que sacrificar la propia alma?

—Cristo curaba. Tú envenenas. ¿Pretendes compararte con Cristo? ¿Tú?

—¡Es el móvil, Grato! ¡El móvil es el mismo! ¿No lo ves? Yo lo he visto. Pero un hombre no debe perdonarse a sí mismo. No puede. Si Dios quería perdonarme tendría que hacerme llegar su perdón. ¿A través de quién? ¿De quién? Alguien lo suficientemente digno. Intachable. Uno de los granos de mies que él habría acogido. Y entonces me di cuenta. Tú eres el único que no debería estar aquí. ¿Crees que es casualidad? Un mártir traído desde una aldea remota, seleccionado por el emperador, incluso ese esclavo te eligió, a punto siempre de averiguar la verdad. ¿Por qué? Porque debías saberla. Ese es tu sentido. Él te ha enviado. Eres tú quien debe perdonarme. ¡Por eso deberías haber comprendido mi sacrificio!

—No soy intachable. Ni siquiera soy un verdadero mártir, y él lo sabe. No hay ningún plan, Pánfilo.

Pánfilo agarró su mano, arrodillándose.

—Tienes que entender mi sacrificio, Grato, tienes que entenderlo, ¡necesito tu perdón!

—Me das pena. Pero no puedo perdonarte. Yo no puedo perdonarte.

Restregó la cara contra su mano, notaba el roce de su barba y de su frente y de sus pómulos.

—No puedes perdonarme porque no lo entiendes, porque debías llegar por ti mismo hasta aquí; deberían haber sido tus propios pasos, pero te han llevado de la mano, Ireneo te ha traído y al traerte me ha condenado. ¿Por qué, Grato? ¿Por qué? No merezco condenarme. Lo hice por vosotros. ¡Por todos vosotros! ¿Por qué no ha querido Dios que lo entiendas?

Grato recogió su mano, librándose de aquella cara. Permaneció un instante allí, en silencio, escuchando su propia respiración, la de Pánfilo. No, no lo entendía. Recordó el sonido del granizo, tamborileando en el tejado. Ningún sentido. El granizo era el silencio del granizo. Desmembrados, devorados por fieras, cegados, mutilados. Dónde estaba su voz.

Abrió la puerta.

—¡No salgas! —dijo Pánfilo—. No salgas ahí fuera. El sacrificio no ha acabado.

Grato cerró la puerta a su espalda y el portazo apagó la luz.

* * *

Pánfilo permaneció de rodillas en la oscuridad, restregando su

cara entre las palmas. Borrarla, desprenderse de ella, arrancársela. Recordó el momento en el que el verdugo le entregó la cabeza decapitada del hombre al que había amado, el auténtico Pánfilo, y él la tomó entre sus manos y la besó y acarició sus mejillas y su pelo. Lo merecía. Merecía la traición de Ireneo porque él mismo traicionó a Pánfilo. No era venganza, no era justicia. La divina simetría. Recordó ese pan levantado al cielo, el rostro sereno de Arrio. Carne de mi carne que por vosotros será consumida. La inmensidad de su sacrificio. Dios lo sabe. Mi dolor. También tú fuiste traicionado por aquel al que amabas. También tú fuiste consumido. Una punta de luz en la tiniebla. Acaso no he apurado el cáliz que me ofrecías, he bebido de él, he bebido hasta las heces. Acaso no he cumplido con mi deber, es que no he hecho tu voluntad, dime, señor, es que no he sacrificado mi alma para traer la paz a los hombres. Por qué entonces este dolor. Acaso no es éste el dolor exigido, el martirio que conduce a la redención. Acaso no merezco salvarme también yo. Tú, que perdonaste a ladrones, es que no soy yo tu esclavo, es que no he sido quien tú querías que fuera, la última de tus ovejas, el más abyecto de los pecadores, el más escarnecido de entre tus sirvientes, es que no merezco salvarme, dime, dímelo, es que el dolor que me has infringido no grita en tu oído. ¡Lo merezco, más que ningún otro lo merezco!

Miró en su interior. Había luz. Había paz. El perdón.

«Gracias, Señor.»

31

Cuando Grato salió de la biblioteca oyó un reverberar de tachuelas de legionario. El pasillo estaba vacío. Ireneo permanecía sentado junto a la puerta, esperándolo. Le había obligado a prometer que le llevaría con él a Trajanópolis. Sabía que Pánfilo le echaría de su lado después de aquello.

—¿El viejo loco ha confesado? —dijo—. ¿Te ha dicho por qué lo hizo?

—El viejo loco cree que el único modo de que todos estemos cuerdos es compartir la misma locura.

—No lo entiendo.

—Tendríamos que estar tan locos como él para entenderlo.

Volvió a escuchar el repiqueteo de tachuelas.

—Es la guardia de palacio—dijo Ireneo—; llevan un rato moviéndose de un lado a otro. No sé qué está pasando.

Un viejo dignatario, gordo y sonrosado, llegó corriendo por el pasillo con las manos en la garganta y la boca abierta, la sangre chorreaba entre sus dedos y empapaba la túnica de seda. Grato se apartó de su camino, horrorizado. El viejo chocó contra la puerta y resbaló por ella y dejó un rastro de sangre en la madera. Grato se inclinó hacia su cuerpo, tratando de darle la vuelta. «Vámonos de aquí —Ireneo, tiraba de su manga—, algo va mal. ¡Venga, venga, corre!»

Le arrastró pasillo adelante hasta una gran sala. Había guardias con las espadas desenvainadas y mujeres y funcionarios de palacio corriendo y gritando, vio cómo un senador se enredaba en la toga y caía y los guardias se arremolinaron a su alrededor, las espadas subían y bajaban y el hombre gritaba. Siguieron atravesando salas, tratando de buscar un refugio, esquivando a los guardias, algunos parecían correr de un lado a otro, sin un objetivo preciso, tan espantados como los demás, con las espadas en alto y dispuestos a defenderse, pero había otros que formaban grupos y cazaban a sus víctimas de un modo sistemático, derribándolas, rodeándolas, apostándose en las salidas, sacando a los ancianos de detrás de las cortinas para acuchillarles. Uno de los guardias agarró a Grato por

el cuello y le obligó a girarse y Grato levantó los brazos tratando de protegerse, esperaba un golpe mortal pero el guardia vio el muñón y bajó la espada. Era un oficial, casi un muchacho, pelirrojo y con una mirada limpia. El mártir Grato, dijo con una sonrisa benévola. Podrían herirte por error. Ven, te acompañaré fuera de palacio.

El oficial le condujo con paso firme a través del pánico y el eco de los gritos y los charcos de sangre y los muebles derribados. Había perdido de vista a Ireneo en medio de la confusión. Los guardias arrastraban los cadáveres a través de los pasillos y los llevaban hasta el centro de las salas y los amontonaban allí; alrededor de los cuerpos fluía la sangre.

La puerta de palacio estaba custodiada por un muro de lanzas, la guardia personal del emperador con sus corazas refulgentes. Las lanzas se abrieron a su paso y el oficial besó su muñón. «Ve a tu casa y enciérrate allí», le dijo. Una expresión plácida, una conciencia tranquila. Solo entonces, del otro lado de las corazas, se atrevió a preguntarse por qué no le habían matado. Comprendió. Todavía no había terminado el sacrificio.

No sabía si la guardia personal del emperador habría llegado ya a la casa de Julio, si tenía sentido correr o correr hacia allí, no lo sabía, pero tenía que intentarlo. La amistad. El deber. Una noción básica de humanidad.

Jadeaba. También había gritos en el foro y sombras que huían y guardias armados, y en la distancia flameaba un incendio y sintió algo pegajoso bajo las sandalias y cuando levantó la suela vio que era sangre. Un caballo blanco huía espantado, refulgente en la oscuridad, con un jinete desnudo muerto sobre el lomo, el asta de una lanza sobresalía de su espalda. Pasó galopando bajo la falsa estatua de Constantino con un relincho como un grito de horror. Corcoveó furiosamente para librarse del peso, el jinete cayó de su lomo y golpeó el empedrado y el caballo se encabritó, una fuerza brutal y sobrecogedora y hermosa, ese relincho y no todos los relinchos, y luego se hundió en la oscuridad como se apaga un relámpago y ya solo pudo oír el golpeteo furioso de sus cascos llenando la noche.

Cuando llegó a la casa de Julio vio luz en las ventanas. Al entrar tropezó con Devorador, vislumbró su rostro blanco y demudado y su boca abierta antes de que le pasara por encima, arrollándole como lo haría un toro. Oyó su chillido largo y agudo y vio cómo caía de bruces en la calle, su cara chocó contra las losas y el chillido se apagó. Le había manchado la túnica de sangre.

Cruzó el pasillo. Ni siquiera pensó en el peligro, estaba

demasiado aturdido como para pensar, guiado únicamente por la urgencia y el instinto de alcanzar un objetivo. Había una niña flotando bocabajo en la piscina con el pelo verde de algas y todas aquellas estatuas como cabezas cortadas habían sido derribadas de los pedestales y estaban rotas en el suelo. Salió al jardín. Junto al huerto había una pila de cadáveres y dos soldados arrastraban a Julio por los pies, Julio tenía la boca y los ojos abiertos y una espada sobre el vientre y la ropa hecha trizas, su cuerpo lleno de heridas. Lo dejaron junto a la pila y un soldado rubio y gigantesco con una coraza de bronce le agarró por el brazo y vio que alzaba la espada desde la cintura hacia su costado dispuesto a traspasarlo, ninguna rabia, una expresión indiferente.

—Apártate de él.

Vio a Balbino, junto a los de cadáveres.

—Vamos, suéltalo. Es uno de los suyos. Es un mártir.

El soldado liberó su brazo. Enfundó la espada y entró en la vivienda. Balbino señaló con un cabeceo el cadáver de Julio.

—Se defendió hasta el final. Arriba, en el dormitorio. Creo que estuvo a punto de hundirse la espada él mismo, como un viejo general derrotado, como un antiguo romano. Pero fue práctico. Prefirió combatir. Era torpe, muy torpe, dio un traspié y casi se clava la espada sin quererlo, pero hay que reconocer que intentó defenderse. Una muerte digna. Para quien le importe algo eso. A ti y a mí nos da igual, pero hagamos un esfuerzo por entenderle. Admirémoslo. Le habría gustado. Es lo menos que podemos hacer.

—También los esclavos —dijo Grato— y los niños.

—Sí, Grato. Una auténtica masacre. Estamos ante la primera masacre cristiana.

—¡No pronuncies su nombre! ¡No mezcles el nombre de Cristo con esto! —Buscó en su interior una palabra, una sola, que pudiera definir aquello, donde colocar su rabia… no la había—. ¡Lamecoños!

Balbino rio.

—Me he dicho a mí mismo cosas peores. Apreciaba a Julio. No era algo personal. Tengo órdenes. Queríais a un emperador cristiano, pues ya lo tenéis. No se diferencia de los otros.

Balbino fue hasta el lugar en que se pudrían los melones. Sopesó uno entre las manos. Desenvainó la espada y lo partió por la mitad de un golpe. Examinó la pulpa anaranjada.

—Como el día que nos conocimos, Grato ¿Te acuerdas? La calle repleta de melones. Vería una señal en esto si creyera en los augurios. Es como si tu Dios intentara decirnos algo. ¿No crees?

Pero si quiere decirnos algo, ¿por qué no lo dice? Alto y claro para que podamos entenderlo todos.

Cinco o seis soldados se agolparon en la puerta que daba al jardín.

—No queda nadie —dijo el soldado rubio.

—Pues largo de aquí —dijo Balbino—; mañana nos llevaremos los cuerpos. Cuando amanezca. Constancio quiere que les dé el sol en la cara.

Alzó el medio melón, haciéndolo girar sobre la punta de los dedos.

—Dime, Grato, ¿por qué tu Dios no dice lo que tenga que decir y ya está? ¿Crees que juega con nosotros?

—Habrá una guerra civil.

—Oh, no, no la habrá. Precisamente se trataba de evitar una guerra civil. Los tres hijos de Constantino se reunieron en secreto hace una semana, en algún lugar de Panonia. Ni yo mismo conozco el lugar exacto. Planearon cómo sucedería. En la misma noche, en todas las provincias, todos los paganos influyentes. Elaboraron una lista con los nombres. Una larga lista. Julio, por supuesto. Su hermano, Flavio. Ablabio, el prefecto del pretorio. Y los otros Césares, por supuesto, los hijos de Flavio. Sus cabezas están de camino. Ya lo he visto otras veces. Tendrían que haber abandonado, pero no podían hacerlo. Había dos soluciones: o Constancio o Julio. Constancio tenía las de ganar, así que me puse a sus órdenes. La vieja historia de siempre. Unas veces tardan más, otras tardan menos, pero al final acaban matándose unos a otros.

—Nadie gana y tú siempre pierdes, Balbino.

—¿Tú crees? —Sorbió ruidosamente la pulpa del melón, pasó la lengua por los labios—. ¡Sí, señor! Tan dulces como deben serlo. Y son míos.

—Alguien que es capaz de hacer crecer algo tan bueno no puede estar tan podrido.

—¿Podrido? ¡Son ellos los que están podridos! ¡Mira este lugar! Mira esta casa. Los esclavos. El oro, las joyas. Mira las sandalias de Julio. Julio y los que son como Julio viven como reyes mientras os morís de hambre en tu aldea. Nos arrancan el orgullo, nos arrancan la comida, nos arrancan la vida. ¿Y qué nos dan a cambio? Su desprecio. Yo apreciaba a Julio, pero él siempre me despreció. Cónsul, hijo de un César, la raza, la vieja raza romana. Te diré quién es el superior ahora. ¿Puedes saborear este melón ahora, Julio? Toma, ven a cogerlo.

—Has condenado tu alma, Balbino.

—Qué alma. ¿Ves algún alma por aquí? ¿Dónde está el alma de Julio? ¿Y tu Dios? Tu Dios todopoderoso ¿Ha hecho algo? ¿Ha detenido mi mano? ¿Ha detenido la mano de ese soldado? No. He sido yo quien la ha parado. Estamos solos. Con nuestra miseria. Es duro. Cuesta creerlo. ¿Yo? Pero yo soy un elegido. Tengo que serlo. Soy tan especial. Tan excelso. Tan noble. Tan yo mismo. Qué va, Grato. Apestamos. Pánfilo apesta, y Eusebio, y Julio, y Constancio apesta, y Constantino apestaba. Unos más, otros menos, pero apestamos todos. Tú también. Oh, sí, también tú. Pobres esclavos, es tan, tan malvada la esclavitud, que liberen a los esclavos, pero que los libere otro, yo no me rebelo contra la autoridad, yo soy un hombre obediente y pacífico. A mí no me gustan los crímenes, pero sirvo a mi emperador, soy su títere, y soy su títere porque no quiero pagar impuestos, que se los quiten a otros. Dios quiere que no dañe a nadie, que me someta. ¿Qué Dios, Grato? ¿El mismo Dios en cuyo nombre se ha hecho esta matanza? ¿El mismo Dios que no ha movido un dedo para pararla? Espera, este melón quiere decirme algo, lo noto. ¿Dios, quieres hablarme a través de este melón? ¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Que sea bueno? ¿Y cómo lo hago, señor? ¿Cómo de bueno? ¿Bueno en qué sentido? ¿Mato a Julio o dejo que haya una guerra civil? ¿Salvo a uno o salvo a mil? ¿Qué debo hacer? Caramba. No contesta. Mentiras, Grato. Apestamos. ¿La vida eterna? Quién querría tener a alguien como nosotros a su lado, ni siquiera un instante.

Tiró la cáscara de melón al suelo, se limpió las manos en la túnica. Luego se agachó junto al cuerpo de Julio y le desabrochó las sandalias.

—¿Vas a robarle? ¿Vas a robar a un cadáver?

—A mí también me parecería reprobable si lo hiciera otro, no creas. Pero la moral es como los pies, todos tenemos dos.

Fue hasta la puerta con las sandalias en la mano. Contempló por última vez el montón de cadáveres.

—Ahí lo tienes. El fruto del cristianismo. Saboréalo —dijo—. Voy a ver qué más hay para mí.

Oyó sus tachuelas golpeando el mármol, escaleras arriba. Se aproximó al montón de cadáveres. Todos los esclavos. Exterminados. También los niños. Se arrodilló junto al cuerpo de Julio. Le miraba. «¿Y tu alma?» Los ojos de una estatua. Sintió que el hedor que emanaba de los cadáveres era también el hedor de su propio cuerpo. Muerto. Condenados. Todos. Por qué, señor. Por qué. En tu nombre. Tu deseo habría bastado. Dónde estaba su voz. Dónde.

Algo se removió entre los cuerpos. Vio una mano moviéndose entre las otras manos. Luego emergió poco a poco una cabeza cubierta de sangre. Tiró de ella, apartando el peso de los otros cuerpos. Era un niño. Temblaba. Le limpió la cara de sangre. Era Juliano. Te duele algo, le dijo, palpándole. Me hice el muerto, contestó.

—Sal ya, Galo —dijo—; es Grato. Estamos solos.

Otra mano emergió del montón. Lo extrajo, cubriéndose de sangre, como arrancar un ternero del vientre de una vaca. Temblaban los dos, observando con fijeza el cadáver de su padre. No le miréis, dijo Grato. Pero ya no le miraban. Agarraron las manos de la nodriza, estaba en la cima, escalaron la pila y se abrazaban a ella y lloraban.

En ese momento apareció Balbino en la puerta del jardín. Desenvainó la espada. Los niños dejaron a la nodriza y se parapetaron tras las piernas de Grato. Sentía sus manos pequeñas apretando la carne de sus muslos, clavándole las uñas, hasta el dolor. Le temblaban las piernas.

—Déjalos. Son niños.

—Ojalá pudiera, Grato. Apártate.

Balbino avanzaba a zancadas. Se interpuso en su camino y puso la palma de la mano en su pecho.

—Escucha, escúchame, Balbino, por favor. Solo son niños. No puedo apartarme.

—No puedes evitarlo.

—No puedo apartarme, tendrás que matarme primero.

—Sabes que te mataría. Es inevitable. Deja que me detenga tu Dios. Quizá esto te quite la venda de los ojos.

Le apartó de un empujón, Grato también le empujó.

—Voy a matarte y luego los mataré a ellos. No puedes impedirlo. Sálvate.

Mucho tiempo después Grato se dijo, ya no creía, o en ese momento no creía, me vacié de fe. Le llamé y no acudió. Miré dentro de mí y no estaba. Pero intuía que en ese momento no tuvo tiempo para reflexionar. Fue un sentimiento. La visión de Balbino hundiendo la espada en sus cuerpos, esa visión repitiéndose en su cabeza una y otra y otra vez, le perseguiría cada día y cada noche hasta el fin de los días y recorrería su vida entera de principio a fin, consumiéndolo, cuanto había amado y cuanto habría querido ser, ceniza.

Recogió la espada del vientre de Julio. Balbino sonreía.

—¿Qué intentas, manco?

Balbino le dio un golpe seco y fuerte cerca de la empuñadura, sintió que sus dedos se abrían y la espada saltó de su mano, giró en el aire y se hincó en la tierra.

—¡Apártate de una vez!

Grato recogió la espada.

—Tengo que admitir que quizá eres un poco mejor que los demás, Grato. Pero la piedad es un lujo, y tú ya has consumido la que había.

Vio cómo el cuerpo de Balbino se tensaba. Iba a matarlo. Esa enorme soledad. Entonces llegó la voz de su padre. «Firme pero flexible, pedazo de inútil, sujeta esa puta espada, firme pero flexible. ¿Tienes miedo? Esa es tu fuerza. Témeme.» Balbino lanzó una estocada hacia el estómago y Grato la desvió con el filo. Balbino lanzó otra al mismo lugar, los filos entrechocaron con un chirrido. «Mueve los pies, venga, baila a su alrededor, rodéalo, muévete, inútil.» Grato giró lentamente, sin dejar de vigilar la espada de Balbino. Balbino lanzó una estocada al vientre, Grato la desvió. «La infantería usa la espada igual que la chusma usa un puñal, intentarán clavarla, atravesarte con ella, partirte en dos, pero la espada de caballería, la espada de caballería es para caballeros y esgrimistas. Usa el filo. Mueve los pies. Filo a la derecha. Filo a la izquierda.» Balbino retrocedió sin bajar la guardia. Inquieto. Un par de pasos. Luego, de repente, lanzó un golpe a fondo, con ímpetu, acompañándolo de todo su cuerpo. Grato lo esquivó con facilidad y lanzó un tajo en la parte trasera de su pantorrilla. Balbino gritó y luego volvió a encararlo, resoplando. Pudo ver su terror. También él era un cobarde. Lanzaba puñaladas al aire con tanto ímpetu que resultaba fácil predecir dónde atacaría, agotándose. «Baila, baila. Filo a la izquierda. Filo a la derecha. No te confíes, ¡Dónde está tu miedo! ¡Ten miedo siempre! ¿Has visto esa hoja? Puede entrar en la carne como en un repollo y partirte la columna como una rama seca. Venga, suave, pero flexible. Le tienes. Le tienes. Filo a la izquierda. A la izquierda otra vez. Izquierda. Izquierda. ¡Ahora! ¡Hasta dentro, empuja!»

Balbino se encogió alrededor del hierro. Sentía su peso sobre la hoja. Soltó la empuñadura. Balbino cayó al suelo. Escupió una bocanada de sangre. Oyó que los niños lloraban. Como recién nacidos. Sacados del vientre de la muerte. Pero no había paz. Dulce y podrido. «Si un pastor tiene cien ovejas y se le extravía una, ¿no dejará a las noventa y nueve para ir en busca de la extraviada?» Y qué podía hacer. ¿Qué podría haber hecho? Jesucristo, señor mío, lo siento, te he traicionado, me he condenado. Recordó aquel

primer día. Anudándole las correas de las sandalias. Si hay Dios, si estás ahí, ¿por qué me has obligado, por qué no lo has impedido, por qué me has condenado? Si hay Dios, me he condenado. Pero esa palabra, condenado, se diluyó. Si hay Dios, pensó, por qué no está aquí.

Si hay Dios…

32

Juliano era el más pequeño, pero parecía el hermano mayor. Cuidaba de Galo. Cogía su mano. Lo consolaba. Encogidos, en un rincón del cuarto.

Grato estaba sentado en una esquina del jergón. Atento al menor ruido. Esperando. La salvación o la ejecución. Héroe o proscrito. No habría término medio. Antes o después esa puerta se abriría y quedaría decidido.

Al otro lado del ventanuco el cielo era plano. Un agujero ocre y violáceo. El amanecer ya no era una indefinible sensación de inminencia. Una mirada benévola. Era otro día entre trescientos treinta y siete. Idéntico a sí mismo. Él llegaría o no a ver un nuevo día. Quería verlo. Uno más. Pero el día era un horizonte predecible. Sin significado.

Antes de abandonar la casa de Julio subió al que había sido su dormitorio durante tantos meses y recogió la exención de impuestos. Se había sentido miserable. Todavía rogaba el perdón por ello. Pero también se había perdonado a sí mismo. Culparse, disculparse; no era un vaivén. De algún modo convivían ambas cosas en su interior. La culpa estaba, pero no pesaba.

Dejó la copia del Apocalipsis sobre la cama. Contempló el volumen manoseado por última vez antes de cerrar la puerta. Como asomarse a ese ventanuco.

Escogió una capa, limpia de sangre y parda. Se la ciñó al cuello con un broche de latón. En esa noche, el oro era un adorno peligroso. Los niños se escondieron bajo su capa. Salieron de la mansión. Adónde ir. Ningún ser humano en quien pudiera confiar. Únicamente podía confiar en los muertos. Les llevó a las afueras. Se ocultaron entre las tumbas. Estuvo pensando. Ningún lugar al que poder huir. Ni siquiera en Trajanópolis estarían a salvo.

Durante la noche salieron de la ciudad carros cargados con cadáveres. En algún lugar de la oscuridad oyeron a los enterradores, escarbando la tierra, bebiendo el vino de los muertos. Borrachos, gritando, riendo. La desesperación de quien sabe dónde termina el camino. La pestilencia. También él apestaba. La única forma de no

olerlo era mezclar el propio hedor en el hedor de los demás. También su padre había sentido su propia pestilencia. Eso era. Había vivido en ella, demasiado intensa como para llegar a aceptarla, respirándola en cada bocanada. Eres bueno. Un buen hombre. Su único bálsamo. La compasión, la comprensión. Lo más cercano al perdón. Esperó sentir a su padre. Esa negación. Su padre ya no estaba con él. Desvanecido. El fantasma de su padre era una voz y le había dicho lo que tenía que decir. «Es el puto género humano, hijo. Todos iguales. No te culpes. Nadie puede escapar a eso. Yo no pude. Tampoco tú.» Y ahora estaba todavía más solo.

Poco antes del amanecer entraron en la Nueva Roma, tan pacífica como el interior de un panteón. El foro despejado. Las calles vacías. Condujo a los niños hasta el edificio de madera donde se había alojado a su llegada, siempre bajo la capa. El presbítero de guardia no les reconoció, ni a él ni a los niños. Era un hombrecillo sonriente y bonachón. Grato estudió su rostro como si pudiera distinguir esa marca en mitad de la frente, esa marca que debería señalar a cada ser humano, sin excepción.

Al fin se decidió. No quedaba otro remedio. «Busca a Galina —le dijo—, busca a la hija de Julio, la esposa del emperador. Dile que tengo a sus hermanos conmigo. Galo y Juliano. Dile que están vivos».

Luego subió al cuarto.

Estuvo pensando en los lagartos. En ese único movimiento de serpiente que poseía sus cuerpos.

Oyó los pasos. Ascendían por la escalera. Tres personas. Quizá cuatro. Cinco. La puerta se abrió de par en par y Grato sintió un estremecimiento. Galina, envuelta en seda. Eusebio de Nicomedia. El oficial pelirrojo que le había sacado de palacio. Dos soldados más apostados a ambos lados de la entrada. Los niños corrieron a los brazos de Galina antes de que pudiera detenerlos y ella abrió los brazos y en ese momento comprendió que no los matarían. Galina les daba besos y pasaba la mano por su pelo y decía, cuidaré de vosotros, ya estáis conmigo, cuidaremos de vosotros, tranquilos.

—Gracias a ti, Grato —dijo Galina—; pídeme lo que quieras, pídemelo y te lo daré. —Luego se enderezó, adoptando esa pose de matrona—. Has hecho un gran servicio al emperador, y se te recompensará por ello.

El oficial que le había salvado la vida en palacio sonreía beatíficamente y contemplaba a Grato con veneración. Otro loco. Qué había en el interior de ese hombre, un muchacho transparente como un ángel que había pasado la noche segando vidas.

—Qué miras —le dijo—. ¡Qué miras, imbécil! Mira este muñón. ¿Te gusta? Yo no me salvaré, pero en el último día te juro por lo más sagrado que esta mano derecha se alzará de entre los muertos y te apretará los cojones hasta que se te salgan los ojos de las órbitas.

El muchacho abrió mucho los ojos, como si ya sintiera la presión. Todos miraban a Grato como si fuera él quien estuviera poseído, también Eusebio.

—Qué puedes darme tú, Galina. ¿Puedes devolverme la fe? ¿Puedes? ¿Puedes devolver la vida a Balbino? ¿Puedes borrar esta noche, puedes avisar a tu padre de que van a asesinarlo? El emperador. ¿Puedes arrancarle el ojo izquierdo al emperador Augusto Constancio, hijo de emperadores y cónsules y Césares? Es a él a quien deberían cortarle una mano. No, las dos. ¿Qué he hecho yo para merecer ser un manco, puedes decírmelo, niñata?

Eusebio empujó al grupo fuera del dormitorio, guardias, niños, a la emperatriz, ruborizada, justo antes de que esa vergüenza se transformara en furia. Cerró la puerta y mantuvo la palma de la mano sobre la madera, como si temiera que fuera a abrirse de en cualquier momento y entrara una turbamulta de soldados. Tras un instante de silencio oyeron sus pasos, escaleras abajo, los niños lloraban. Ahora tenían valor para hacerlo.

—Solo quiero volver con Plácida —dijo Grato—. Eso es lo que quiero. Apestamos. Ahora lo huelo. Tú, yo, todos. Puedo verlo. Como lo veía Constantino. El interior de nosotros. Ahora no puedo dejar de verlo. Y eso me está corrompiendo. Pude ir con mi madre, ser siempre y completamente mi mano derecha. Habría sido feliz, supongo, de alguna manera. Lo correcto. O morir a su lado. No importa lo que viniera luego. Es como estar en un inmenso teatro y subo ahí arriba, estoy solo en el escenario y leo a Catulo y oigo las risas, y esas risas sois vosotros. Estamos solos, Eusebio.

Eusebio se sentó a su lado. Tomó aire, abrió la boca como si fuera a decir algo, pero no llegó a decirlo. Palmeó su muslo.

—Lo sé, Grato. Recapacitemos. Jesús nos mostró un camino y al final de ese camino nos mostró una meta. Pero no nos dijo cómo debíamos recorrer el camino para llegar a ella. Si nos hubiera dado un guion, seríamos actores. Si bajara del cielo para indicarnos cómo debemos actuar, seríamos muñecos. No hay un guion. El buen cristiano tiene que averiguar dónde plantar su pie en cada momento. Pero nos concedió un bastón en que apoyarnos. Nos dio la fe. Si falla la fe, tarde o temprano fallan también nuestras piernas. Ese sendero es intrincado como una selva. Serpentea. A veces es necesario desviarse para encontrar la dirección correcta.

—Eso ya se lo oí a Pánfilo. Un único libro, un único credo. Un único argumento para todos vosotros.

—Volverás a tu aldea. Conseguiré un permiso para que puedas usar las postas. Lo conseguiré. Mañana mismo. Pobre oveja. Te hemos destrozado. Pero no te marcharás todavía, no puedo dejar que te vayas así. Quiero que veas algo que te devolverá la fe. Algo único, algo maravilloso, algo verdaderamente deseado, verdaderamente prodigioso. ¡Un milagro! Verás con tus propios ojos el triunfo de la Iglesia, Grato.

33

El asiento de Grato estaba situado en mitad del escenario. Un lugar de honor, en primera línea, entre Pánfilo y Eusebio de Nicomedia. Pánfilo le saludó con una ligera inclinación de cabeza. Tenía la barba peinada y brillante de aceite perfumado y las manos entrelazadas plácidamente sobre el pecho. Satisfecho, pensó Grato con sorpresa. Incluso feliz. De algún modo, mediante algún oscuro proceso que Grato no llegaba a atisbar, había logrado perdonarse a sí mismo. Luego comprendió. Un hombre feliz es un hombre loco.

—¿Sabes algo de Ireneo? —le susurró Pánfilo—. ¿Está contigo? Quédatelo, si lo quieres. Llévatelo. Nunca lograría hacer de él un verdadero cristiano.

—¿Un cristiano como tú?

Sonrió.

—Eso sería pedir demasiado.

Eusebio se inclinó hacia su oído.

—Será una magnífica escenificación. Era una gran responsabilidad. Un discurso capaz de evitar una guerra civil. Me llevó horas redactarlo. El emperador ha pasado dos días ensayándolo. Espero estar a la altura de las circunstancias.

Le entregó el pase para las postas, un trozo de papiro con el sello del emperador.

—Galina lo ha conseguido —dijo—; deberías estarle agradecido.

Justo delante de sus asientos yacían los cadáveres, ataviados con togas, sobre pedestales envueltos con pañolones de seda. Julio. Flavio. Los hijos de Flavio, Dalmacio y Anibaliano. En realidad, de Dalmacio y Anibaliano únicamente estaban sus cabezas. Las habían superpuesto sobre otros cuerpos. El cuerpo de Dalmacio había pertenecido a un hombre gordo y de brazos velludos. Una última infamia de Constancio. Habían colocado pañuelos alrededor de sus cuellos para evitar que la multitud pudiera apreciar el corte. Los cadáveres habían sido ungidos con perfumes, pero bajo el perfume persistía el hedor romo y espeso de la carne muerta.

Delante de los pedestales, clavadas en lanzas, estaban las cabezas. Una treintena. Grato pudo reconocer algunas mientras

ascendía al escenario. Varios esclavos de Julio. Devorador. Le habían colocado un casco de legionario. Pero una de ellas podía reconocerla mirándola incluso desde la nuca. Balbino.

La muchedumbre atestaba el teatro. Sentados, de pie, apretándose en los accesos y más allá, llenando las calles. Un mar de cabezas. Dispersos entre el populacho había soldados. La guardia personal del emperador y también una cohorte de germanos rubicundos. Junto a cada grada había un hombre con una túnica roja. Su labor era repetir las palabras del emperador. Una única palabra para todos los oídos.

Constancio y Galina aparecieron en la puerta principal. Una cohorte de la guardia abrió un pasillo a empujones. Avanzaron con solemnidad por ese pasillo. La muchedumbre gritaba. Grato se esforzó en entender qué decían. Ininteligible. El berrido de una bestia. Galina tenía el pelo revuelto y sucio de polvo y lloraba ostentosamente. Constancio estaba envuelto en púrpura, una expresión adusta. Se había ceñido alrededor de la frente la cinta dorada que Constantino usaba a modo de corona. Ascendieron por la escalinata hasta el escenario y se situaron de pie tras los cadáveres. Constancio alzó una mano. El ruido de la muchedumbre se apagó.

«Vedlos. Mirad sus caras. Muchos de vosotros les conocíais, podréis reconocerlos. Aquí yacen los hermanos del Augusto, del gran Constantino, padre mío y padre de todos los cristianos, a quienes os libró de la persecución y el martirio. Y también se comportó como un padre con vosotros, paganos. El padre de la patria. El padre de todos los romanos. Y ahora, contemplad a su hijo. Aquí yace mi familia. ¡Vedlos! Mis queridos primos. Aquí, ante vosotros, yace Julio, mi propio suegro, el padre de mi mujer. Mi familia, mi propia sangre, aniquilada en una sola noche de horror. Mi dolor es inconmensurable. Con la pérdida de Constantino cada romano perdió a un padre. Pero yo he perdido mucho más. He perdido, además, a mi familia, a toda mi familia, a todos aquellos que podrían haberme hecho más tolerable el peso del gobierno. ¡Pueblo de Roma, me presento huérfano ante vosotros! Comprended mi dolor. ¿Os parece excesivo el castigo que he impuesto a sus asesinos? Estos que se decían soldados, estos traidores de la patria que actuaron en un rapto de locura, malinterpretando los deseos de mi padre, el Augusto Constantino, decidme ¿Merecían estos una suerte mejor? Y sin embargo, sé lo que comentarán los ingenuos, los benevolentes, los piadosos. Sé que les gustaría ver a estos soldados aquí arriba, a mi lado, ataviados con sus mejores galas, recibiendo

una corona de laurel de mis manos, como atletas triunfantes. Pero no es esto lo que habría deseado mi padre. Mi padre conocía el peso terrible del imperio y su deseo fue que ellos, mi familia, estos que ahora yacen muertos, hicieran esa labor más llevadera. Conozco las habladurías. También yo tengo oídos. Se dice que el buen Eusebio de Nicomedia descubrió un testamento oculto bajo las ropas mortuorias de mi padre.»

Constancio abrió un silencio, permitiendo que se extendiera un murmullo de asombro antes de proseguir:

«Se comenta el contenido de ese último testamento como si fuera cierto. Se dice que en ese testamento definitivo dispuso que únicamente sus hijos debían gobernar y ordenaba la ejecución de mi familia. Aunque ese testamento exista, no me culpéis por no haberlo cumplido. Ningún cristiano habría derramado sangre de su propia familia. Ningún auténtico romano habría vertido sangre de su propia familia. No podéis exigirme que manchara mis manos con la sangre del padre de mi esposa.

»Pero estos soldados, cuyas cabezas tenéis hoy aquí, creyeron que debían actuar conforme a los deseos de mi padre. Creyeron que me hacían un servicio cuando, en una sola noche trágica, ejecutaron la última voluntad de Constantino. Veis mi dolor. ¿Cómo podría yo perdonarles, yo, que sobre mis hombros recae ahora una carga tan pesada como la de Atlas? ¿Cómo podría yo perdonar el asesinato vil de mi familia, yo, que ahora me presento huérfano ante vosotros? Lo sé. Entre vosotros habrá traidores. Hombres que habrían deseado acabar con Constantino, el padre de todos los romanos. Hombres que hubieran podido beneficiarse de su muerte, y sobre los que se extendió la sombra de la sospecha tras su muerte. Hombres dispuestos a traeros de nuevo la persecución y el martirio. Ellos os dirán que estos soldados actuaban bajo mis órdenes. Hasta ese punto llegarán en su vileza. Ahora que los persas se disponen a atacarnos, ahora que la espada del imperio se alza para defender a todos los cristianos, también a los cristianos del otro lado de nuestra frontera, ahora esos hombres corruptos inventarán calumnias. ¿Prestaréis oídos a los traidores? ¿Prestaréis vuestro apoyo a aquellos que desean únicamente nuestra destrucción y la guerra? ¿Me abandonaréis, a mí, que mi único afán es seguir los pasos de mi padre? ¿Me abandonaréis a mí, que os ofrezco la paz, la paz para todos los romanos, cristianos o paganos? ¡No los escuchéis! ¡Pueblo de Roma, sed ahora vosotros mis padres, como lo fue para vosotros el mío! ¡Apoyadme en esta hora de duelo! ¡Sed mis valedores, y yo os prometo llevar el peso del gobierno sobre mis débiles hombros y

daros la paz, como os la dio mi padre!

Paz, paz, paz. Los gritos provenían de varios puntos situados estratégicamente en las gradas. El grito se extendió. ¡Paz, paz, paz! Luego esos mismos grupos lanzaron otra consigna. Augusto, Augusto, Augusto. Un griterío estremecedor que hacía vibrar la piedra bajo los pies de Grato y que le hizo sentir otra vez ese viejo terror coreó Augusto Augusto Augusto, sin saber que esas palabras no eran suyas.

Algunos comenzaron a arrodillarse. Con su mente, con su alma, con su fe y su piedad. También su fe y su alma y su piedad estaban de rodillas mientras ocupaba sus bocas ese grito que no era suyo. Augusto, Augusto, Augusto. Constancio dirigió una mirada a Eusebio de Nicomedia. Eusebio cabeceó lentamente, complacido. «El triunfo del bien —murmuró—, por fin el bien». Todo el público permanecía arrodillado, con la frente pegada al suelo, ahora ninguno, nadie, se atrevía a permanecer de pie, ni siquiera los soldados. También Pánfilo había abandonado su silla y estaba de rodillas.

Grato contempló ese océano de cabezas sumidas en una única voz. Un orden perfecto. Un único Dios, un único emperador, una única Iglesia. Una luz cegadora.

34

Plácida corría por el prado que se extendía delante de la casa seguida por una algarabía de perros. Saltaba a la pata coja, chapoteaba en los charcos, chillaba, reía. De cuando en cuando se detenía a arrancar flores, tenía un buen manojo. Desgarbada. Era como si su cuerpo hubiera crecido por partes durante aquel último año. Piernas demasiado largas, manos demasiado grandes. Pechos. Estaba a punto de alcanzar esa edad. Esa edad en que ya no sería su niña. Sabía que tenía que llegar. En cualquier momento. Fue lo que pensó cuando vio llegar a Ireneo. Al descender del escenario, apareció entre el gentío. No puedo llevarte conmigo, le dijo. No puedo. Por Plácida, pero no se lo dijo. Quizá no era él el hombre destinado a arrebatársela, pero podría llegar a serlo, y podría serlo por culpa de su benevolencia. La proximidad, la llamada de la tierra, el momento inoportuno. Podía quitársela. El viejo, el mezquino, el taimado egoísmo. Ireneo tenía una bolsa de monedas, la lanzó al aire y volvió a cogerla. La cinta de cuero estaba seccionada con un tajo limpio. Robada de alguna cintura. Otra vez un ladronzuelo. Lo sabía, le dijo Ireneo. El qué. Cómo eres. Y cómo soy. Fuiste caballo por un momento. Pero fue solo un momento. Bueno, Grato, me las apañaré sin ti. Estoy harto de cristianos y de viejos.

Esa pregunta, otra vez. En qué se parece el alma a un caballo. No era una adivinanza. No era como Virgilia y Virgilina. No era una pista, ni una trampa. Ahora lo entendía. El alma era un caballo. Una fuerza bajo cada hombre. Como un relámpago. Solo había que creer en ella para que apareciera. Pero era el hombre quien debía guiarla. En el camino había penumbra, y había luz y oscuridad. Y la luz cegaba como una oscuridad, y la oscuridad cegaba como una luz.

Plácida llegó corriendo y le dio el manojo de flores recién arrancadas, ese aroma y el olor a savia, manchas verdosas en sus palmas sudorosas y su respiración en la cara. Luego se alejó otra vez, corriendo y riendo, la maraña de pelo negro brillante, sedoso, flotando a su espalda. Si deshilachaba aquel tapiz sin dibujo, si separaba hebra a hebra el bien y el mal quedaba casi nada, pero

quedaba algo. Quedaba ella. La paz, si hubiera podido haber paz para él. «No he venido a traer la paz, sino la espada.» Nunca antes había llegado a entender esas palabras. Ahora sí entendía. La luz, extendida como una tela de araña por la superficie del imperio, cubriendo la Iglesia, una espesa capa de paz que les impedía vislumbrar el cielo.

También tenía esa otra herida. Balbino. «Nadie coma jamás fruto de ti.» Una higuera seca. Así se sentía. Qué respuesta había para aquello. El asesinato. Qué perdón. Perdón para quién, para el Dios que no había intervenido, para el Dios que le había obligado a matar a Balbino con su silencio, o para él, que había traspasado con la espada a un hombre que por tres veces le había perdonado la vida. Qué redención. Y acaso había acabado, acaso no habían hecho de Ireneo otro Balbino, entre todos, incluido él.

Y ese hedor. En cuanto supieron que había regresado a Trajanópolis llegó un gentío desde la aldea. Hijos de dios que creían en Dios, hijos de Dios que no creían en Dios. Le rodearon, le zarandearon, alegres, pero podía sentir su hedor de muchedumbre. Ahora también el hedor de cada uno de ellos. Mientras tironeaban de sus mangas y sentía el roce tibio de su piel pudo percibir la pestilencia de su interior.

Les dio lo que buscaban. Examinaron uno tras otro el documento que les eximía del pago de impuestos, aunque la mayoría no sabía leer, extasiados, pasándolo de mano en mano. Le preguntaron por la Nueva Roma, por Constantino. ¿Le has visto? ¿Le has tocado? ¿Cómo es? ¿Es tan alto como dicen? ¿Es verdad que está muerto?

Poco después llegó a Trajanópolis el recaudador, acompañado por una escolta de jinetes sármatas. Corrieron a avisar a Grato, y Grato se presentó enarbolando el documento. El recaudador, un joven como debió serlo su padre, lo leyó detenidamente. No es válido, dijo, por fin, devolviéndoselo. Pero está firmado por el mismísimo Constantino en persona, tiene su sello. Lee esta parte, le dijo, señalándole las últimas líneas, una minúscula hilera de letras. Grato la desentrañó costosamente. Lo especifica claramente, dijo el recaudador. La exención es válida durante el reinado de Constantino. Y Constantino está muerto.

Aquellos que no pudieron pagar el tributo entregaron su equivalente en especies. Vio cómo los sármatas arreaban el ganado, ovejas, vacas, algunas mulas cargadas de grano cuidadosamente pesado. En el invierno que se avecinaba pasarían hambre. Vio el reproche reflejado en las caras de aquellos que hacía unas semanas

le habían aclamado. Antes de marcharse, el recaudador puso una mano en su hombro. «Mis soldados también tienen que comer. Mueren por vosotros».

Los cristianos de Trajanópolis vinieron al día siguiente para compartir el pan, como todas las mañanas. En su interior persistía el reproche. Te disculpamos, Grato, le dijeron algunos. Lo cierto es que el documento parecía auténtico. Supongo que también a ti te engañaron. Quiero creerlo. Prefiero creer eso. Algunos dicen que lo compraste en un mercado, que es una falsificación, pero yo no lo creo. Marchaos, les dijo Grato. Ya no puedo compartir el pan con vosotros. Ni con nadie. Le miraron, incrédulos, ofendidos. Grato les echó de casa, suave pero firmemente. Fuera. Buscad otro sitio. Al día siguiente volvieron, entonando cánticos. Dispuestos a perdonarle. Agarró un canto. Al primero le atinó en una rodilla. Se detuvieron, asombrados. Al siguiente le acertó en mitad de la frente. Huyeron. Les vio correr por el sendero, levantando una nube de polvo.

Luego se sentó otra vez en el viejo taburete, hundido en su propia pestilencia, con la única esperanza de que el tiempo y el uso pudieran atenuarla. Seguiría allí, pero quizá dejara de percibirla. «¿Seguro que querías hacer eso? —le dijo Máximo—. Apedrearlos. Caramba. No creo que vuelvan por aquí en mucho tiempo».

Máximo tenía su propio taburete. Ya no podía seguir huyendo. Su piel tenía un color amarillento y estaba hinchado. Tan viejo. Le había pedido que se quedara al cuidado de Plácida mientras él estaba fuera. Ahora comprendió que quizá no le quedaba mucho tiempo. ¿Cómo te encuentras hoy?, le preguntaba cada mañana. Como la última hoja del último árbol, contestaba. Le había descubierto leyendo a escondidas sus libros. Los evangelios.

Así que se quedaron solos. También podía sentir el hedor de Máximo. Su marca en mitad de la frente. Mataste a aquel campesino grande como un germano. No se lo recordó.

Estar allí sentado. Contemplando la felicidad de Plácida. Viéndola crecer. ¡Mira esto, abuelo! Lo único bueno. Oler su fragancia.

—Así que Plácida no será como yo, dijo Máximo, con una extraña complacencia.

—¿Como tú? ¿En qué sentido como tú?

—Ya sabes.

—No, no sé. Plácida es como yo. ¿Por qué iba a ser como tú?

—Ya sabes, hombre. Como yo. Enana. Bueno, creí que lo suponías.

—¿El qué? ¿Qué es lo que tenía que suponer?

—Cómo te lo diría… es delicado. Tu Lesbia tuvo una hija, como te conté. La tuvo poco después de abandonarte, así que supongo que también era hija tuya. Puede que lo fuera, pero también puede que no lo fuera, tenlo en cuenta, ya sabes cómo era Lesbia.

—No, no sé cómo era Lesbia. No sé a qué te refieres.

—Bueno, dejemos eso. El caso es que la hija de Lesbia creció tan hermosa como la madre, ojalá hubieras podido verla. La llamó Europa. Y cuando Europa se hizo mayor dejaron la caravana. La hija tenía ambición, y heredó su talento natural. Querían dedicarse a las rutas importantes, ya sabes, los grandes teatros de Italia. Eso dijeron cuando se marcharon. El caso es que no volvimos a verlas. Por lo que se dice, triunfaron. Luego me contaron que tu Lesbia había muerto de fiebres, en Rávena, como ya te conté en su momento. El caso es que a lo mejor Europa tuvo hijos, quiero decir, es incluso probable que los tuviera. Pero yo no he vuelto a verla. Cómo te lo diría… el bebé que te traje, es decir, Plácida…

—¿Adónde quieres llegar?

—Te mentí, pero supuse que sabías que te mentía. Una de las prostitutas de la caravana, bueno, tuvimos una relación. Más larga de lo habitual, aunque no podía durar, imagínate. Me dejó a Plácida entre los brazos y se largó. Yo no podía cuidarla. En el carro, de un lado a otro, una cosa tan pequeña. El caso es que creía que Plácida era hija mía. Pero se ve que tampoco.

—Entonces, Máximo, ¿intentas decirme que Plácida no es mi nieta?

—Oh, sí, en la práctica bien puedes decir que es tu nieta. Eres su abuelo y su padre. Lo eres todo para ella. Lo que no sabemos, y esto también me duele a mí, tengo que reconocerlo, es quién es su verdadero padre. Pero qué importa, ¿no? Por lo menos no es enana.

La vio ahí, pasilarga, desmadejada. De repente, de algún modo, era Plácida y no lo era.

—Máximo, ¿pretendes decirme que esa niña no es mi nieta, que no es parte de mí, que no es carne de mi carne? ¿Que cuanto tiene de bueno no procede de mí?

Máximo sonrió, puso una mano sobre su mano.

—Grato, esa es tu nieta. Lo sea o no, tú creías que lo era y eso te ha convertido en abuelo. Te ha convertido en algo bueno. Pasa lo mismo con tu Cristo. He estado pensando mucho sobre tu Cristo, sí, aunque te cueste creerlo. Aunque lo de tu Cristo no sea verdad… yo no digo que lo sea, pero aunque no sea verdad, y aunque seamos unos cabrones que no merecemos que ese hombre, o Dios, o como

quieras llamarlo, aunque quizá no merecemos que nos dedique un instante de su atención, y aunque quizá nunca vuelva, ¿no nos hace mejores creer en ello?

Tu opinión es importante;

javierarriero@gmail.com